

MICHAEL HOWARD



LA PRIMERA  
GUERRA  
MUNDIAL



La primera guerra mundial sigue siendo en la memoria colectiva «la gran guerra»; todo lo que se refiere a ella despierta un amplio interés y los libros dedicados a su estudio aumentan de año en año. Este de *sir Michael Howard* —en palabras de Max Hastings, «el mejor de los historiadores militares vivos»— es sin duda la mejor síntesis de su historia que hasta hoy se haya publicado.

Su autor encuadra el conflicto en el contexto de las pugnas políticas de su tiempo, pero dedica la mayor atención a los combates mismos, ya que «una vez iniciada la guerra, los acontecimientos en el campo de batalla determinan lo que sucede en el frente interno». Explicar estos acontecimientos exige, sin embargo, sintetizar una enorme literatura y enfrentarse a cuestiones todavía polémicas y debatidas. Algo que solo podía realizar un maestro como Howard, cuyo libro, en opinión de otro gran especialista como John Keegan, «es un modelo de lo que puede llegar a conseguir un gran historiador que es, a la vez, un buen escritor».



Michael Howard

# La primera guerra mundial

ePub r1.2

Titivillus 07.01.16

Título original: *The First World War*

Michael Howard, 2002

Traducción: Silvia Furió

Diseño de cubierta: Jaime Fernández

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## Prefacio

*El presente volumen, como su título indica, no pretende otra cosa que presentar el amplio tema de la primera guerra mundial a aquellos que saben poco o nada sobre él.*

*Quienes se aventuren a profundizar en esta materia encontrarán que detrás de casi todas las frases de este libro subyace una controversia erudita todavía sin resolver, y que lo que parece una narración sencilla y libre de polémicas resulta extremadamente parcial y selectiva. Por supuesto, no todo el mundo estará de acuerdo con la afirmación de que los círculos gobernantes de la Alemania Imperial fueron los responsables últimos, tanto del estallido como de la continuación de la guerra. No obstante, un relato de la guerra satisfactorio para todos, en el caso de que fuera posible escribirlo, sin lugar a dudas no cabría en el espacio de que disponemos, pero en el supuesto de que sí cupiera, resultaría de imposible lectura.*

*Algunos se quejarán de que se conceda demasiada atención al aspecto militar, en detrimento de las dimensiones sociales, económicas y psicológicas del tema. Para esto no tengo disculpa alguna. Los factores no militares son vitales para la comprensión de las razones que condujeron al conflicto. Pero una vez iniciada la guerra, los acontecimientos en el campo de batalla determinaban lo que sucedía en el frente interno, dando pie a las amplias transformaciones que se produjeron en la estructura de la sociedad europea.*

*Mis sinceros agradecimientos a George Miller, que fue quien me instó a escribir este libro, a Hilary Walford y a Rebecca O'Connor que transformaron mi copia mecanografiada en un texto susceptible de ser publicado, y al Dr. Gary Sheffield que me guio hábilmente a través de las interminables polémicas acerca de cómo se dirigieron las operaciones en el frente occidental.*

# 1

## Europa en 1914

Puesto que la Gran Guerra de 1914-1918 se libró en todos los océanos del mundo e implicó contendientes de todos los continentes, está totalmente justificada la denominación de «guerra mundial». Sin embargo no fue la primera. Las potencias europeas llevaban 300 años peleando entre sí a lo largo y ancho del planeta. Los que lucharon en aquella guerra la llamaron sencillamente «la Gran Guerra». Al igual que todas las contiendas que la precedieron, comenzó siendo un conflicto puramente europeo, surgido de las ambiciones encontradas y temores mutuos de las potencias de dicho continente. No obstante, el terrible curso que tomaron los acontecimientos y las catastróficas consecuencias en que desembocaron no se debieron tanto a su extensión en el globo como a una combinación entre la tecnología militar y la cultura de los pueblos en conflicto. Karl von Clausewitz escribió en el período posterior a las guerras napoleónicas que la guerra estaba compuesta por tres aspectos: la política del gobierno, las actividades de los militares y «las pasiones de los pueblos». Debemos tener en cuenta cada uno de estos aspectos si queremos comprender por qué se produjo la guerra y por qué tomó un determinado cauce.

### LAS POTENCIAS EUROPEAS EN 1914

Con unos pocos cambios marginales, las «grandes potencias» de Europa (como entonces se las llamaba) seguían siendo las mismas que las que ejercían su poder desde hacía dos siglos, pero el equilibrio entre ellas había cambiado radicalmente. Ahora la más poderosa de todas era el Imperio alemán, creado por el reino de Prusia tras sus victoriosas guerras de 1866 contra el Imperio austríaco y de 1870 contra Francia. Debido a su derrota Francia había quedado relegada a un segundo término y se dolía de ello. Las tierras políglotas del Imperio austríaco estaban reorganizadas desde 1867 en la doble monarquía de Austria-Hungría, que aceptaba su posición subordinada como aliada de Alemania. Aunque Hungría fuera un estado casi autónomo, cuando se hacía referencia a la monarquía se hablaba simplemente de «Austria» y sus habitantes recibían el nombre de «austríacos», del mismo

modo que el Reino Unido se conocía comúnmente en el extranjero como «Inglaterra» y a sus habitantes les llamaban «ingleses». Flanqueando estas potencias continentales había dos imperios solo parcialmente europeos en sus intereses: el inmenso Imperio ruso semiasiático, un importante jugador aunque intermitente del sudeste de Europa; y Gran Bretaña, cuyo principal interés consistía en mantener el equilibrio de poderes en el continente mientras se expandía y consolidaba sus posesiones en ultramar. España, que había perdido los últimos vestigios de su imperio ultramarino (a excepción de la franja costera del norte de África) frente a Estados Unidos a principios de siglo, había retrocedido a una tercera posición. Su puesto en el reparto había sido ocupado por una Italia cuya unificación bajo la Casa de Saboya entre 1860 y 1871 era más aparente que real, pero cuyo incordio le valió el cauteloso respeto de las demás potencias.

Hasta finales del siglo XVIII, estas potencias habían sido socialmente homogéneas. Eran todas ellas sociedades básicamente agrarias dominadas por una aristocracia rural de terratenientes y gobernadas por dinastías históricas legitimadas por una Iglesia oficial. Cien años después todo esto había quedado completamente transformado o bien estaba en vías de una rápida y desestabilizadora transformación, pero el ritmo en que se produjo el cambio fue harto desigual, como tendremos ocasión de comprobar.

## GRAN BRETAÑA

Gran Bretaña había marcado el camino. A principios del siglo XX era ya una nación completamente urbanizada e industrializada. La aristocracia rural siguió ostentando un dominio social, pero la Cámara de los Comunes le disputaba los últimos vestigios del poder político; en ella dos grandes partidos competían por los votos, no solo del centro, sino, y cada vez más, por los de la clase obrera, a medida que se extendía el sufragio. En 1906 accedió al poder una coalición liberal-radical, que comenzó a sentar las bases para un estado del bienestar; sin embargo, no podía ignorar el paradójico dilema en que se encontraba Gran Bretaña a principios de siglo. Seguía siendo la potencia más rica del mundo y la orgullosa dueña del mayor imperio que el mundo hubiera visto, y sin embargo era más vulnerable de lo que nunca lo había sido en toda su historia. El eje de aquel imperio era una isla densamente poblada que dependía del comercio mundial para su riqueza y, aún más importante, para poder importar los productos alimentarios con los que dar de

comer a sus ciudades. El «dominio de los mares» por parte de la marina británica mantenía unido el imperio y al mismo tiempo aseguraba la alimentación de sus súbditos. La pérdida de la supremacía naval era una pesadilla que atenazaba a los sucesivos gobiernos británicos y dominaba sus relaciones con las demás potencias. Idealmente habrían preferido permanecer al margen de las disputas europeas, pero el menor indicio de que alguno de sus vecinos, individual o colectivamente, pudiese amenazar el dominio naval que ostentaban desde los últimos veinte años, provocaba una tremenda angustia nacional.

## FRANCIA

Durante más de un siglo, entre 1689 y 1815, el mayor rival de Gran Bretaña en disputa por el dominio del mundo había sido Francia, y tuvieron que transcurrir otros cien años para que esta se diera cuenta de que la situación había cambiado. Francia había quedado muy rezagada en cuanto a desarrollo económico como para convertirse en un serio competidor. La Revolución de 1789 había destruido los tres pilares del *Ancien Régime* —monarquía, nobleza e Iglesia— y distribuido sus tierras entre los campesinos minifundistas que se resistieron con firmeza a cualquier cambio que amenazase la expropiación de sus tierras, tanto si suponía una reacción como si implicaba un paso más en la revolución. Por otro lado, su forma de vida no fomentaba ni el crecimiento de la población ni la acumulación de capital necesarios para el desarrollo económico. En 1801 la población total en Francia alcanzaba los veintisiete millones y era la mayor de Europa. En 1910 eran tan solo treinta y cinco millones, mientras que en el mismo período la población de Gran Bretaña había ascendido de once millones a cuarenta. Asimismo, la de la recién unificada Alemania superaba los sesenta y cinco millones y seguía aumentando. Tras su demoledora derrota en 1870, el ejército francés había encontrado un desahogo en las conquistas africanas que creaba cierta fricción con los intereses imperiales de Gran Bretaña, como sucedía con las rivalidades tradicionales en el Mediterráneo oriental, pero para los franceses estas eran cuestiones marginales. Francia estaba profundamente dividida entre aquellos que se habían aprovechado de la Revolución; los que, bajo el liderazgo de la Iglesia católica, seguían negándose a asumirla; y un movimiento socialista cada vez más poderoso que quería avanzar todavía un paso hacia delante. Francia seguía ejerciendo su dominio en lo relativo a riqueza y cultura, pero su política interior era altamente inestable. En política

exterior, no se había olvidado ni perdonado la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Alemania en 1871, y el temor que Francia sentía por el poderío alemán la hacía depender de forma angustiosa de su principal aliado: Rusia.

## RUSIA

El otro rival temido por Gran Bretaña en el continente durante el siglo XIX era el gran Imperio ruso, cuya expansión hacia el sur y hacia el este amenazaba la ruta a la India a través de Oriente Próximo (que había llevado a Gran Bretaña a respaldar al moribundo Imperio turco) y las propias fronteras de aquel país. Sin lugar a dudas, el potencial de Rusia era (y sigue siendo) enorme, pero estaba limitado (como lo sigue estando) por el atraso de su sociedad y la ineficacia de su gobierno.

El capitalismo y la industrialización llegaron a Rusia demasiado tarde, y por medio de expertos e inversiones extranjeras. A principios del siglo XX los zares gobernaban una población de 164 millones, compuesta por una mayoría abrumadora de campesinos emancipados de la esclavitud hacía tan solo una generación. La monarquía ejercía todavía un absolutismo como la Europa occidental nunca había conocido, apoyada por una Iglesia ortodoxa inmune a cualquier reforma, y a través de una burocracia inmensa y letárgica. Las élites cultas estaban divididas entre «occidentalistas», que, teniendo a Europa como modelo, trataban de introducir un gobierno responsable y un desarrollo económico, y los «eslavófilos», que consideraban que semejantes ideas eran degeneradas y deseaban preservar la cultura histórica eslava. Pero las sucesivas derrotas militares, a manos de los franceses y británicos en 1855-1856 y de los japoneses en 1904-1905, les enseñaron la lección aprendida por Pedro el Grande de que el poder militar en el exterior dependía del desarrollo tanto político como económico en el propio país. La esclavitud había sido abolida después de la guerra de Crimea, y ciertas instituciones representativas fueron introducidas tras la derrota y casi revolución de 1905. El desarrollo del ferrocarril había estimulado sobremanera la producción industrial en la década de 1890, situando a Rusia, en opinión de algunos economistas, en el punto de «despegue» económico. Pero el régimen estaba aterrizado ante la posibilidad de que el desarrollo industrial, por más esencial que pudiese resultar para la eficacia militar, alentase únicamente la exigencia de mayores reformas políticas, y eliminó a los disidentes con tanta brutalidad que los condujo hasta el límite del «terrorismo» (término y técnica

inventados por los revolucionarios rusos en el siglo XIX), justificando así mayores brutalidades. Esto hacía de Rusia un aliado embarazoso, aunque necesario, para el Occidente liberal.

A finales del siglo XIX la atención del gobierno ruso había estado centrada en su expansión en Asia, pero tras su derrota en el conflicto contra los japoneses en 1904-1905 se volcó hacia el sudeste europeo, dominado todavía por el Imperio otomano. Allí, los movimientos de resistencia nacional, nacidos en las comunidades cristianas ortodoxas de Grecia, Serbia y Bulgaria, se habían dirigido tradicionalmente a los rusos en busca de apoyo, primero como hermanos cristianos, y luego como hermanos eslavos. Los tres habían creado estados independientes a lo largo del siglo XIX. Pero también había una enorme población de eslavos, especialmente de serbios y de sus primos croatas, en Austria-Hungría; cuantas más naciones serbias lograban establecer su identidad e independencia, tanto más inquietos estaban los Habsburgo respecto al malestar cada vez mayor de sus minorías, y al papel que desempeñaba Rusia alentándolas.

## AUSTRIA-HUNGRÍA

En la Europa occidental, es decir, en Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania e incluso Rusia, el nacionalismo era una fuerza de cohesión, aunque «naciones sumergidas» como Polonia e Irlanda luchaban ya por su independencia. No obstante, la monarquía de los Habsburgo estaba formada en su totalidad por «naciones sumergidas». En el siglo XVIII había existido una élite alemana dominante, pero incluso para los alemanes había ahora una patria adyacente en el nuevo Imperio alemán del norte. En 1867 el Imperio de los Habsburgo se había transformado en una «doble monarquía» al garantizar a la nación sumergida más poderosa, los magiares, la semiindependencia en el reino de Hungría, que compartía con los «austríacos» alemanes en el poder tan solo un monarca (el emperador Francisco José, que gobernaba desde 1848), un ejército, una secretaría de Hacienda, y un ministerio de Asuntos Exteriores. Los magiares, al igual que los alemanes (e incluso los británicos, a quienes admiraban y cuyo edificio del parlamento imitaron en Budapest), se consideraban a sí mismos una raza superior, y gobernaban de modo opresivo sobre las minorías eslavas: los eslovacos, los rumanos y los croatas. En la mitad occidental de la monarquía, los «austríacos» alemanes no solo gobernaban a los eslavos del norte (checos), del noreste (polacos y rutenos) y

del sur (eslovenos y serbios), sino también a las tierras italianoparlantes de las vertientes del sur de los Alpes ambicionadas por el nuevo reino de Italia. A diferencia de los rudos magiares terratenientes de Budapest, los sensatos burócratas de Viena trataban a sus nacionalidades súbditas con tolerancia y les garantizaban igualdad de derechos frente a los alemanes. El resultado sería la paralización de la maquinaria de gobierno en Viena forzando al emperador a gobernar mediante decretos. La rica mezcla de culturas hizo de Viena una ciudad única con una vida intelectual y artística en ebullición, pero los círculos intelectuales contemplaban el futuro con reparo y en ocasiones con desaliento.

## ALEMANIA

Por último tenemos a la Alemania imperial, la potencia más compleja y problemática de todas.

La unificación de Alemania en 1871 había creado una nación que combinaba la economía más dinámica de Europa con un régimen que en muchos aspectos apenas había abandonado el feudalismo. La dinastía de los Hohenzollern había gobernado Prusia a través de una burocracia y un ejército procedentes de una «aristocracia militar» (*Junkers*) arraigada básicamente en las provincias orientales. Les incomodaba la existencia de un *Reichstag* (parlamento) que había estado aspirando infructuosamente al poder desde mediados del siglo XIX. En el recién unificado imperio el *Reichstag* representaba a la totalidad de la población alemana: a los conservadores agrarios con sus inmensas propiedades en el este, a los industriales del norte y del oeste, a los granjeros bávaros católico-romanos del sur, y, a medida que evolucionaba la economía, también a las clases obreras de la industria, con sus líderes socialistas, en los valles del Rin y en la cuenca del Ruhr. El *Reichstag* votaba los presupuestos, pero el gobierno era nombrado por el monarca, el káiser, ante el cual era responsable. El principal intermediario entre el *Reichstag* y el káiser era el canciller. El primero en ostentar este cargo, Otto von Bismarck, utilizó la autoridad procedente del káiser para hacer que el *Reichstag* cumpliera sus propias órdenes. Sus sucesores fueron poco más que simples mensajeros que informaban al *Reichstag* de las decisiones del káiser manipulándolas para asegurarse de la aprobación de los presupuestos. Incluso para el propio káiser no eran más que una especie de servicio doméstico mucho menos importante que el jefe del estado mayor.



1. El káiser Guillermo II: la encarnación del «militarismo prusiano».

Ullsteinbild.

Bajo estas circunstancias la personalidad del káiser era de crucial importancia, y la gran desgracia no solo de Alemania sino también del mundo entero fue que en aquella coyuntura la Casa de Hohenzollern produjera en Guillermo II un individuo que personificaba las tres cualidades que, podríamos decir, caracterizaban a la élite alemana gobernante: militarismo arcaico, ambición desmesurada e inseguridad neurótica.

El militarismo estaba institucionalizado en el papel preponderante que el

ejército había desempeñado en la cultura de la vieja Prusia, a la que había dominado y en gran medida incluso creado, tanto como sus victorias sobre Austria y Francia habían creado el nuevo Imperio alemán. En la nueva Alemania el ejército era socialmente dominante como lo había sido en la vieja Prusia: un dominio que se extendía a todas las clases sociales mediante un servicio militar obligatorio universal de tres años. La burguesía se había ganado el ansiado derecho a llevar uniforme incluso estando en la reserva, e imitaba las costumbres de la élite militar de los *Junkers*. A un nivel inferior, los suboficiales retirados ejercían dominio en sus comunidades locales. El káiser aparecía siempre de uniforme en calidad de Todopoderoso Señor de la Guerra, rodeado de un ambiente militar. En el exterior, este militarismo, con sus constantes desfiles, uniformes y celebraciones de las victorias de 1870, se consideraba más absurdo que siniestro: y probablemente habría sido así de no estar vinculado a la segunda característica, la ambición.

El propio Bismarck, tras crear el Imperio alemán, simplemente se había contentado con preservarlo, pero la generación que le sucedió no se conformaba así de fácil. Tenía todos los motivos para ser ambiciosa. Era una nación de más de sesenta millones, fuerte y con una fantástica herencia en lo relativo a música, poesía y filosofía, y cuyos científicos, técnicos y eruditos (por no hablar de los soldados) eran la envidia del mundo entero. Sus industrias habían ya superado a las británicas en la producción de carbón y acero, y sus industriales, junto con los científicos, estaban protagonizando una nueva «revolución industrial» basada en la química y la electricidad. Los alemanes se enorgullecían de poseer una cultura única y superior que mantenía el equilibrio entre el barbarismo despótico de sus vecinos orientales y la democracia decadente de occidente. No obstante, en el seno de esta orgullosa y próspera nación se estaba fraguando una profunda escisión que se ahondaba a medida que su prosperidad iba en aumento. El crecimiento de sus industrias incrementaba el número e influencia de la clase obrera cuyos líderes, sin ser ya revolucionarios, presionaban cada vez más hacia la ampliación de la democracia y la abolición de los privilegios sociales, y cuyo partido, los socialdemócratas, se había convertido en 1914 en el más numeroso del *Reichstag*.

Las clases pudientes libraban sus propias batallas, principalmente entre los terratenientes del este y los industrialistas del oeste; no obstante, hacían causa común contra lo que consideraban una amenaza socialista revolucionaria. Desde principios del siglo xx comenzaron a combatirla

mediante una «política hacia adelante» basada en la afirmación de la «grandeza nacional». Con el káiser a la cabeza, los líderes políticos de la derecha empezaron a reclamar para Alemania el rango, no solo de gran potencia, sino de potencia mundial, *Weltmacht*. El único competidor por este título era el Imperio británico, pero si tenía que competir con Gran Bretaña, Alemania necesitaría no solo un gran ejército, sino también una gran flota. Para recaudar fondos para semejante flota era preciso un espectacular ejercicio de propaganda, y solo sería efectiva si se presentaba a Gran Bretaña como el siguiente gran adversario al que tendrían que enfrentarse y vencer los alemanes si querían alcanzar el estatus que, según creían, les pertenecía por derecho propio.

## LAS ALIANZAS RIVALES

Alemania se veía rodeada de enemigos por todas partes. Cuando Bismarck creó el Imperio alemán en 1871, sabía perfectamente que la reacción natural de sus vecinos sería la de unirse contra ella, y tuvo mucho cuidado de que esto no sucediese. Consideraba, y con razón, que Francia era irreconciliable, aunque solo fuera porque la había obligado a ceder sus provincias de Alsacia y Lorena. Por consiguiente trató de neutralizarla alentando las ambiciones coloniales que la llevarían al enfrentamiento con Gran Bretaña, y se aseguró de que no encontrase aliados entre las demás potencias europeas uniéndolas a todas en su propio sistema de alianzas. La doble monarquía no presentaba dificultad alguna. Acosada por problemas internos, la Doble Alianza con Alemania en 1879 le resultaba beneficiosa. Su enemigo natural era la recién unificada Italia, que ambicionaba los territorios de habla italiana en las laderas del sur de los Alpes y en el Adriático, que todavía estaban en manos de los austríacos, pero Bismarck los unió a ambos en una Triple Alianza apoyando las reivindicaciones territoriales italianas contra Francia y sus posesiones en el Mediterráneo.

Quedaban aún las dos potencias situadas en ambos extremos, Rusia y Gran Bretaña. Rusia sería un formidable aliado para Francia si se le ofrecía la ocasión, que Bismarck no estaba dispuesto a secundar. Se había preocupado de cultivar su amistad y la había vinculado a su «sistema» mediante una alianza concluida en 1881 y renovada como «tratado de Reaseguro» seis años después. En cuanto a Gran Bretaña, tener a sus adversarios naturales, Francia y Rusia, controlados por una fuerte potencia central resultaba harto

conveniente para sus estadistas. La única cosa que Bismarck temía, y con razón, era una guerra en los Balcanes entre Austria y Rusia que pudiera desestabilizar el equilibrio tan precariamente establecido. En el congreso de Berlín de 1878 negoció un acuerdo que dividía los Balcanes en dos esferas de influencia entre Rusia y la doble monarquía, y le concedía a esta última un «protectorado» sobre la provincia otomana norteña más turbulenta, Bosnia-Herzegovina. Este acuerdo produjo una paz incómoda que duró hasta finales de siglo, pero el «sistema» de Bismarck había empezado a tambalearse mucho antes.

Los sucesores de Bismarck, por muchas y complejas razones, no consiguieron renovar el tratado con Rusia, dejándola en disposición de cerrar una alianza con Francia. Fue un terrible error. Para Rusia, si esta nueva y poderosa Alemania no era un aliado, entonces constituía una amenaza que solo podía ser contrarrestada mediante una alianza militar con Francia. En cualquier caso, Francia era una abundante fuente de inversiones del capital que Rusia necesitaba para financiar la modernización de su economía. Así pues, en 1891, ambas potencias firmaron un tratado, la Doble Entente, para hacer frente a la Triple Alianza, y los grupos rivales empezaron a competir en la mejora de su potencial militar.

Al principio los británicos contemplaban alarmados esta alianza entre sus tradicionales adversarios, y la dinámica de las relaciones internacionales habría dictado normalmente una alianza con Alemania como consecuencia natural. Que esto no se produjera se debió en parte a la tradicional reticencia de los británicos a involucrarse en las enmarañadas alianzas continentales, y en parte a la extraordinariamente torpe diplomacia alemana. No obstante, lo más importante de todo era la decisión alemana, que ya hemos mencionado, de construir una flota capaz de desafiar el dominio británico de los mares.

Dado que ya disponía del ejército más poderoso del mundo, no se acababa de comprender —por lo menos no los británicos— por qué Alemania necesitaba una armada transatlántica. Hasta entonces, a pesar de la competencia industrial, las relaciones británicas con Alemania habían sido más cordiales que otra cosa. Pero ahora daba comienzo una «carrera naval» en pos de una superioridad cuantitativa y cualitativa de los barcos, que había de transformar la opinión pública británica. Hacia 1914, Gran Bretaña se encontraba definitivamente a la cabeza, aunque solo fuera porque estaba preparada para destinar mayores recursos a la construcción de buques y no necesitaba, como Alemania, sostener también la pesada carga de una carrera

armamentística terrestre. Sin embargo, los británicos seguían preocupados no tanto por la flota que Alemania ya había construido como por la que podría llegar a tener, especialmente si una guerra victoriosa le concediera la hegemonía sobre el continente.

Así pues, Gran Bretaña restableció las relaciones con sus enemigos tradicionales. En 1904 limó sus diferencias con Francia en África estableciendo una relación que se conocería como la «entente cordial». Pero todavía quedaba el Imperio ruso, cuya expansión por el sur hacia las fronteras de la India había supuesto una constante pesadilla para los estadistas victorianos, y había llevado en 1902 a los británicos a cerrar su primera alianza formal de casi un siglo con la potencia emergente de Japón. Tres años después Rusia fue derrotada y casi abocada a una revolución a causa de la guerra contra Japón, por lo tanto en 1907 se sintió aliviada al firmar un acuerdo con Gran Bretaña relativo a las tierras fronterizas con Persia y Afganistán, creando así la Triple Entente. Fuera de Europa, Gran Bretaña tuvo la precaución de mantener buenas relaciones con Estados Unidos. El apetito de los norteamericanos por la expansión naval se había visto estimulado por la victoria sobre España en 1899 y la anexión de sus posesiones en el Pacífico, pero los estadistas británicos se dieron cuenta de que los enormes recursos de América aconsejaban evitar la confrontación a toda costa. Por consiguiente, las tradicionales rivalidades quedaron apaciguadas por el abandono real de la presencia naval británica en el hemisferio occidental y el cuidadoso cultivo de unas relaciones armoniosas entre las élites británicas y norteamericanas basadas en la consanguinidad «anglosajona» y unos valores políticos compartidos.

A pesar de que Gran Bretaña no firmase ninguna alianza formal más que con Japón, los alemanes se quejaron de que los británicos estaban tejiendo una red para cercarlos y aprisionarlos, cosa que empeoró sustancialmente sus relaciones. En 1911, cuando los alemanes trataron de humillar a los franceses desafiando su influencia en Marruecos con un alarde naval frente a Agadir, los británicos pusieron de manifiesto su apoyo a los franceses. Muchos británicos y alemanes empezaron a considerarse enemigos naturales, y a contemplar la guerra entre ambos como algo inevitable.

Sin embargo, cuando estalló la guerra tres años más tarde, lo hizo en el otro extremo de Europa, en los Balcanes, como el propio Bismarck había vaticinado.

## LA CRISIS DE LOS BALCANES

Sin la mano pacificadora de Bismarck, las relaciones entre Austria-Hungría y Rusia se fueron deteriorando tanto como las mantenidas entre Gran Bretaña y Alemania. El estado balcánico más temido por los austríacos era Serbia, especialmente desde que su protectorado sobre Bosnia-Herzegovina había situado a numerosos serbios bajo su control. En 1903 un golpe de estado en Belgrado había derrocado la dinastía Obrenovic que había iniciado una vía de conciliación con la doble monarquía, y la sustituyó por un régimen dedicado a la expansión de Serbia mediante la liberación de los serbios bajo gobiernos extranjeros, especialmente los de Bosnia. Cinco años después Austria se anexionó formalmente Bosnia-Herzegovina para facilitar el control sobre aquellas provincias. El gobierno serbio respondió creando un «movimiento de liberación» abierto a los serbios bosnios con una rama terrorista encubierta, la Mano Negra, entrenada y apoyada por elementos del propio ejército serbio. Al mismo tiempo, Serbia, con el beneplácito ruso, tomó el mando en la formación de una «Liga Balcánica» junto con Grecia, Bulgaria y Montenegro, destinada a la expulsión definitiva de los turcos de la península. Su oportunidad se presentó en 1912, cuando los turcos estaban ocupados en la defensa de sus territorios en Libia contra un ataque perpetrado por Italia, cuyo gobierno albergaba ambiciones grandiosas (anticipando ya las que acariciaría Mussolini una generación después) para recuperar las antiguas glorias del Imperio romano. En la primera guerra balcánica de aquel año los aliados de los Balcanes expulsaron a los turcos de toda la península, excepto de una cabeza de puente en torno a Adrianópolis. La segunda guerra se combatió al año siguiente entre los aliados victoriosos por el reparto del botín.

Como consecuencia de estas dos guerras, el territorio y la población de Serbia quedaron duplicados y sus ambiciones enormemente alentadas. Pero en Viena las emociones que prevalecían eran de temor y frustración: temor ante el, en apariencia, imparable avance serbio, con todo el estímulo que ello suponía para los disidentes eslavos en ambas partes de la monarquía, y frustración ante su incapacidad de llevar a cabo cualquier acción. Entonces, el 28 de julio de 1914 el heredero al trono de los Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, fue asesinado en Sarajevo, la capital de Bosnia-Herzegovina, por Gavril Princip, un terrorista adolescente entrenado y armado por la Mano Negra, respaldada por los serbios.

## 2

### La guerra que se avecina

#### LA CRISIS DE 1914

La crisis precipitada por el asesinato del archiduque no pareció peor, en un principio, que las muchas que la habían precedido en los Balcanes desde 1908, y que se habían resuelto pacíficamente mediante la intervención de las grandes potencias. Pero ahora los austríacos estaban dispuestos a aplastar a sus enemigos serbios para siempre. Lanzaron un ultimátum que, de ser aceptado, hubiera convertido a Serbia en un auténtico estado satélite de la doble monarquía. Por su parte los rusos no podían tolerar semejante afrenta, y los austríacos lo sabían; así pues, antes de hacer público su ultimátum obtuvieron lo que se conoció como «un cheque en blanco» de Berlín, que les aseguraba el apoyo de Alemania en caso de guerra. El gobierno alemán sabía que la firma de aquel cheque podía suponer por lo menos una guerra europea, pero a estas alturas Berlín consideraba ya la guerra como algo casi inevitable. Los dirigentes militares alemanes calculaban que era mejor embarcarse en la guerra cuanto antes, mientras los rusos no se hubieran repuesto del todo de la derrota de 1905, en vez de aguardar tres años, cuando el programa de movilización y construcción del ferrocarril financiado por los franceses habría concluido, situándolos en una posición totalmente nueva en cuanto a fuerza militar. Tras la crisis de Agadir, también Francia había atravesado una fase de nacionalismo militante, y estaba psicológica y militarmente preparada para la guerra. En Rusia, la opinión pública paneslavista presionaba enormemente exigiendo la entrada en la guerra, aunque el gobierno era consciente de la debilidad, no solo de su ejército sino de su propio régimen, sacudido ya en 1905 por una revolución cuyos ecos todavía se podían oír. En cuanto a los británicos, sus intereses en los asuntos de los Balcanes eran mínimos y sus problemas nacionales abrumadores; pero si tenía que haber una guerra europea no iban a quedarse al margen contemplando cómo Francia era derrotada por una Alemania cuyos publicistas habían considerado a Inglaterra durante mucho tiempo como su principal enemigo, y para quienes una victoria en Europa supondría solo el paso previo a su consolidación no como

una gran potencia, sino como una potencia mundial.

Así pues, Europa se encontraba al borde de la guerra en julio de 1914. Para comprender por qué perdió el equilibrio debemos analizar ahora otros dos elementos de la trinidad de Clausewitz: las actividades de los militares y las pasiones de los pueblos.

## LA SITUACIÓN MILITAR EN 1914

Las victorias alemanas de 1866-1870 habían abierto un nuevo capítulo en la historia tanto militar como política de Europa. Los triunfos alemanes eran considerados en general como resultado de dos factores, uno estratégico y el otro táctico. El primero era la capacidad que tenía Alemania de desplegar en el campo de batalla unas fuerzas armadas mucho más numerosas que las de sus adversarios, y ello era debido a dos motivos. Uno era el desarrollo del ferrocarril y el telégrafo, que hacían posible un rápido despliegue en el campo de operaciones militares de un número de hombres sin precedentes. El otro era la introducción de un servicio militar obligatorio universal en tiempo de paz, que aseguraba no solo que aquellos efectivos estuviesen disponibles, sino que además estuviesen bien entrenados y pudiesen ser movilizados en el momento oportuno. Tales ejércitos, y en 1871 el ejército alemán sobrepasaba ya el millón, requerían un grado de organización sin precedentes, que era responsabilidad de un estado mayor cuya dirección recaía en el comandante en jefe de todas las fuerzas. Era necesaria también una delegación de competencias que imponía nuevas responsabilidades a los mandos intermedios y oficiales subalternos. Las batallas ya no podían ser libradas y decididas por un solo general al mando, pues podían extenderse, como ocurrió en la guerra ruso-japonesa, a lo largo de innumerables kilómetros. Una vez desplegadas sus fuerzas en el campo de batalla, el comandante en jefe no podía hacer otra cosa que sentarse en su cuartel general a muchos kilómetros de distancia de la línea del frente y esperar que sucediera lo mejor.

Esta extensión del frente se vio incrementada por el segundo factor, el desarrollo de armas de largo alcance. La introducción de armas de fuego con carga en la recámara y de cañón estriado para la infantería aumentó el alcance y la precisión hasta tal punto que habrían hecho inútiles los ataques frontales si el desarrollo simultáneo de la artillería no hubiera proporcionado la potencia de fuego necesaria para apoyarlos. Incluso desde 1870 el alcance había aumentado considerablemente. En torno a 1900, todos los ejércitos

Europeos estaban equipados con rifles de infantería con miras de hasta 900 metros y con una precisión letal a la mitad de dicho alcance. Ahora los cañones de campaña se extendían a lo largo de ocho kilómetros, y eran capaces de efectuar hasta veinte disparos en un minuto. La artillería pesada, hasta entonces utilizada tan solo para los asedios, tenía ahora capacidad de movimiento por ferrocarril o carretera, y podía fijar objetivos a una distancia de más de cuarenta kilómetros. De este modo los ejércitos entraban en combate mucho antes de poder ver al enemigo, y ni qué decir tiene de atacar sus posiciones.

En una obra pionera de análisis de operaciones, *La Guerre future*, publicada en 1899, el escritor polaco Ivan Bloch calculaba que en las guerras libradas con semejantes armas en el futuro sería imposible la ofensiva. Las batallas degenerarían rápidamente en sangrientos puntos muertos. El coste para mantener estos enormes ejércitos en el campo sería prohibitivo. Las economías de las potencias beligerantes tendrían que estirarse tanto que las consiguientes penurias impuestas a la población civil conducirían indefectiblemente y en todas partes a las revoluciones que las clases dominantes de toda Europa empezaban a temer. Esta predicción resultó tan precisa en lo relativo al curso y resultado de la primera guerra mundial que los historiadores posteriores se han preguntado por qué no se le prestó más atención en su día. No obstante, pocos años después de su publicación se llevaron a cabo dos guerras que mostraron que aunque las nuevas armas infligían sin lugar a dudas terribles pérdidas, todavía se podían librar batallas decisivas y ganarlas. En Sudáfrica en 1899-1902, a pesar de la habilidad y el valor de los fusileros bóers, los británicos acabaron ganando la guerra y pacificaron el país, en gran medida gracias al uso de la caballería cuya desaparición habían previsto los reformistas militares desde hacía largos años. De forma todavía más significativa, en 1904-1905, se libró una guerra en la que ambos bandos utilizaron el más moderno armamento; los japoneses lograron derrotar a los rusos batalla tras batalla mediante la combinación de una diestra infantería, tácticas de artillería y el coraje suicida de sus tropas obligándoles a pedir la paz. La lección aprendida por los ejércitos europeos fue que la victoria todavía era posible para los ejércitos equipados con armamento moderno y cuyos soldados no temieran a la muerte. Pero todavía aprendieron otra lección: que la victoria tenía que ser rápida. Una campaña que duró poco más de un año acabó en revolución en Rusia y situó a Japón al borde de la ruina económica. La predicción de Bloch de que ninguna nación podría mantener durante mucho tiempo una guerra librada, en palabras del

jefe del estado mayor alemán, Alfred von Schlieffen, por «ejércitos de millones de hombres que cuestan miles de millones de marcos», hizo mella. Las potencias europeas se prepararon para combatir en una guerra corta porque no podían considerar la posibilidad real de librar una guerra prolongada, y la única manera de lograr que fuese corta era tomando la ofensiva.

## LA «CARRERA ARMAMENTÍSTICA»

En la primera década del siglo xx las potencias europeas estaban comprometidas en un proceso competitivo de modernización de sus fuerzas armadas que acabó por denominarse, de forma poco exacta, «carrera armamentística». Las lecciones aprendidas de la guerra ruso-japonesa se estudiaron con atención, especialmente por parte de los alemanes, que intuyeron antes que sus competidores la importancia de las trincheras para proteger a su infantería del fuego de la artillería, y de la enorme ventaja que proporcionaba la movilidad de la artillería pesada. Las ametralladoras demostraron también su eficacia, pero su ritmo de disparo de 600 balas por minuto planteaba problemas de suministro de munición que dificultaban su uso en frentes móviles. Todos los ejércitos las almacenaban en sus arsenales, pero no llegaron a valorarse hasta las batallas defensivas del frente occidental en 1915-1917. Todos los ejércitos abandonaron sus coloridos uniformes (los británicos, acostumbrados a luchar en el polvo y el desierto de las campañas coloniales, ya lo habían hecho) y se vistieron de las diversas tonalidades del fango en el que ahora tendrían que luchar, a excepción de los franceses, que se vieron obligados a conservar sus característicos pantalones color escarlata debido a los nostálgicos políticos nacionalistas, y sufrieron terriblemente por ello. Todos competían en la introducción de la nueva tecnología del avión y del automóvil, aunque en 1914 el avión solo se utilizó como complemento de la caballería de reconocimiento, y el automóvil se usó principalmente para el transporte de oficiales del estado mayor y comandantes al mando. Durante la guerra, el transporte y tracción más allá de las terminales del ferrocarril seguían haciéndose en su mayoría con caballos. Una vez descendían del tren, los ejércitos no podían avanzar más deprisa de lo que avanzaban los de Napoleón, o incluso los de Julio César. Por último, la importancia de las comunicaciones por radio —y su intercepción— era reconocida por todos, especialmente en la guerra naval. Sin embargo, en tierra los equipos eran demasiado pesados para su uso operativo fuera del cuartel general de los

ejércitos, con consecuencias en el combate de primera línea que analizaremos a su debido tiempo.

Todos los ejércitos europeos de 1914 eran comparables en lo que a armamento se refiere. Solo en el uso de la artillería pesada móvil podían dar los alemanes alguna sorpresa desagradable. Lo que quitaba el sueño a los estrategas militares no era el equipamiento del enemigo, sino su tamaño. Y esto quedaba determinado en última instancia por la magnitud de la población, pero también se veía afectado por restricciones sociales que limitaban el alcance y la duración del servicio militar obligatorio, y por presiones financieras que acotaban su coste. De las tres potencias principalmente implicadas, la población del recién unificado Imperio alemán de 67 millones sobrepasaba, como ya hemos visto, a la de Francia, de 36 millones, pero era inferior a los 164 millones del Imperio ruso. En Francia, la desconfianza democrática en el militarismo había reducido el servicio militar a dos años, aunque se reclutara a más del 80 por 100 de los efectivos disponibles. En Alemania el servicio militar duraba tres años, pero el número de soldados llamados a filas se vio limitado por restricciones presupuestarias y por la resistencia de un *Reichstag* de tendencias cada vez más izquierdistas, así como por la reticencia del propio ejército a reclutar de entre la creciente y (según se creía) políticamente poco fiable población urbana. Solo un 54 por 100 del contingente disponible fue llamado a filas antes de 1911, cosa que proporcionó al ejército alemán una fuerza en tiempo de paz de 612 000 hombres frente a la francesa de 593.000. El tamaño de la población rusa y por consiguiente de su ejército (1 345 000) era aterradora en el papel, pero era menos impresionante por la escasez de líneas férreas para su despliegue y por la incompetencia administrativa puesta de manifiesto de forma humillante en la derrota de 1905. La amenaza rusa aparecía entonces tan insignificante que Schlieffen, en el «plan» que legó aquel año a su sucesor, la ignoraba por completo y concentraba toda la fuerza del ejército alemán contra Francia.

La derrota rusa en 1905 pudo haber tranquilizado a los alemanes, pero aterrorizaba a los franceses. Después de 1908 empezaron a invertir dinero en Rusia para fortalecer su infraestructura económica (especialmente la del ferrocarril) y para equipar de nuevo sus ejércitos en un «gran programa» de reforma militar que había de quedar terminado en 1917. Ahora les tocaba a los alemanes sentirse alarmados. Ya no podían seguir menospreciando la importancia de Austria-Hungría como aliado, y en ambos países se habló mucho y disparatadamente acerca de lo que suponía la amenaza eslava para la civilización occidental. Las restricciones de los propios alemanes respecto al

incremento y refuerzo militar desaparecieron, y en 1912 introdujeron un programa de choque de expansión que aumentó el tamaño de su ejército en 1914 hasta 864 000 efectivos. Los franceses respondieron aumentando la duración de su servicio militar hasta tres años, cosa que les proporcionó un contingente de 700 000 hombres en tiempos de paz. En ambos países los gastos adicionales fueron aprobados sin demora por parlamentos totalmente convencidos de la inminencia de una guerra en la que estaba en juego su existencia nacional. Cuando en efecto estalló la guerra en 1914 los franceses y los alemanes movilizaron cada uno cerca de cuatro millones de hombres, de los que había 1,7 millones de alemanes y 2 millones de franceses que se enfrentaron unos contra otros en el frente occidental.

## LA DECISIÓN A FAVOR DE LA GUERRA

Esta era pues la situación cuando los austríacos lanzaron su ultimátum a Serbia en julio de 1914. Aquellos estaban dispuestos a aplastar a los serbios aunque para ello tuvieran que utilizar la fuerza militar, y entretanto confiaban en que sus aliados alemanes mantuvieran a los rusos bajo control. Los alemanes estaban seguros de poder disuadir a Rusia de su intervención, pero si no lo conseguían, preferían ir a la guerra mientras su ejército estuviese en el cenit de su fuerza, en vez de aguardar a que el equilibrio de la potencia militar se inclinase inexorablemente a favor de sus adversarios. La única cosa que no se plantearon fue la de decepcionar a los austríacos. La doble monarquía era su único aliado (con toda la razón no contaban con los italianos), y su humillación y probable desintegración sería catastrófica para el prestigio y el poder alemán. Pero los rusos hacían los mismos cálculos. Para ellos abandonar a Serbia sería como traicionar a toda la causa eslava y perder todo lo que habían ganado en los Balcanes desde principios de siglo. Por último, para los franceses abandonar a Rusia a la derrota sería dar pacíficamente su consentimiento a la hegemonía alemana en Europa y verse relegados a la categoría de potencia de tercera clase.

Todo esto estaba muy claro en Berlín. Al apoyar a los austríacos, los alemanes sabían que se arriesgaban a una guerra europea, pero era una guerra que esperaban ganar. La única cuestión era, ¿sería también una guerra mundial? ¿Tomaría Gran Bretaña también parte en ella?

Esta era una posibilidad cuyas implicaciones apenas habían sido consideradas en Berlín, donde los que tomaban decisiones se encontraban en

un estado que los psicólogos han dado en llamar «disonancia cognitiva». Gran Bretaña se consideraba mayoritariamente como el principal enemigo de Alemania, el adversario al que había que enfrentarse si Alemania quería alcanzar su legítimo estatus de potencia mundial. No obstante, Gran Bretaña había sido completamente ignorada en la planificación militar alemana. El ejército había delegado el asunto a la armada, suponiendo que cualquier fuerza expedicionaria que los británicos enviaran en auxilio de los franceses sería demasiado insignificante como para tomarla en consideración. Pero la marina alemana nada podía hacer, o por lo menos así lo creía, hasta crear una flota marítima capaz de desafiar a la marina británica, cosa que en aquellos momentos no estaba en posición de hacer. Para el ministro alemán de la Marina, el almirante Graf von Tirpitz, el momento elegido para la guerra era desastroso. Cualquier fuerza expedicionaria británica al continente podría verse atrapada en la derrota de sus aliados, pero esto ya había sucedido antes (y sucedería después) en la historia de Europa. No obstante, la guerra podría proseguir como en tiempos de Napoleón y convertirse en una guerra prolongada de las que nadie había planeado y que en opinión de todos nadie podría ganar.

El gobierno alemán apostaba pues por la neutralidad británica, y en julio de 1914 esta parecía una apuesta razonable. Desde 1906 el gobierno británico había estado sumamente ocupado con el malestar industrial en su país y con una al parecer inminente guerra civil en Irlanda. Desde la crisis de Agadir en 1911, los dirigentes militares británicos habían mantenido conversaciones informales pero minuciosas con sus colegas franceses acerca de un posible envío de fuerzas expedicionarias al continente, pero al gobierno no le había parecido bien revelarlas a un parlamento de amplio espectro pacifista. La marina británica había llevado a cabo todos los preparativos para una supuesta guerra contra Alemania, pero no se había comprometido a nada. Existía una gran preocupación general ante el empuje de la política alemana, pero la opinión de los liberales y de las izquierdas permanecía inmutablemente neutral. La aversión por el «militarismo» alemán se vio compensada por la hostilidad hacia un régimen ruso despótico cuyos pogromos contra los judíos y las brutales persecuciones de disidentes resultaban igualmente repugnantes para la conciencia liberal. La creencia general era la de que Francia y Rusia suponían una mayor amenaza para los intereses imperiales británicos que la propia Alemania, con la que seguían manteniéndose estrechos vínculos comerciales y económicos. No obstante, la opinión pública y el apoyo parlamentario eran demasiado inciertos para que el secretario de Exteriores,

*sir* Edward Grey, pudiera asegurar de forma inequívoca que, si la crisis desembocaba en guerra, Gran Bretaña tomaría partido junto a sus socios de la Triple Entente. Si Alemania no hubiera invadido Bélgica, no queda claro si Gran Bretaña hubiese mantenido su neutralidad, ni por cuánto tiempo. Pero la invasión se produjo, y hemos de ver por qué.

Los planificadores militares alemanes se habían enfrentado a un problema estratégico fundamental desde los tiempos de Federico el Grande. Encasillada entre una Francia hostil por el oeste y una Rusia hostil por el este (habitualmente acompañadas por una Austria hostil en el sur), su única esperanza de evitar la derrota había sido siempre la de aplastar a uno de sus enemigos antes de que el otro estuviera en condiciones de intervenir. Las victorias prusianas de 1866 y 1870 fueron posibles gracias a que Bismarck consiguió neutralizar a Rusia en ambos conflictos, pero en 1891 la alianza franco-rusa reavivó el dilema en su forma más cruda. ¿Qué enemigo había que destruir en primer lugar? Schlieffen se había decidido firmemente por Francia. No era posible ninguna victoria decisiva en las inmensas llanuras de Polonia, pero si se vencía a Francia, los rusos no tardarían en negociar. ¿Pero cómo obtener una victoria rápida y decisiva sobre Francia? Desde 1871 Francia había levantado enormes fortificaciones a lo largo de su frontera con Alemania, y una repetición de 1870 parecía imposible. La única respuesta factible era la de flanquear Francia a través de la neutral Bélgica, con un movimiento lo suficientemente poderoso como para derrotar al ejército francés a tiempo de trasladar las fuerzas hacia el este con el fin de rechazar el esperado ataque ruso. El propio Schlieffen, como ya hemos podido comprobar, no se tomó la amenaza rusa demasiado en serio, pero en torno a 1914 la amenaza era tal que los planificadores alemanes llegaron a veces a temer que los ejércitos rusos pudiesen entrar en Berlín antes de que sus propias fuerzas alcanzasen París. Por consiguiente, una invasión masiva a través de Bélgica era una parte esencial de los planes de guerra alemanes, y el incremento del tamaño del ejército alemán como resultado de las reformas de 1912-1913 había sido concebido para hacer posible dicha invasión.

Clausewitz escribió una vez que los planes militares podían tener su propia gramática, pero que no tenían ninguna lógica inherente. Obviamente no había lógica alguna en la decisión tomada por el estado mayor alemán de que, para apoyar a los austríacos en un conflicto con Rusia acerca de Serbia, Alemania tuviera que atacar Francia, que no era parte implicada en la contienda, y que lo hiciera invadiendo Bélgica, cuya posición neutral estaba garantizada por el tratado de 1831 firmado tanto por Alemania como por Gran

Bretaña. Harto significativo fue, para mostrar cómo estaban las cosas en Berlín, que el canciller alemán, Theodore von Bethmann Hollweg, considerase asunto suyo no solo no cuestionar esta decisión, sino justificarla como un quebrantamiento de la ley internacional necesario para llevar adelante una guerra justa y defensiva. Pero para que la guerra pareciese justa y defensiva era preciso presentar a Rusia como la agresora, y esta era la mayor preocupación del gobierno alemán en los últimos días de la crisis.

Como era de esperar Serbia rechazó el ultimátum austríaco, y Austria le declaró la guerra el 28 de julio. A partir de aquel momento los cálculos militares dominaron la toma de decisiones en todas las capitales europeas. El 30 de julio el zar Nicolás II, tras muchas dudas, ordenó la movilización de todas las fuerzas armadas rusas. Era de todos sabido que la movilización conllevaba inevitablemente la *Aufmarsch*, el despliegue de los ejércitos para la invasión de los países vecinos, y semejante despliegue conducía asimismo inevitablemente a la guerra. Por lo tanto, la movilización equivalía a apuntar con un arma: el primero que lo hacía gozaba de una enorme ventaja estratégica. Pero si Rusia no era la primera en tomar aquella iniciativa, su atraso administrativo y las inmensas distancias que tenían que salvar sus reservistas la situarían en una posición de gran desventaja frente a Alemania, mucho más compacta y mejor organizada. De hecho, ni para Rusia ni para sus aliados franceses la movilización significaba necesariamente el inicio de un conflicto armado, pero para Alemania la movilización conducía sin lugar a dudas a la *Aufmarsch*, y la *Aufmarsch* a la invasión de Bélgica programada hasta el último minuto. La movilización rusa le proporcionó la excusa perfecta. Los desesperados intentos de última hora por parte del aterrorizado káiser para aplazar las cosas resultaron infructuosos. La orden de movilización se dio en Berlín el 1 de agosto. Al día siguiente se hizo público un ultimátum exigiendo paso franco a través de Bélgica. Al ser rechazado, las tropas alemanas cruzaron la frontera el 3 de agosto.

En Gran Bretaña la invasión de Bélgica unió lo que hasta entonces había sido una opinión pública profundamente dividida. Desde el siglo XVI, en la política naval británica había sido artículo de fe el no permitir que los Países Bajos cayesen en manos hostiles, y esta creencia se había convertido en algo casi visceral, al margen de las políticas de partido. Al instante el gobierno británico hizo público un ultimátum exigiendo garantías de que se respetase la neutralidad de Bélgica. No obtuvo respuesta alguna, y el 4 de agosto Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. La preocupación de los liberales por los

derechos de las naciones pequeñas, combinada con la tradicional preocupación de los conservadores por el mantenimiento del equilibrio de los poderes europeos, hicieron posible que el apoyo parlamentario fuera casi unánime. Se proclamó el estado de guerra por todo el Imperio británico y daba comienzo la primera guerra mundial.



2. Refugiados belgas: los primeros frutos de la invasión alemana.

M. Rol.

### 3

## 1914: el inicio de las campañas

### REACCIONES POPULARES

El estallido de la guerra fue acogido con entusiasmo en las grandes ciudades de todas las potencias beligerantes, pero esta exaltación no era ni mucho menos representativa de la opinión pública en su totalidad. Concretamente en Francia el estado de ánimo reinante era el de una estoica resignación que probablemente caracterizaba a todos los trabajadores agrarios reclutados que tuvieron que abandonar sus tierras dejando que las cultivasen las mujeres y los niños. Pero en todas partes el pueblo respaldaba a sus respectivos gobiernos. No era una «guerra limitada» entre estados soberanos. Ahora la guerra era una cuestión nacional. Durante un siglo, los programas educativos estatales dirigidos a la formación de ciudadanos obedientes y leales habían inculcado una conciencia nacional. En efecto, a medida que las sociedades se iban secularizando, el concepto de nación, con toda su panoplia militar y su patrimonio, adquiría un significado casi religioso. El servicio militar obligatorio contribuía a este proceso de adoctrinamiento aunque no era indispensable: en Gran Bretaña, donde el servicio militar obligatorio no se introdujo hasta 1916, la opinión pública era tan nacionalista como en cualquier otro lugar del continente. Para los pensadores empapados en la teoría darwiniana, la guerra representaba una prueba de «hombría» de las que la anodina vida urbana ya no proporcionaba. Esta «hombría» se consideraba fundamental si las naciones querían «sobrevivir» en un mundo donde el progreso era el resultado, o así lo creían, de la competencia más que de la cooperación entre naciones, lo mismo que entre las especies. El pacifismo liberal siguió ejerciendo influencia en las democracias occidentales, pero también era considerado en general, y especialmente en Alemania, como un síntoma de decadencia moral.

Esta sofisticada beligerancia hizo que el advenimiento de la guerra fuese celebrado por muchos intelectuales, así como por los miembros de las antiguas clases dirigentes, que aceptaron con entusiasmo su tradicional función de liderazgo en la guerra. Los artistas, músicos, académicos y

escritores competían unos con otros por ofrecer sus servicios a sus gobiernos. Para los artistas en concreto, los futuristas en Italia, los cubistas en Francia, los vorticistas en Gran Bretaña y los expresionistas en Alemania, la guerra se consideraba un aspecto más de la liberación de un régimen agotado y caduco que ellos mismos habían preconizado una década atrás. Los obreros del entorno urbano anhelaban encontrar en ella un emocionante y, según esperaban, corto respiro que les distrajese del tedio de sus vidas cotidianas. En las democracias de la Europa occidental la opinión de las masas, reforzada por la propaganda gubernamental, barrió por completo a los menos entusiastas. En las sociedades menos alfabetizadas y desarrolladas del este, la lealtad feudal tradicional, fuertemente apoyada por sanciones religiosas, resultó igualmente efectiva en cuanto a la movilización de masas.

Y no hay que olvidar que todos los gobiernos podían hacer de la guerra un caso plausible. Los austríacos luchaban por la conservación de su histórico imperio multinacional contra la desintegración provocada por sus viejos adversarios, los rusos. Estos a su vez luchaban para proteger a sus parientes y amigos eslavos, por la defensa de su honor nacional y en cumplimiento de sus obligaciones con Francia, su aliada. Los franceses luchaban en defensa propia contra la agresión totalmente injustificada perpetrada por su secular enemigo. Los británicos luchaban para preservar la ley de las naciones y se anticipaban a la gran amenaza a la que, procedente del continente, habían tenido que enfrentarse desde tiempos de Napoleón. Los alemanes luchaban en nombre de su único aliado, y para repeler la amenaza eslava proveniente del este, que había unido fuerzas con sus celosos rivales en occidente para sofocar su legítima emergencia como potencia mundial. Estos eran los argumentos que los gobiernos presentaban a sus pueblos. Pero estos últimos no necesitaban ser azuzados por la propaganda gubernamental. Era un espíritu de simple deber patriótico lo que les hacía sentir los colores e ir a la guerra.

A finales del siglo XIX el escritor militar alemán Colmar von der Goltz había advertido que cualquier guerra europea futura vería «un éxodo de naciones», y demostró estar en lo cierto. En agosto de 1914 los ejércitos europeos movilizaron unos seis millones de hombres y los lanzaron sobre sus vecinos. Los ejércitos alemanes invadieron Francia y Bélgica. Los ejércitos rusos invadieron Alemania. Los ejércitos austríacos invadieron Serbia y Rusia. Los ejércitos franceses atravesaron la frontera y embistieron la alemana Alsacia-Lorena. Los británicos mandaron una fuerza expedicionaria en auxilio de los franceses, con la secreta esperanza de alcanzar Berlín en

Navidades. Solo los italianos, cuyas obligaciones con la Triple Alianza cubrían únicamente una guerra defensiva y descartaban la hostilidad británica, aguardaron prudentemente los acontecimientos. Si «los aliados» (como se denominó de forma generalizada a la alianza franco-ruso-británica) vencían, Italia podría obtener las tierras que reclamaba a Austria, pero si ganaban la guerra «los imperios centrales» (los austroalemanes), no solo podría anexionarse las disputadas tierras fronterizas con Francia, Niza y Saboya, sino también las posesiones francesas en el norte de África para añadirlas al imperio mediterráneo que había empezado a fundar a expensas de los turcos. La política italiana estaba guiada, como declaró su primer ministro con absoluta franqueza, por el *sacro egoísmo*.

## LA INVASIÓN DE BÉLGICA

Ya hemos visto que los planes militares de todos los países beligerantes estaban basados en el supuesto de que, si no querían que fuera un desastre, la guerra tenía que ser breve, y de que la única manera de garantizar que así fuera era lanzando una ofensiva eficaz. En ninguna otra parte se estaba tan convencido de ello como en Berlín. El estado mayor general había calculado que el ejército francés tenía que ser derrotado en el transcurso de seis semanas si quería disponer de suficientes fuerzas para enfrentarse y vencer a los rusos en el esperado ataque procedente del este. Esto solo podía llevarse a cabo mediante el gran movimiento envolvente a través de Bélgica que Schlieffen había visualizado: una maniobra destinada no solo a derrotar a los ejércitos franceses sino a rodearlos y aniquilarlos en una *Schlacht ohne Morgen*, «una batalla sin un mañana». El sucesor de Schlieffen, Helmut von Moltke, sobrino del gran mariscal de campo que había conducido a las fuerzas prusianas a la victoria en 1866 y 1870, modificó los planes para proporcionar una mejor protección frente a una eventual invasión francesa por el sur de Alemania, evitando al mismo tiempo tener que invadir Holanda, pues si la guerra se alargaba, la neutralidad de dicho país resultaría esencial para la economía alemana. Al final de la guerra, Moltke fue acusado de haber arruinado la estrategia de Schlieffen, pero posteriores investigaciones han demostrado que las recomendaciones de Schlieffen eran lógicamente imposibles. En general, se esperaba una invasión de Bélgica por parte de los alemanes —las estaciones terminales de la línea férrea construidas a lo largo de la frontera belga descubrieron la jugada—, pero en sus cálculos el estado mayor francés y el británico habían llegado a la conclusión de que las restricciones logísticas

y de potencial humano limitarían el movimiento en la margen izquierda del Mosa. Fue gracias a los dos cuerpos adicionales del ejército facilitados por las reformas militares alemanas de 1911-1912, y al uso de las unidades no ortodoxas de reservistas como tropas de primera línea, que Moltke pudo llevar a cabo las ideas de Schlieffen y montar un ataque a tal escala que cogió por sorpresa a los aliados.

Los belgas se habían preparado para una invasión alemana construyendo un importante complejo fortificado en Lieja. Para lidiar con ello los alemanes emplearon su principal «arma secreta»: la artillería de asalto móvil, especialmente obuses pesados de fabricación austriaca Skoda, cuyos proyectiles atravesaron el acero y el hormigón, e hicieron que la guarnición acabara rindiéndose. El 17 de agosto ya se habían abierto paso, y la marcha alemana a través de Bélgica dio inicio. A su paso, los ejércitos alemanes provocaban una avalancha de refugiados que inundaban las carreteras de carros cargados con todo lo que habían podido rescatar de sus posesiones: un primer goteo de aquella inmensa y miserable marea humana desarraigada que a partir de entonces caracterizaría las guerras de todo el siglo. Los que permanecieron en sus hogares fueron tratados por los invasores con una crueldad que pretendía anticiparse a la modalidad de «guerra del pueblo» de sabotaje y asesinatos que los franceses empezaron a llevar a cabo contra las fuerzas de ocupación en 1870. Viendo saboteadores y francotiradores incluso donde no los había, las tropas alemanas apresaron y fusilaron una cifra estimada de 5000 civiles belgas y prendieron fuego indiscriminadamente a edificios, incluyendo los de la universidad medieval de Lovaina. Informes harto exagerados acerca de las atrocidades cometidas se extendieron por Gran Bretaña, confirmando así el respaldo público a la guerra, que no tardó en ser considerada una cruzada contra el bárbaro militarismo alemán, una opinión que llegó incluso a sectores influyentes de Estados Unidos. Si la invasión no hubiera sido suficiente para provocar la intervención de Gran Bretaña, la forma en que las fuerzas alemanas impusieron la ocupación habría creado la presión necesaria para intervenir.

## LA BATALLA DEL MARNE

Entretanto, el general Joseph Joffre, comandante en jefe francés, lanzó su propia ofensiva más al sur, al principio sobre Alsacia-Lorena, especialmente para satisfacer a la opinión pública, y después hacia el norte sobre el flanco

del ataque alemán. Las fuerzas francesas fueron repelidas en todas partes con importantes pérdidas, sobre todo en las batallas contra las tropas alemanas de avanzada cuya artillería pesada destruía las unidades francesas mucho antes de que estas pudieran utilizar sus propias armas ligeras. De este modo los ejércitos franceses retrocedían cuando el movimiento táctico de los alemanes empezaba a surtir efecto. El flanco derecho de las fuerzas alemanas, el Primer Ejército del general Von Kluck, atravesó Bruselas el 20 de agosto, y dos días después se encontró con el flanco derecho de los aliados en la ciudad industrial de Mons. Los dos cuerpos de las fuerzas expedicionarias británicas al mando del mariscal de campo *sir* John French habían acudido precipitadamente a primera línea y apenas habían podido tomar posiciones cuando fueron atacados. Con sus aliados franceses a la derecha, se vieron forzados a una retirada que duró dos sofocantes semanas hasta que, a principios de septiembre, el plan de Schlieffen fracasó: los aliados contraatacaron y toda la estrategia alemana se vino abajo.

La historia de la llamada batalla del Marne ha sido relatada cientos de veces, y todos los implicados han reclamado su parte de mérito. Quizá el comentario más convincente fuera el de Joffre, que más tarde diría que no sabía quién había ganado la batalla, pero que sí sabía a quién habría que culpar en caso de haberla perdido. En pocas palabras, esto fue lo que pasó. Kluck había recibido la orden de avanzar en dirección al oeste y sur de París con el objetivo de rodear y completar la aniquilación de los ejércitos franceses. Pero el 30 de agosto decidió que, en lugar de llevar a cabo aquella ambiciosa operación, debería dar prioridad a mantener el contacto con el ejército del general Von Bülow que se encontraba a su izquierda y que se había quedado rezagado por los contraataques de los franceses. Por consiguiente, con la aprobación de Moltke desvió su línea de avance hacia el sudeste de París. Mientras tanto Joffre había estado utilizando su red ferroviaria para trasladar sus fuerzas del ala derecha hacia la región de París, desde donde amenazaban al flanco izquierdo de Kluck que estaba al descubierto. El 4 de septiembre Joffre interrumpió la retirada del grueso de sus fuerzas a la vez que lanzaba aquel nuevo ejército contra Kluck. Cuando este se desplegó para salir a su encuentro, se abrió un hueco entre su flanco izquierdo y el flanco derecho de Bülow por el que penetraron las fuerzas británicas y francesas. Von Moltke, a 240 km por detrás del frente, en Luxemburgo, recibiendo solo mensajes fragmentados de los comandantes de sus ejércitos, comenzó a sentirse intranquilo. Había debilitado sus fuerzas enviando dos cuerpos al frente oriental, donde las cosas parecían ir de mal en

peor. Para dar cuenta de lo que estaba sucediendo, el 8 de septiembre envió a su jefe de Inteligencia, el coronel Hentsch, con poderes plenipotenciarios para resolver la situación. Hentsch se encontró con que el cuartel general estaba en un estado de confusión tal, que confirmó la necesidad de una retirada. Todo el frente alemán retrocedió hasta la línea del Aisne, con los británicos y los franceses siguiéndolo con cautela. Allí los alemanes establecieron posiciones que defendieron con éxito durante gran parte de los cuatro años siguientes.

## LA PRIMERA BATALLA DE YPRES

Moltke, de carácter inestable en el mejor de los casos, sufría ahora un colapso nervioso, y tuvo que ser sustituido en el mando de las tropas alemanas por el ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, quien conocía perfectamente la importancia de obtener una victoria antes de que se instalase el invierno. Procuró que todas las unidades de las que pudo hacerse cargo se apresurasen a completar el plan de Schlieffen rodeando a los aliados por el norte. Joffre respondió de la misma manera, colocando la sección norte del frente bajo el mando del más brillante de sus subordinados, el general Ferdinand Foch. La costa estaba en manos de lo que quedaba del ejército belga, que había opuesto una breve resistencia en Amberes, ayudado valiente pero ineficazmente por fuerzas británicas poco efectivas e insuficientes, antes de verse obligados a retroceder el 6 de octubre. Las fuerzas expedicionarias británicas, ahora de tres cuerpos, apenas tuvieron tiempo de tomar posiciones a la derecha de los belgas en torno a Ypres antes de que comenzase el ataque alemán el 30 de octubre.

Ambos bandos sabían que aquella podía ser la batalla decisiva de la guerra. Los británicos habían situado en el frente a prácticamente todo el grueso de su viejo ejército regular, cuya valía compensaba más que de sobra su reducido tamaño. Falkenhayn atacó con cuatro cuerpos del ejército recién creados, algunas de cuyas unidades estaban formadas en su mayor parte por estudiantes no adiestrados que no alcanzaban la edad militar. Atacaron con desesperado coraje, pero sus vidas fueron segadas a millares por los rifles y las ametralladoras británicas en las afueras del pueblo de Langemarck, en lo que se conocería en Alemania como la *Kindermord*, la «Matanza de los inocentes». Pero la línea británica se mantuvo, y el 11 de noviembre repelió el último ataque alemán.

La primera batalla de Ypres, así es como se la conoce, supuso el fin del

viejo ejército británico además del de la guerra móvil en el frente occidental. Las trincheras excavadas a toda prisa en el suelo pantanoso de los alrededores de Ypres pasaron a formar parte de una línea que se extendía desde el mar del Norte hasta la frontera suiza, y que, como ya hemos visto, permanecería básicamente invariable durante los cuatro terribles años venideros.

## EL FRENTE ORIENTAL EN 1914

En el frente oriental la situación era mucho más confusa. La lógica política habría llevado a los austríacos a concentrar su ataque en Serbia, el motivo primero de la guerra, y a los rusos a avanzar hacia el sur lo más rápido posible para rescatar a los serbios. Pero no sucedió así. Ambos gobiernos tenían propósitos divididos. El gobierno ruso estaba sometido a una fuerte presión para acudir en ayuda de los serbios, especialmente por parte de los nacionalistas paneslavistas, que durante cincuenta años habían sido la fuerza impulsora de la expansión rusa en los Balcanes. No obstante, había también una presión igualmente fuerte para auxiliar a los franceses de la burguesía liberal cuyos vínculos con occidente se habían cimentado a través de inversiones y préstamos franceses. Había también una importante facción proalemana, especialmente entre la aristocracia de la corte, que por el momento había sido silenciada, pero que se haría cada vez más poderosa con el avance de la guerra. El alto mando estaba escindido por rivalidades políticas y profesionales que el zar trató de resolver creando dos ejércitos totalmente separados bajo el mando nominal de su tío el gran duque Nicolás. Estos combatirían en dos guerras distintas, uno en el noroeste, en Polonia, y en Prusia oriental contra Alemania, y el otro en el sur, en Galitzia, contra Austria-Hungría.

Desde 1911, cuando el ejército alemán comenzó a aumentar paulatinamente, el alto mando francés había estado apremiando a los rusos para que llevasen a cabo un ataque rápido y distraer así el máximo de fuerzas alemanas posible de la ofensiva en occidente. El ejército ruso del norte hizo cuanto pudo. El 15 de agosto, mientras las fuerzas alemanas en occidente estaban todavía siendo retenidas por las fortificaciones de Lieja, el Primer Ejército ruso, bajo el mando del general Rennenkampf, penetró en Prusia oriental por el este, y cinco días más tarde infligió un duro revés a los alemanes en Gumbinnen. Aquel mismo día, el Segundo Ejército al mando del general Samsonov avanzó desde el sur, amenazando el flanco derecho

alemán. La concentración alemana contra Francia había dejado un solo ejército para defender la frontera oriental. Su comandante, el general Von Prittwitz, presa del pánico, ordenó la retirada general detrás del Vístula.

Pero Prusia oriental, el corazón histórico de la monarquía prusiana, no podía ser abandonada tan fácilmente. Prittwitz fue destituido y reemplazado por la formidable combinación de Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff. Hindenburg, la sólida personificación de las tradicionales virtudes prusianas, había servido en las guerras de 1866 y de 1870 y había sido llamado de su retiro a la edad de 66 años. Ludendorff, su jefe del estado mayor, era un profesional de clase media cuya feroz competencia se había puesto de manifiesto tanto en las batallas burocráticas acerca de la ampliación del ejército antes de la guerra, como en su sorprendente actuación en los primeros días de la misma, cuando conduciendo un coche requisado entre las fortificaciones periféricas entró en Lieja e instó a las autoridades a que se rindieran y entregaran la ciudadela central. A su llegada, ambos adoptaron un plan ya preparado por el altamente capacitado jefe del estado mayor de Prittwitz, el coronel Max Hoffmann, según el cual tan solo quedaba una débil pantalla de caballería para detener el avance de Rennenkampf desde el este, mientras que el grueso de las fuerzas alemanas estaban concentradas contra Samsonov. El éxito de esta maniobra se debió tanto al conocimiento previo que tenían los alemanes de los planes rusos, averiguados mediante la lectura de sus señales de radio enviadas con toda claridad, como a la iniciativa del comandante de un cuerpo alemán, el general Von François, que ignoró las órdenes de quedarse quieto y avanzó valientemente para cortar la retirada de Samsonov hacia el sur. La batalla de tres días de Tannenberg (27-30 de agosto) terminó con un balance de 50 000 rusos muertos o heridos y 90 000 prisioneros. Fue una de las más grandes victorias militares de todos los tiempos y desde entonces se ha estudiado en todas las escuelas militares superiores, pero su incidencia en el resultado de la guerra fue insignificante. Su único resultado perdurable fue la elevación de Hindenburg y Ludendorff en Alemania al estatus de semidioses. En las posteriores refriegas en la región de los lagos Masurianos los alemanes hicieron 30 000 prisioneros más, pero perdieron a 100 000 hombres.

Más hacia el sur los austríacos, al igual que los rusos, estaban divididos a propósito. La clara preferencia de su jefe del estado mayor, Conrad von Hötzendorf, era la de acabar de una vez por todas con los molestos serbios, pero tenía a cuatro ejércitos rusos concentrados ante él en las fronteras de Galitzia y recibía mensajes diarios de Berlín instándole a entrar en combate

contra ellos y aliviar así la presión sobre el ejército alemán. A Conrad le salió todo mal. Su ataque contra Serbia se fue al garete. Los serbios eran combatientes indómitos e hicieron retroceder a los austríacos más allá de la frontera con una pérdida de 30 000 hombres. Su ataque hacia el norte, a la Polonia rusa, terminó en refriegas confusas hasta que finalmente una amenaza rusa a su flanco derecho le obligó a retroceder hasta los Cárpatos, abandonando su fortaleza clave de Przemysl y perdiendo 350 000 hombres más. Los alemanes respondieron a sus cada vez más desesperados llamamientos de ayuda atacando por la frontera occidental de Polonia en dirección a Varsovia. En noviembre, mientras los británicos luchaban en Ypres, otras grandes e interminables batallas bullían en torno a Lodz, en las que ambos bandos perdieron unos 100 000 hombres. Entonces el incontenible Conrad lanzó una ofensiva de invierno a través de los Cárpatos para socorrer a Przemysl, que fracasó a causa de las terribles tormentas de nieve, y Przemysl se rindió en el mes de marzo siguiente. Para entonces el ejército de los Habsburgo había perdido más de dos millones de hombres.

Así pues, a finales de 1914 la guerra relámpago para la que se habían estado preparando los ejércitos europeos durante los cuarenta años anteriores había terminado, pero nadie la había ganado.

## 1915: la guerra continúa

Si esta hubiera sido una «guerra limitada» al estilo de las del siglo XVIII, los gobiernos, llegado a aquel punto, podían haber proclamado una tregua e improvisado una paz acomodaticia. De haber estado solos, los protagonistas originarios, Rusia y Austria-Hungría, sin duda alguna habrían actuado así. Pero las causas primeras que desencadenaron la guerra estaban casi olvidadas, y lo que aquellas potencias pudieran sentir poco importaba. Ahora quienes conducían el conflicto eran sus aliados, y no tenían ninguna intención de detenerse. Los ejércitos alemanes, tras una sucesión de brillantes éxitos, habían penetrado en el corazón de los territorios de sus adversarios, y estaban seguros de poder alcanzar la victoria final a lo largo del siguiente año. En el llamado Programa de Septiembre, su gobierno ya había esbozado las condiciones de paz que tenía previsto imponer a sus enemigos derrotados.



3. Alemania vista por sí misma durante la guerra.

Al oeste, Bélgica se convertiría en un protectorado alemán. Francia tendría

que ceder más tierras de sus fronteras orientales y desmilitarizar sus territorios septentrionales hasta la desembocadura del Somme. Al este, las fronteras alemanas penetrarían en el interior de Polonia extendiéndose hacia el norte a lo largo del litoral báltico. Se exigirían a los aliados vencidos fuertes indemnizaciones, proporcionales a las pérdidas de «sangre y tesoro» de los alemanes. Para Francia, obviamente, no podría haber paz mientras el ejército alemán ocupase una quinta parte de su territorio más productivo. Por lo que a Gran Bretaña se refiere, la paz era impensable mientras Alemania continuase ocupando Bélgica y comportándose de forma tan atroz; además, el millón de hombres que se había alistado voluntariamente al estallar la guerra todavía no había comenzado a luchar.

En cualquier caso, para ambos bandos, especialmente para Gran Bretaña y Alemania, la guerra ya no era la clásica lucha de poder, sino cada vez más un conflicto de ideologías. Si en Gran Bretaña los conservadores la veían como una defensa del Imperio británico contra la amenaza de una gran potencia rival, los liberales la consideraban una lucha por la democracia y el predominio de la ley contra el azote del militarismo prusiano, cuyo comportamiento con Bélgica constituía un anticipo de lo que podía esperar Europa en manos de una Alemania victoriosa. Por supuesto, la demonización de Alemania se intensificaba mediante la propaganda oficial, pero esta no hacía más que azuzar las emociones que la prensa ya había magnificado y aireado. El grado de histeria popular era tal que incluso las familias más distinguidas con apellidos alemanes consideraron conveniente modificarlos: los Battenberg cambiaron a Mountbatten, la propia familia real (conocida por todos como la Casa de Hannover, o más exactamente Sajonia-Coburgo-Gotha) pasó a ser la Casa de Windsor. En el extremo inferior de la escala animal, la popular raza de perros pastores alemanes fue rebautizada como «alsacianos», y los perros salchicha desaparecieron de las calles. La música de Wagner fue proscrita. En Alemania las reacciones no fueron menos virulentas. El antagonismo encontró expresión en el popular *Hassgesang* de Ernst Lissauer, un «himno del odio», que acusaba a Inglaterra de ser el más peligroso y traicionero enemigo de Alemania. Los académicos e intelectuales alemanes unieron sus fuerzas para demostrar, por un lado, que Alemania luchaba por una *Kultur* única contra la barbarie eslava, y por el otro, para poner de manifiesto la frivolidad y decadencia de la *civilisation* francesa y el embrutecido materialismo comercial de los anglosajones. Su *Kultur* representaba y estaba defendida por las virtudes guerreras que occidente tildaba de militaristas. Estas «pasiones populares» fueron tan importantes

como los cálculos políticos o militares en la decisión de los beligerantes de seguir adelante con la guerra.



4. La imagen de Alemania en la propaganda de los aliados.  
Dibujo de Bernard Partridge, 26 de agosto de 1914, Punch S. A.

## LA GUERRA EN EL MAR

El gobierno británico había compartido al principio la ilusión continental de que la guerra concluiría en cuestión de meses, no mediante una decisión militar sino por el desmoronamiento del sistema financiero que permitía la marcha de la economía de las potencias beligerantes. Hubo un gran desconcierto general cuando el secretario de Estado para la guerra entrante, el soldado vivo más distinguido de Gran Bretaña, lord Kitchener, advirtió a sus colegas civiles de que se preparasen para una guerra de por lo menos tres años, pues no había precedentes históricos que permitiesen suponer que la contienda terminaría antes. Aunque Alemania igualase en tierra los éxitos obtenidos por Napoleón, era muy probable que la guerra continuase como había ocurrido en aquellos mismos tiempos; y, como Napoleón, Alemania acabaría siendo derrotada por «el dominio británico del mar». La principal preocupación de la marina británica era la de asegurarse de que las cosas aconteciesen de este modo.

Nadie dudaba de la importancia de aquel «dominio». La opinión naval

ortodoxa, tanto en Alemania como en Gran Bretaña, estaba convencida de que la guerra se ganaría o perdería con un enfrentamiento entre las grandes flotas de guerra, tal como había ocurrido en la época de Nelson. El vencedor estaría entonces en condiciones de provocar la rendición de su oponente, o por lo menos de interrumpir su comercio de manera que su economía se desmoronase y no pudiese continuar sufragando la guerra. A pesar del programa de construcción de Tirpitz, la flota de altamar alemana todavía no estaba en disposición de desafiar a la gran flota británica, pero los británicos eran demasiado conscientes del poder letal de las minas y torpedos como para ir en busca de la flota alemana a sus bases del mar del Norte o para imponer un bloqueo en la costa alemana. Su precaución quedó justificada cuando el 22 de septiembre de 1914 un submarino alemán hundió tres cruceros británicos en el canal de la Mancha, con una pérdida de 1500 vidas. Por consiguiente, la gran flota permaneció resguardada en el puerto de Scapa Flow, en el extremo norte de Escocia, al acecho por si la flota de altamar alemana intentaba hacerse a la mar. Sus adversarios de la armada alemana hicieron lo mismo mientras la marina británica barría a los barcos alemanes del mar. Los pocos buques alemanes mercantes que se encontraban navegando cuando estalló la guerra fueron rápidamente apresados, aunque no antes de que un escuadrón bajo el mando del almirante Graf von Spee destruyera un destacamento británico en Coronel frente a la costa de Chile el 1 de noviembre de 1914, para ser después destruido a su vez un mes más tarde en la batalla de las islas Malvinas.

Cruceros alemanes bombardearon las ciudades costeras inglesas durante el invierno de 1914-1915, y hubo un enfrentamiento en el Dogger Bank en enero, pero aparte de eso ambas flotas permanecieron inactivas. Dos años más tarde, un nuevo comandante alemán, el almirante Scheer, perdió la paciencia. El 31 de mayo de 1916 condujo a la flota de altamar al mar del Norte para desafiar a la gran flota británica en combate. Los británicos aceptaron el reto y ambas armadas se enfrentaron ante la costa danesa en lo que para los británicos se dio a conocer como la batalla de Jutlandia y para los alemanes la de Skaggeak. La naturaleza sin precedentes de aquel enfrentamiento y el fallo de las señales de comunicación hicieron que la batalla quedara inconclusa. Los alemanes hundieron catorce buques británicos de un total de 110 000 toneladas frente a sus once buques perdidos y un total de 62 000 toneladas, así pues pudieron proclamar una victoria táctica. A pesar de todo, la situación estratégica seguía invariable. Los buques británicos continuaban dominando los océanos del planeta, y la flota de altamar alemana siguió

podriéndose en el puerto hasta el final de la guerra.

## LA GUERRA EN LAS COLONIAS

El «dominio del mar» significaba también que Alemania perdía toda comunicación con sus colonias, pero eran pocas como para preocuparse. A diferencia de los franceses en el siglo XVIII, cuyas colonias eran una importante fuente de riqueza que podía ser transferida a sus conquistadores, los alemanes tomaban posesión de colonias en ultramar principalmente por razones de prestigio, para reforzar sus reivindicaciones relativas al estatus de *Weltmacht*. Sin embargo, aquellas no eran sino un despilfarro para su economía. Sus islas en el Pacífico central —las Marshall, las Marianas y las Carolinas— fueron pronto capturadas por los japoneses, aliados de los británicos, al igual que su base Tsingtao en tierra china. Las posesiones en el Pacífico sur —Samoa, Papúa, las Salomón y las Bismarck— les fueron arrebatadas por los australianos y neozelandeses. Irónicamente, aunque todas ellas acabaran siendo escenario de sangrientas batallas en la segunda guerra mundial, en la primera apenas fueron significativas. En África occidental, las tropas coloniales francesas y británicas cooperaron en la desocupación de Togo y del Camerún alemán. Las fuerzas sudafricanas, en su mayor parte bóers que habían luchado contra los británicos quince años antes, capturaron el sudoeste alemán de África, que más tarde recibiría el nombre de Namibia. En cuanto a sus posesiones al este de África, posteriormente denominadas Tanzania, resultaron un hueso mucho más duro de roer. El comandante de la guarnición, Paul von Lettow-Vorbeck, repelió un desembarco de tropas angloindias en Tanga, y después eludió y hostigó a una expedición enviada para destruirle, a cuyo mando estaba una de las figuras de la guerra de los bóers, Jan Christian Smuts, en una campaña de guerrillas de la que todavía se defendía con éxito en 1918 cuando terminó la guerra en Europa.

Lettow-Vorbeck mantuvo alto el honor de los alemanes en el campo de batalla, pero el efecto de su campaña en el resultado de la guerra fue insignificante. Desde el principio estuvo claro que la guerra se decidiría en los campos de batalla europeos. Aunque los británicos habían estado planificando la «defensa del Imperio» durante los últimos treinta años, aquellos planes no afectaban tanto a la defensa del territorio imperial de ultramar como a las contribuciones del Imperio a la marina británica, y a la homogeneización de las fuerzas canadienses, australianas y neozelandesas con las del Reino

Unido. El dominio británico de los mares hizo posible que aquellas fuerzas pudieran ser trasladadas a Europa, algunas de ellas incluso escoltadas por buques de guerra japoneses. Todos eran voluntarios. Muchos de ellos eran la primera generación de inmigrantes o sus hijos, para quienes Gran Bretaña era todavía su «hogar», y se sentían orgullosos de ser miembros del Imperio británico. Además, la distensión con Rusia había liberado al ejército indio de su servicio en ultramar, aunque el penoso invierno de 1914 que muchos de ellos pasaron en las trincheras inundadas del frente occidental dejó patente que aquel no era el mejor modo de utilizar sus servicios. Afortunadamente, a finales de octubre se abrió un nuevo escenario de guerra mucho más adecuado para ellos, ya que el Imperio otomano entró en la guerra al lado de Alemania.

## LAS CAMPAÑAS DE LOS DARDANELOS Y DE SALÓNICA

El Imperio otomano (es decir, Turquía) fue uno de los actores principales en el escenario europeo, cuyo papel todavía no hemos estudiado. Tras un siglo de degeneración, derrota y humillación, resurgió de nuevo principalmente porque las potencias europeas consideraban que su existencia era necesaria para preservar el equilibrio en la Europa oriental. Por aquel entonces el poder estaba desde 1908 en manos de un grupo de jóvenes oficiales (los antiguos Jóvenes Turcos) dispuestos a modernizar el arcaico sistema político y económico y a restaurar el prestigio nacional. Le dieron la espalda a las tradiciones islámicas del Imperio otomano, con sus vastas fronteras desmoronándose en África y Arabia, en aras de una Turquía homogénea, étnicamente compacta, que eliminase los elementos ajenos —los griegos y los armenios— dentro de su territorio y promoviese un movimiento panturano capaz de liberar y unificar los treinta millones de habitantes de etnia turca del Cáucaso, sur de Rusia y Asia central bajo un solo gobierno. Los rusos observaban con comprensible alarma la aparición de este nuevo régimen, sobre todo porque halló en Alemania una entusiasta acogida y respaldo. Los alemanes invirtieron ampliamente en dicho país, en especial para el desarrollo del ferrocarril. Los diplomáticos alemanes ejercieron enorme influencia en el gobierno de Constantinopla, cosa que durante el siglo anterior había sido prerrogativa de los británicos, mientras que los oficiales contribuían al entrenamiento y nuevo equipamiento del ejército turco, aunque no llegaron a tiempo de evitarles la humillante derrota en la primera guerra de los Balcanes de 1912. En el Museo del Ejército Turco de Estambul todavía hay un túmulo especial en honor a sus mentores alemanes.

Los británicos contemplaban estos acontecimientos con cierta tranquilidad. Una vez establecidos en Egipto en la década de 1880, abandonaron la ingrata tarea de respaldar a los turcos para frenar la expansión rusa. Así pues, al principio consideraron que la presencia alemana allí hacía de contrapeso frente a Rusia. Cuando Rusia se convirtió en un aliado, los estrechos que unían el Mediterráneo con el mar Negro, por los que pasaba un tercio de las exportaciones rusas, adquirieron una crucial importancia estratégica, pero supusieron que el dominio anglo-francés del Mediterráneo sería suficiente para garantizar un paso seguro. Por otro lado, si los alemanes controlaban el ejército turco, los británicos tenían igual influencia en la marina turca. Dos buques de guerra de última generación fueron construidos para los turcos en astilleros británicos, y en agosto de 1914 estaban ya listos para ser entregados. No obstante, al estallar la guerra el gobierno británico intervino y compró los barcos para su marina, ofendiendo así a sus principales partidarios en Constantinopla. Hay que reconocer por otro lado que los turcos acababan de cerrar un tratado con Alemania dirigido contra los rusos, por lo tanto no había garantía alguna de que los buques no terminasen en manos de los alemanes. Este incidente podría haber quedado en el olvido de no ser porque dos buques de guerra, alemanes, el *Goeben* y el *Breslau*, lograron eludir una persecución británica en el Mediterráneo justo al inicio de la guerra, refugiándose en Constantinopla el 12 de agosto. Su amenazadora presencia, combinada con el sorprendente éxito de los ejércitos alemanes en todos los frentes, convenció al gobierno turco de que debía declarar la guerra a Rusia, y el 29 de octubre los barcos alemanes, ahora ondeando la bandera turca, bombardearon el puerto de Odesa en el mar Negro. Al mismo tiempo los turcos lanzaron una ofensiva contra los rusos atacando aquel histórico lugar del conflicto ruso-turco, el Cáucaso. Llevar a cabo esta acción a comienzos del invierno no fue muy inteligente, como demostró la pérdida de 80 000 efectivos turcos durante los tres meses posteriores.

Los británicos no lamentaron aquella derrota diplomática, incluso es posible que la provocasen deliberadamente. El decrepito Imperio otomano les resultaba más útil como víctima que como aliado dependiente. El Departamento Colonial y el Departamento de la India habían considerado durante mucho tiempo las posesiones asiáticas de Turquía como presa legítima para el Imperio británico. La marina británica, tras haber empezado a convertir la propulsión de sus buques de carbón a petróleo, tenía la vista puesta en las refinerías petrolíferas de Basora en el extremo del golfo Pérsico. Con Turquía como enemiga, Gran Bretaña podía ahora transformar su

anómala ocupación de Egipto en un auténtico protectorado. Londres se sintió lo suficientemente segura y confiada como para prometer Constantinopla, considerada durante los últimos cien años como un bastión de la seguridad británica, a sus nuevos aliados, los rusos. Seguían pensando que Turquía, con su vida política concentrada en Constantinopla, sería vulnerable a la presión del poder marítimo de los británicos. Lo único que había que hacer era forzar un paso a través de los Dardanelos, cosa que resultó mucho más difícil de lo que nadie había imaginado. A principios de 1915 se iniciaron todos los preparativos.

La campaña de los Dardanelos se llevó a cabo en enero de 1915 a petición de los rusos, fuertemente presionados, para que se realizase una «demostración» contra Constantinopla aliviando así la presión turca en el Cáucaso. Había fuerzas influyentes en Whitehall que siempre habían cuestionado el acierto de comprometer al ejército británico en una campaña por tierra en Europa oriental, en vez de utilizar la potencia marítima británica para bloquear al enemigo y a su poderío financiero para mantener a sus aliados continentales; estrategia que tan útil les había resultado en las guerras napoleónicas. Ahora tenían la oportunidad, especialmente porque el ejército no había conseguido asegurar la decisión que tan confiadamente se había esperado en el frente occidental. El joven primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, alentó la expedición de los Dardanelos con su incomparable elocuencia. Su colega del Departamento de Guerra, lord Kitchener, un soldado imperial que había pasado la mayor parte de su vida en el Oriente Próximo, era también partidario de dicha acción. Por un lado, se restablecerían las comunicaciones con Rusia, haciendo posible la exportación de trigo, tan vital para su economía. Por otro, se abriría una «puerta trasera» a través de los Balcanes para socorrer a los serbios, que seguían resistiendo con éxito la embestida austríaca, y se podría intentar convencer a los antiguos aliados de Serbia en las guerras de los Balcanes, Bulgaria y Grecia, para que acudiesen también en su ayuda. Hay que reconocer que la apuesta por Bulgaria era bastante dudosa. Tradicionalmente hostil a Serbia, había perdido en la segunda guerra de los Balcanes en beneficio de aquella las tierras de Macedonia que consideraba su legítima recompensa por los esfuerzos realizados en la primera guerra, y anhelaba su recuperación. Los aliados esperaban poder compensarla a expensas de Austria-Hungría, pero los imperios centrales detentaban una posición mucho más sólida para cortejarla, tanto diplomática como militarmente. Así pues, nadie se sorprendió demasiado cuando Bulgaria entró en la guerra al lado de los imperios

centrales en octubre de 1915.

Pero Grecia era otro asunto. Había sido aliada de Serbia en las dos guerras de los Balcanes. Los empresarios y la clase comercial eran profundamente anglófilos. Pero el ejército y la corte eran a su vez profundamente proalemanes, cosa que no es de extrañar puesto que el rey era cuñado del káiser (la mayoría de los nuevos estados balcánicos habían ido a Alemania en busca de sus familias reales). El propio primer ministro, Eleuterios Venizelos, cretense, era partidario de los aliados, pero pedía un alto precio por el apoyo de Grecia: Constantinopla, que por desgracia ya se les había prometido a los rusos. Sin embargo, las victorias serbias sobre los austríacos en el invierno de 1914 y el desembarco aliado en los Dardanelos en el mes de marzo siguiente afianzaron de tal manera su posición que consintió en la petición de los aliados (inspirada por los franceses) de desembarcar un pequeño ejército en Salónica para auxiliar a los serbios. Esta fuerza desembarcó en octubre de 1915.

Por entonces ya habían ocurrido muchas cosas. La expedición de los Dardanelos había fracasado. Los objetivos habían sido confusos desde un principio. La marina británica había recibido la orden de «bombardear y tomar la península de Gallípoli, con Constantinopla como objetivo». Pero cuando atacaron en marzo de 1915, las fuerzas navales aliadas (anglo-franceses) tuvieron que retroceder a causa de los campos de minas enemigos, y pidieron ayuda a las fuerzas terrestres. Las tropas enviadas gradualmente a la península de Gallípoli, que habían sufrido grandes pérdidas en el desembarco, solo pudieron aferrarse a estrechas cabezas de playa vigiladas por las fuertes defensas turcas. Un ataque masivo británico en agosto en la bahía de Suvla fracasó debido a la incompetencia de sus comandantes. En octubre quedaba claro que la operación había sido un fracaso total, redimido solo por el coraje y resistencia de las tropas, especialmente las de Australia y Nueva Zelanda, que la habían llevado a cabo, y por la eficaz evacuación de la península a finales de año. Así perdieron los aliados todo crédito en el Mediterráneo oriental. En Grecia, Venizelos cayó en desgracia, y cuando la expedición aliada desembarcó en Salónica, el nuevo gobierno griego lamentó profundamente el quebrantamiento de su neutralidad, cosa que resultó harto embarazosa para los liberales británicos que alardeaban de estar luchando por los derechos de las pequeñas naciones.

Para empeorar las cosas, los imperios centrales habían tomado la iniciativa militar en los Balcanes con mucho más éxito y eficacia. En

noviembre de 1915, las fuerzas alemanas y austríacas bajo el mando alemán, ayudadas por los búlgaros, invadieron Serbia por tres flancos, anticipándose al avance aliado desde Salónica para auxiliarla. Serbia fue aplastada y ocupada, y los restos de su derrotado ejército se dispersaron por las montañas montenegrinas en pleno invierno para escapar por los puertos del Adriático. Los que lograron sobrevivir se unieron a las fuerzas aliadas en Salónica, que habían quedado reducidas a un estado de impotencia casi cómica, mientras que los austríacos podían ahora concentrar sus fuerzas en sus adversarios favoritos: los italianos.

## ITALIA ENTRA EN LA GUERRA

Como ya hemos tenido ocasión de ver, Italia había declarado su neutralidad cuando estalló la guerra. No tenían ningún interés en tomar parte en aquella contienda: Hacienda había diezmado su tesoro en la guerra contra los turcos, y la industria estaba paralizada por las huelgas. La Iglesia y gran parte de la aristocracia eran partidarios de la causa de los austríacos católicos contra el liberalismo occidental. Pero las tradiciones del *Risorgimento*, la perspectiva de la unificación final de la nación italiana, daba a la causa aliada el soporte popular que los imperios centrales solo podían contrarrestar cediendo los territorios de habla italiana todavía en manos de Austria. Los alemanes presionaron fuertemente para que sus aliados austríacos aceptasen esta concesión, pero comprensiblemente Viena era reacia a ello. Después de todo, la guerra se combatía para preservar la monarquía, no para desmantelarla. Los italianos eran universalmente mal vistos, además de ser los únicos adversarios que los austríacos se veían capaces de derrotar. No obstante, en mayo de 1915 Viena cedió de mala gana a la presión de los alemanes. Era demasiado tarde: los italianos habían firmado con los aliados el secreto tratado de Londres el 26 de abril. En él se les prometían todas las regiones de habla italiana al sur de los Alpes, junto con amplias zonas de Eslovenia y Dalmacia donde los italianos eran franca minoría, por no mencionar una parte sustancial de la Anatolia turca donde los italianos no tenían siquiera presencia.

Italia declaró la guerra el 23 de mayo de 1915, y su comandante en jefe, el general Luigi Cadorna, se pasó los dos años siguientes lanzando ataques suicidas a las montañas más allá de Isonzo, perdiendo casi un millón de hombres en el intento. El ejército austríaco se resistió con un entusiasmo nunca visto en ningún otro frente. Se podría decir que la entrada de los

italianos en la contienda hizo más por la moral del ejército austríaco que las victorias cosechadas por este contra los serbios y los rusos en el transcurso de 1915, a pesar de ser socio de los alemanes. Por otro lado, la participación de Italia no supuso ninguna compensación por la pérdida de los Balcanes por parte de los aliados y su derrota a manos de los turcos.

## EL FRENTE ORIENTAL EN 1915

Los aliados tampoco lo habían hecho mejor en sus principales frentes. La iniciativa estratégica correspondía a Berlín, especialmente a Erich von Falkenhayn, el nuevo y altamente competente jefe del estado mayor. Falkenhayn tenía un orden de prioridades muy claro. Se daba cuenta de que los enemigos más peligrosos de Alemania se encontraban en occidente. A menos que derrotasen a Francia, y aún más, a Gran Bretaña, los aliados podían proseguir con la guerra indefinidamente, no tanto por su propia fuerza militar como por la superioridad marítima que les permitía explotar los recursos económicos del Nuevo Mundo y escatimárselos a Alemania. Rusia ya no suponía ninguna amenaza inmediata, y el imposible tamaño del campo de operaciones oriental hacía difícil la obtención de una victoria decisiva en aquel frente. Si de él hubiera dependido, Falkenhayn habría recuperado la estrategia de Schlieffen de asignar las mínimas fuerzas posibles para retener a los rusos mientras concentraba el grueso de sus ejércitos en asegurarse una victoria decisiva en occidente. Pero no tenía las manos libres. Para el público alemán los grandes héroes de la guerra eran ahora los vencedores de Tannenberg: Hindenburg y Ludendorff. Esta formidable pareja no tenía la menor intención de permitir que su campo de operaciones quedase reducido a un segundo plano, y ahora tenían suficiente poder como para asegurarse de que eso no sucediese. Además los austríacos, al final de sus desastrosa campaña de invierno, estaban a punto de desmoronarse. Ya a finales de 1914 habían perdido 1 250 000 hombres. Hacia el mes de marzo habían perdido otros 800 000 efectivos más. Aquellas pérdidas incluían la mayor parte de los cuadros profesionales que habían mantenido unido al ejército multinacional, y las unidades eslavas —checas, rumanas y rutenas— empezaban a desertar en masa. El propio Conrad comenzó a considerar la posibilidad de firmar una paz separada con Rusia, aunque solo fuera para poder ocuparse de los italianos de forma más efectiva.



5. Tropas alemanas quemando un pueblo en el frente oriental.

Biblioteca Robert Hunt.

Por consiguiente, aunque a regañadientes, Falkenhayn aceptó que, por el momento, debía mantenerse a la defensiva en occidente y atacar con virulencia en el frente oriental para rescatar a sus aliados austríacos e infligir las mayores pérdidas posibles a los rusos, acorralando a los círculos más influyentes de San Petersburgo que ya empezaban a reclamar la paz. Con este propósito creó una nueva sección austro-alemana en el ejército a las órdenes del general August von Mackensen, con el coronel Hans von Seeckt como jefe del estado mayor, para atacar las posiciones rusas en Galitzia, en la región de Gorlice-Tarnow. En esta ofensiva se utilizaron por primera vez los métodos que a partir de entonces caracterizarían los años intermedios de la guerra: ataques de infantería cuidadosamente planeados tras una cortina de fuego de artillería concentrado y prolongado. Fue un éxito total: fueron capturados 100 000 prisioneros y las líneas rusas retrocedieron unos trece kilómetros. Esto no fue «decisivo» por sí mismo, pero para Falkenhayn la cuestión no era esa. Empezaba a comprender la naturaleza de esta nueva clase de guerra. En ella el objetivo no consistía tanto en la victoria en el campo sino en el «desgaste». A partir de ahora la estrategia de Alemania había de ser la de obligar a sus enemigos a agotar sus recursos mientras ella gastaba los mínimos posibles.

Hindenburg y Ludendorff discrepaban. Todavía imaginaban una estrategia de envolvimiento de largo alcance capaz de atrapar a todo el ejército ruso, al igual que Schlieffen había querido hacer con los franceses en «una batalla sin

un mañana». Falkenhayn no haría nada de esto. En agosto autorizó una ofensiva en el sector norte del frente, pero con el limitado propósito de expulsar a los rusos de Polonia y establecer una línea defensiva de norte a sur a través de Brest-Litovsk. Esta operación obtuvo un éxito tal que a continuación permitió a Ludendorff llevar a cabo un demoledor avance hacia el norte para tomar Vilna. De nuevo el ejército alemán consiguió una espectacular victoria operacional sin trascendencia estratégica.

A finales de 1915 el historial alemán en el frente oriental era el de un éxito ininterrumpido, del que Hindenburg y Ludendorff cosecharon grandes méritos. Pero estas brillantes victorias sobre fuerzas muy superiores poco debían a la habilidad de sus generales. Eran más bien fruto de una buena organización, de una logística superior, de mayor entrenamiento, y mejor inteligencia, gran parte de ello obtenido electrónicamente escuchando los mensajes rusos transmitidos con total transparencia. Dichas cualidades abundaban en un pueblo laborioso y muy culto cuyo desarrollo iba claramente por delante del Imperio ruso.

Hay que señalar, sin embargo, la brutalidad con la que se llevó a cabo esta campaña por parte de ambos bandos, en la que las principales víctimas fueron civiles. Las tropas rusas arrasaban los campos a medida que se iban retirando, sin mostrar el menor sentimiento de humanidad hacia los polacos y los lituanos. El número de refugiados se calculó que estaba aproximadamente entre los tres y los diez millones. Los alemanes se mostraron todavía menos respetuosos con el bienestar de los civiles. Avanzaban no solo como conquistadores sino como colonizadores: aquel era el territorio que Ludendorff tenía la intención de anexionarse como parte de un Reich más grande, colonizado y dominado por los alemanes. La región acabó conociéndose simplemente como Oberost, nombre de la organización militar que la gobernaba. Los oficiales alemanes trataban a los habitantes como si fueran bárbaros, sin derechos ni identidad propia. En este y en otros muchos aspectos, las acciones de los alemanes en la primera guerra mundial presagiaban de forma siniestra su comportamiento en la segunda.

## EL FRENTE OCCIDENTAL EN 1915

En el frente occidental los alemanes se mantuvieron a la defensiva durante todo 1915, y obtuvieron los mismos éxitos. Atacaron solamente una vez, en abril en Ypres, sin objetivo estratégico alguno más que el de probar una nueva

arma, el gas tóxico de cloro. En un principio resultó altamente efectivo: las tropas aliadas contra las que se lanzó, cogidas completamente por sorpresa, abandonaron temporalmente una primera línea de frente que se extendía a lo largo de 7 km. Sin embargo, los aliados improvisaron rápidamente antídotos e incorporaron el arma a sus propios arsenales, haciendo la guerra más compleja e inhumana. Desde que este nuevo «horror» se añadió al historial de la barbarie alemana y se convirtió en uno de los elementos de propaganda aliada más valiosos durante y después de la guerra, esta innovación supuso más pérdidas que beneficios. En cuanto al resto, los ejércitos alemanes perfeccionaron sus posiciones defensivas siguiendo normalmente sus propias directrices: sistemas de excavación de trincheras con refugios subterráneos profundos y cómodos, protegidos por alambradas de espino y defendidos no solo por una artillería previamente ajustada sino por ametralladoras, que ahora surgían en una guerra defensiva que ningún ejército europeo había imaginado tener que librar.

Los ejércitos aliados se sentían impulsados a atacar estas defensas. Por un lado porque estaban en territorio francés, y para los franceses resultaba impensable permitirles permanecer allí sin plantarles cara. Por otro, porque los desastres en el frente oriental hacían necesaria una continua presión en occidente si se quería que los rusos se mantuvieran en la guerra. La dirección estratégica estaba mayoritariamente en manos de los franceses, con los británicos como socios menores. Había todavía una enorme presión en el seno del gabinete británico en favor de limitar su contribución al frente occidental y de buscar una estrategia marítima más tradicional: una opinión que el propio Kitchener compartía. Incluso los «occidentalistas» más radicales, como popularmente se les conocía, habrían preferido aplazar cualquier ofensiva hasta 1916, cuando sus nuevos ejércitos, como bien esperaban, estarían perfectamente entrenados y equipados. Pero el fracaso de la campaña de los Dardanelos, la presión de sus aliados y, sobre todo, el enorme peso de una opinión pública ansiosa de combatir a los alemanes, hizo que a finales de 1915 los británicos se vieran irremediabilmente abocados a una estrategia «occidental», y esperaban que se consumase al año siguiente.

Así pues, a lo largo de 1915, en una serie de ataques seguidos de creciente intensidad, los ejércitos franceses y británicos aprendieron las técnicas de aquella nueva clase de guerra a un precio muy alto. Sus primeros ataques en marzo fueron fácilmente rechazados. Quedaba claro que la clave de un asalto victorioso residía en un amplio soporte de la artillería, pero los ejércitos aliados todavía no disponían de suficientes armas del calibre adecuado o de la

industria capaz de fabricarlas, y las armas que poseían no tenían la clase de munición apropiada. Antes de 1914, los proyectiles de artillería consistían básicamente en metralla, cuyo estallido en el aire era efectivo en la guerra móvil. Pero lo que ahora necesitaban eran proyectiles altamente explosivos, lo suficientemente pesados como para arrasar las defensas de alambrada de espino, pulverizar la infantería enemiga en sus trincheras, apoderarse de las reservas del enemigo a medida que este se desplazaba para apoyar a sus defensas, y neutralizar la artillería del adversario mediante fuego de contrabatería. Además, los ataques de la infantería tenían que estar cuidadosamente coordinados con la cortina de fuego de la artillería, cosa que exigía no solo una labor altamente eficiente del estado mayor, sino también unas comunicaciones fiables. Y las únicas comunicaciones de que disponían, a falta de aparatos de radio móviles, eran mensajeros ordenanzas, palomas mensajeras y líneas telefónicas, que solían ser las primeras bajas de la cortina de fuego enemigo. Por último, aunque un ataque resultase eficaz en un inicio, pocas veces podía penetrar más allá de la primera línea del sistema de trincheras alemán, donde era vulnerable a los bombardeos y contraataques procedentes de los flancos. Entonces se aplazaba el avance porque la artillería tenía que volver a ajustar sus objetivos. En este estadio de la guerra los artilleros tenían que efectuar «disparos de observación» para asegurar la exactitud antes de lanzar un bombardeo. Esto requería un cierto tiempo y anulaba la sorpresa. Más tarde (como ya veremos) desarrollaron técnicas de «preajuste» que hicieron innecesaria esta práctica. Finalmente, la dificultad de comunicación entre las fuerzas atacantes y las reservas necesarias para completar el avance hacía casi imposible el mando y el control en el campo de batalla.

Para los británicos el problema era complicado por el hecho de que sus fuerzas estaban formadas por voluntarios casi sin entrenamiento a las órdenes de oficiales que solían ser ascendidos a niveles superiores a su competencia real; pero hay que decir que los franceses, entrenados como estaban para una guerra completamente distinta, tampoco lo hacían mejor. A pesar de todo, en septiembre el desesperado estado de los rusos exigió un mayor esfuerzo en occidente. Por consiguiente, los aliados lanzaron una importante ofensiva conjunta que, según prometió Joffre, «obligaría a los alemanes a retirarse al Mosa y probablemente a terminar la guerra». El sector británico se concentró en la región minera de Loos. El ataque se lanzó con un apoyo masivo de la artillería, que ahora incluía armamento pesado así como cañones de campaña, y por primera vez el gas se volvió contra sus inventores. En efecto, los

británicos abrieron una brecha en las líneas alemanas de 8 km de ancho y 5 de fondo. Pero los alemanes también habían aprendido lecciones, y habían construido una segunda posición defensiva completa detrás de la primera. En el bando británico, debido a una labor deficiente por parte del estado mayor, confusión de mando y pura fricción de guerra, no se dispuso de reservas para explotar la brecha abierta. La operación se prolongó durante un mes, y al final ambos bandos perdieron unos doscientos mil hombres.



6. El mariscal Joffre con sus segundos británicos, el mariscal de campo *sir* John French y el general *sir* Douglas Haig.  
Roger-Viollet.

Sin embargo, los aliados estaban convencidos de haber encontrado la fórmula para la victoria: más armas, cortinas de fuego previas más largas, mejores comunicaciones y mayor eficiencia por parte del estado mayor. Esperaban poner en práctica estas mejoras en 1916 en una gran ofensiva conjunta de los aliados del este y del frente occidental, planeada en noviembre por el alto mando aliado en el cuartel general francés de Chantilly. Joffre permaneció con firmeza en el puesto de comandante en jefe del ejército aliado más poderoso en occidente, pero Gran Bretaña era un socio cada vez más importante, pues el tamaño de las Fuerzas Expedicionarias Británicas

aumentó en seis ejércitos, de sus seis divisiones del principio a cincuenta y seis. Se hizo evidente, y con razón, que su comandante, *sir* John French, no estaba a la altura de su puesto, y su actuación en Loos lo había demostrado. Fue sustituido por el adusto y huraño *sir* Douglas Haig, que se caracterizaba por su voluntad de hierro. Y comenzaron los preparativos para la batalla del Somme.

## 1916: la guerra de desgaste

### EL FRENTE INTERNO

A finales de 1915 la guerra que todos habían supuesto que terminaría en el transcurso de seis meses había durado casi un año y medio, y ahora nadie esperaba ya una rápida conclusión. ¿Qué es lo que hizo que durase tanto?

Hay una respuesta sencilla: el respaldo continuado de todos los pueblos beligerantes, que no solo soportaron las inmensas pérdidas militares, sino que aceptaron sin quejarse los cada vez mayores controles y penurias que la guerra exigía. En todas partes los gobiernos asumieron un poder tal sobre las vidas de sus ciudadanos que no solo no tenía precedentes, sino que llegó a extremos inimaginables. Allí donde los gobiernos no ejercían control, lo hacían las organizaciones de voluntarios. El esperado derrumbe financiero que se había pronosticado al estallar la guerra no se produjo. Las cuotas de los seguros se estabilizaron, los préstamos del gobierno se volvieron a suscribir, el papel moneda sustituyó al oro, la escasez de mano de obra produjo un aumento de salarios, y los contratos con el gobierno crearon una prosperidad sin precedentes en algunos sectores de la clase empresarial. Los productores agrarios acusaron fuertemente la escasez de mano de obra, pero la demanda de sus productos era mayor de lo que nunca lo había sido. En efecto, después de un año de guerra muchos sectores de la población de todos los países beligerantes habían experimentado una mejora económica sin precedentes. Pero a finales de 1915 el bloqueo mutuo empezaba a dejarse sentir. Las exportaciones disminuyeron, los precios aumentaron, la inflación resultante del cada vez mayor flujo de papel moneda hizo mella en las clases asalariadas, las materias primas importadas para la industria menguaban o desaparecían. La presión conjunta del bloqueo y de las exigencias de las fuerzas armadas provocó una creciente escasez de alimentos, combustible y transporte, y durante todo 1916 la población civil empezó a sufrir seriamente.

Las que mejor lidiaron aquel trance fueron las sociedades de la Europa occidental —Alemania, Francia y Gran Bretaña—, más cohesionadas y mejor

organizadas. Efectivamente, la guerra solo las hizo organizarse y cohesionarse todavía mejor. La lucha de clases entre el capital y la mano de obra que en todas partes había dominado la política durante la primera década del siglo quedó aplazada. Los líderes obreros obtuvieron puestos de responsabilidad administrativa y política. La escasez de mano de obra les brindó un nuevo poder de negociación. La burocracia, reforzada por expertos procedentes de las universidades y del mundo empresarial, se hizo con el control de numerosos aspectos de la vida nacional, y en muchos casos ya no iba a perderlo. Al final de la guerra todos y cada uno de los estados europeos beligerantes, incluida la libertaria Inglaterra, se habían convertido en potentes economías, en especial Alemania.

La burocracia alemana, o mejor dicho prusiana, al igual que su ejército, siempre había sido considerada modélica, pero había tenido muy poco que ver con la preparación de la guerra: la movilización o cualquier otra cosa relacionada con ella estaba en manos de las autoridades militares. En el *Reichsbank* había un nutrido «cofre de dinero para la guerra», pero hasta aquí llegaron los preparativos civiles para la contienda. A pesar de la vulnerabilidad alemana al bloqueo, no se hizo nada por almacenar las materias primas esenciales para una producción de guerra. Solo a instancias del civil Walther Rathenau, creador de la gran sociedad eléctrica AEG, el Ministerio de la Guerra fundó un Departamento de Materiales de Guerra, al principio bajo su dirección, para controlar y distribuir las reservas esenciales. Al mismo tiempo, el armador y magnate de los transportes Albert Ballin tomó la iniciativa de crear una Organización Central de Compras para racionalizar la adquisición de las importaciones básicas. Estas dos organizaciones estaban dirigidas en su mayor parte por hombres de negocios cuyas actividades controlaban ellos mismos. La industria química alemana, la mejor de Europa, tomó de nuevo la iniciativa en el desarrollo de sustitutos (*ersatz*) de aquellas materias primas que no estaban disponibles: pasta de madera para los tejidos, goma sintética y nitratos para fertilizantes, y explosivos sintetizados a partir de la atmósfera. Aun así, a finales de 1915 tanto la comida como la ropa empezaron a escasear. Se introdujeron medidas, como el racionamiento y el control de los precios, que fueron aceptadas por todos como algo justo, pero a pesar de las victorias de sus ejércitos, el pueblo alemán iba cada vez más andrajoso y, en las ciudades, padecía hambre y se sentía angustiado.

Tampoco los británicos estaban mejor preparados para una guerra prolongada, pero el gobierno se había organizado con medidas militares y políticas iniciales. Preparó un «Libro de Guerra» en el que se cedía el control

sobre los puertos, líneas férreas, transporte marítimo y cuotas de seguros, y en el parlamento se aprobó por unanimidad una Ley de Defensa del Reino que dotaba al gobierno de poderes verdaderamente plenarios. El propio gobierno, liberal y pacífico bajo el tranquilo liderazgo de Herbert Asquith, dejó al inicio la dirección de la guerra en manos de Kitchener. Al igual que tantos otros líderes militares británicos, Kitchener había pasado la mayor parte de su carrera en ultramar y se encontraba totalmente fuera de su terreno, pero a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, se dio cuenta de que la guerra sería larga y de que necesitaría un gran ejército y una gran armada para combatirla. Planeó la ampliación de las seis divisiones existentes de las Fuerzas Expedicionarias a setenta, y apeló a los voluntarios para cubrir filas. La respuesta fue inmediata. A finales de 1914 un millón de hombres se había alistado, muchos más de los que podían armar y equipar. Pero serían menos de un cuarto de los que finalmente se necesitarían, y en el verano de 1915 el suministro de voluntarios se estaba agotando. El reclutamiento era un anatema para el gobierno liberal, así que se pusieron paños calientes hasta que en mayo de 1916 se introdujo a regañadientes el servicio militar obligatorio para todos los hombres de edades comprendidas entre dieciocho y cuarenta y un años.

Los puestos de trabajo dejados por los que se habían unido al ejército fueron en parte cubiertos por mujeres. Estas ya se habían organizado antes de la guerra en el movimiento sufragista para exigir el voto, y las líderes de dicho movimiento dirigieron sus esfuerzos a la guerra. No tardaron en hacerse indispensables, no solo en los servicios de enfermería y bienestar, sino también en las fábricas y en la agricultura, modificando por completo el equilibrio social en el proceso. En 1918 este cambio quedó reflejado en una nueva Ley de Representación del Pueblo por la que el voto se extendía de siete millones a veintiún millones de personas, incluyendo a las mujeres de más de treinta años. Casi como producto marginal de la guerra, Gran Bretaña se convirtió en algo bastante parecido a una democracia plena.

Los voluntarios y reservistas podían aumentar las filas de las fuerzas armadas, pero el proporcionar suficiente armamento y munición para sus armas era algo muy distinto. A finales de 1914 prácticamente todos los ejércitos beligerantes habían agotado sus reservas de munición, y era evidente que para seguir con la guerra, no solo habría que movilizar a los hombres, sino también a la industria. En Alemania se hizo bajo los auspicios de los militares, en Gran Bretaña fueron los civiles. Aquí tomó la iniciativa el miembro más dinámico del gobierno, David Lloyd George, quien a pesar de

las protestas de Kitchener creó primero un Comité y luego, en mayo de 1915, un Ministerio de Municiones, que aglutinaba industria, trabajo y funcionariado bajo el control del gobierno con poderes plenarios sobre cualquier aspecto del suministro de munición. En 1917 se crearon más ministerios similares, especialmente el de Alimentación y Transporte Marítimo, cuyos empleados eran expertos procedentes de las industrias, para ocuparse de los problemas de racionamiento provocados por la creciente presión que ejercía el bloqueo. Consecuencia de ello fue que, aunque en 1918 gran parte de la población estaba desnutrida, los británicos nunca alcanzaron los niveles de hambre y privación que padecieron sus enemigos al final de la guerra.



7. Mujeres obreras en una fábrica de municiones.

Galería Nacional de Canadá. Transferido del Memorial de Guerra canadiense, 1921.

Francia había perdido el 40 por 100 de sus depósitos de carbón y el 90 por 100 de mineral de hierro por la ocupación alemana, pero seguía siendo un país en esencia agrícola, y aunque sus líderes políticos fueran notoriamente volubles, su administración estaba en manos de la burocracia de extraordinaria eficiencia creada por Napoleón. Y lo que es más importante, todavía conservaba el acceso a los recursos del hemisferio occidental, gracias a los cuales su excelente industria armamentística no se vio afectada. Su

gobierno, al igual que el británico, basado en una amplia coalición de centro y de izquierda, dejó en un principio la dirección de la guerra en manos del general Joffre, el héroe del Marne. A finales de 1915 el ejército francés había sufrido terribles pérdidas, y obtenido tan pocos resultados, que empezaron a surgir dudas respecto a la competencia de Joffre: estas dudas se vieron confirmadas por su incapacidad de prever la ofensiva alemana contra Verdún la primavera siguiente. A pesar de todo no se dejaba entrever ninguna intención de firmar la paz. El tradicional patriotismo de la derecha, representado por el presidente Raymond Poincaré, se unió al amargo jacobinismo de su más severo crítico Georges Clemenceau en la determinación de ganar la guerra y destruir el poder de Alemania para que nunca pudiera empezar otra.

En el Imperio ruso la situación era otra muy distinta. A pesar de su inmenso contingente humano y de la rápida industrialización de su economía, Rusia adolecía de dos grandes y en última instancia letales inconvenientes: su aislamiento geográfico y su ineficacia administrativa. El primero paralizaba su economía, mientras que la segunda la hacía incapaz de encontrar soluciones. Cuando estalló la guerra, las importaciones básicas quedaron interrumpidas y sus exportaciones comerciales —fundamentalmente trigo procedente del sur de Rusia, bloqueado en los Dardanelos— disminuyeron en un 70 por 100. La producción nacional no podía suplir esta deficiencia, aunque los empresarios nativos lograron grandes beneficios. Los ejércitos rusos, al igual que todos los demás, no tardaron en quedarse sin municiones, pero no solo eso, carecían de rifles e incluso de armas ligeras de pequeño calibre. En las grandes batallas de 1914-1915 la infantería rusa tenía que atacar sin la protección del fuego de artillería, y a menudo incluso sin rifles. No es pues de sorprender que a finales de 1915 el ejército ruso hubiera perdido cerca de cuatro millones de hombres.

La incapacidad de la perezosa e incompetente burocracia rusa para solventar la situación condujo al clamor público y a la creación de asambleas extraoficiales, *Ziémstvo*, primero para atender el bienestar (incluyendo el inmenso flujo de refugiados procedentes de las zonas en guerra), pero después para terminar ocupándose de todos los aspectos de la administración de la guerra: alimentos, combustible, transporte, e incluso de asuntos militares. Sin embargo, mientras que en la Europa occidental el gobierno aceptaba de buen grado estos organismos voluntarios y los utilizaba, en Rusia sus actividades se miraban con profundo resentimiento, tanto por parte de los propios burócratas profesionales, incluyendo aquí los de las fuerzas armadas, como por parte de

las camarillas de aristócratas que dominaban la corte, dirigida por la zarina y su siniestro consejero el monje Rasputín, que en cualquier caso era contrario a la guerra. En agosto de 1915 esta camarilla convenció al zar para que destituyese a su tío Nicolás del cargo de comandante de los ejércitos y ocupase él mismo el puesto. Durante su estancia en el cuartel general, su ausencia de palacio fue aprovechada por la zarina para hacerse cargo del gobierno y bloquear cualquier intento de reforma.

El resultado fue trágico. A principios de 1916 los esfuerzos de la *Ziémstvo* comenzaron a dar sus frutos. Había ahora abundancia de armas y municiones, mientras que el alto mando había sido reorganizado y estaba alcanzando un nivel de competencia que se pondría de manifiesto en el éxito espectacular obtenido por el general Brusilov al verano siguiente. No obstante, en el seno de la nación todo se estaba desmoronando. El sistema de transporte estaba saturado por el aumento de tráfico, cosa que condujo a una interrupción en el suministro de combustible y, lo que es más importante, en la provisión de alimentos para las ciudades. En el invierno de 1915-1916 hubo una gran escasez de ambas cosas en las ciudades rusas, especialmente en la capital Petrogrado (con este nombre fue patrióticamente rebautizada San Petersburgo en 1914). En 1916 la situación fue empeorando gradualmente por las constantes huelgas en las ciudades y la extendida práctica de zafarse del servicio militar en el campo. A finales de aquel mismo año Rusia era ya ingobernable.

El único consuelo para los aliados era que la situación en Austria-Hungría no estaba mucho mejor. La única ventaja que tenía la monarquía —y no siempre se consideró una ventaja— era la de que los alemanes podían ofrecerle ayuda directa. De no haber sido así, los austríacos se habrían desmoronado incluso antes que los rusos. La solidaridad nacional, o más bien multinacional, con la que se recibió la guerra no duró. En la primavera de 1915, tras la desastrosa campaña de invierno de Conrad, el ejército austríaco había perdido, como ya hemos visto, más de dos millones de hombres, incluyendo el grueso de los cuadros profesionales que habían mantenido cohesionadas unas fuerzas que hablaban una docena de idiomas nativos. El hecho de que se mantuviera en pie fue debido a las crecientes inyecciones de «consejeros» alemanes y oficiales del estado mayor. Por lo que se refiere a los asuntos internos, los húngaros iban cada vez más por su cuenta y, siendo autosuficientes en lo relativo a la alimentación, no se vieron demasiado afectados por la prolongación de la guerra. Sin embargo, los austríacos carecían de esta ventaja. Dependían enteramente de los húngaros en lo que a

comida se refería, y estos eran reacios a proporcionársela. La economía austríaca sufrió tanto como la alemana por los efectos del bloqueo aliado, pero la burocracia de cordial incompetencia, temerosa de imponer presión alguna sobre la dudosa lealtad de su población, apenas se atrevió a planificar una economía de sitio o a aplicar un sistema de racionamiento. Viena empezó a pasar hambre antes incluso que Petrogrado.

## LA CAMPAÑA DE VERDÚN

A finales de 1915 los ejércitos alemanes habían vencido en todas partes, pero sus victorias no hacían vislumbrar el fin de la guerra. La paciencia de los civiles que los respaldaban empezaba a flaquear. Una importante revuelta interna, dirigida, en el seno del ejército, por Hindenburg y Ludendorff, pero apoyada también por el canciller Bethmann Hollweg, exigía la destitución de Falkenhayn. No obstante, este gozaba todavía de la confianza del káiser, quien, molesto por aquel intento de usurpar su autoridad, no vaciló en su convicción de que la guerra solo podía ganarse en occidente. Con mucha razón calculó que su principal adversario ya no era Francia, que rozaba el agotamiento, sino Gran Bretaña. Los ejércitos británicos estaban todavía frescos y su dominio del mar no solo mantenía aún el bloqueo a Alemania, sino que permitía que continuasen operativas las comunicaciones con Estados Unidos, de cuyos suministros dependían cada vez más los aliados. Para ocuparse de estos últimos, Falkenhayn exigió que se sufragase sin restricciones una guerra submarina, cosa que ya comentaremos a su debido tiempo. Sin embargo, creía que en tierra el arma principal de los británicos no eran sus ejércitos, que todavía no habían sido puestos a prueba, sino los de su aliada Francia. Si se pudiera infligir a Francia un golpe sin precedentes de manera que se viera obligada a pedir negociaciones, «la espada de Inglaterra», en palabras del propio Falkenhayn, le sería arrebatada de las manos. Pero, dada la potencia probada de las defensas del frente occidental, ¿cómo podría llevarse a cabo semejante acción?

Para ello Falkenhayn recurrió al método ya utilizado con éxito en las campañas orientales: el desgaste. La destrucción de los ejércitos franceses debería hacer que Francia se desangrase literalmente hasta la muerte. Se obligaría a los franceses a atacar para recuperar un territorio que no podían permitirse perder, y el territorio en cuestión no sería otro que la fortaleza de Verdún. Aunque no tenía importancia estratégica alguna, Verdún estaba

situada en la cima de un saliente vulnerable, además de ser un enclave histórico asociado a las mayores glorias militares de Francia. Falkenhayn estaba convencido de que Joffre no podría permitirse *no* defenderla, o no tratar de recuperarla en caso de derrota. Los ejércitos alemanes sufrirían inevitablemente pérdidas en sus filas durante el ataque, pero estas, a su parecer, quedarían minimizadas por el uso efectivo de las técnicas ya utilizadas con éxito en Gorlice-Tarnow: la sorpresa, la eficiente labor del estado mayor y, sobre todo, la superioridad masiva de la artillería. Así pues, el 21 de febrero de 1916, tras un bombardeo de nueve horas con casi 1000 cañones, comenzó el ataque.

Falkenhayn tenía razón. Joffre no había considerado Verdún un punto estratégico y por consiguiente no había preparado su defensa. Sin embargo, las presiones políticas hacían imposible abandonar Verdún a su suerte. A las órdenes del general Philippe Pétain, cuya obstinada creencia en el poder defensivo le había impedido hasta entonces su ascenso debido a la visión más ofensiva de sus superiores, las tropas francesas obedecieron las instrucciones de aferrarse a cada metro de territorio, y de contraatacar para recuperar lo perdido. El desgaste resultó un arma de doble filo: los franceses infligieron tantas pérdidas como las que ellos mismos sufrieron. Pétain hizo cuanto pudo por salvaguardar a sus tropas alternándolas, pero Falkenhayn no cesaba de enviar hombres con creciente desesperación. Los cañones dominaban el campo de batalla: a finales de junio, cuando por fin cesaron los ataques alemanes, la artillería de ambos bandos había creado un paisaje de pesadilla que el mundo no había contemplado antes. A su horror se añadió el creado por el gas y los lanzallamas en la guerra cuerpo a cuerpo. Ambos bandos perdieron medio millón de hombres, pero nunca llegará a saberse cuántos más yacen todavía enterrados en aquel atroz cementerio. Verdún quedó en manos de los franceses. Para estos constituyó una magnífica victoria, pero sin duda una victoria que casi acabó con su ejército. Para los alemanes aquel fue su primer innegable revés, un duro golpe para la moral tanto del pueblo como del ejército, y Falkenhayn pagó las consecuencias. En agosto fue relevado del mando, y el káiser llamó a Hindenburg, con el leal Ludendorff a su lado, para que ocupase su puesto de jefe del estado mayor.

## LA BATALLA DEL SOMME

Para aquel entonces se habían producido más novedades en el frente

occidental. Ya hemos visto que en la Conferencia de Chantilly del mes de noviembre anterior el alto mando aliado había acordado que en 1916 combinarían sus fuerzas orientales y occidentales en una ofensiva común. La contribución occidental sería un ataque de los ejércitos británico y francés en su punto de encuentro al este de Amiens en el río Somme. En un principio las fuerzas aportadas por ambas partes habían de ser más o menos iguales, pero cuando en julio se produjo el ataque, el fuerte encontronazo en Verdún había reducido la participación francesa a seis divisiones de primera línea frente a las diecinueve de los británicos. Estos no se lamentaron. Era la prueba para la que sus nuevos ejércitos se habían estado preparando desde hacía dos años. Los preparativos fueron tan meticulosos, trascendentales y claramente señalados como los que veintiocho años más tarde se harían para el desembarco en Normandía. El ataque estuvo precedido por un bombardeo de la artillería que duró una semana y en el que se dispararon un millón y medio de proyectiles: «Nunca se han cortado las comunicaciones de modo tan eficiente —escribió el general Haig la víspera de la batalla— ni se han hecho tan a conciencia los preparativos de la artillería». Creyó que aquellos preparativos habían sido tan efectivos que los 120 000 hombres que se lanzaron al ataque la mañana del 1 de julio no iban en absoluto equipados para un asalto, sino cargados con todo lo necesario para fortificar las posiciones conquistadas para ellos por la artillería.

Las cosas no salieron como estaban previstas. Un amplio porcentaje de los proyectiles disparados, fabricados a toda prisa por obreros no cualificados, no estallaron. Los que sí lo hicieron no consiguieron destruir las profundas defensas excavadas en las laderas calcáreas, de las que, cesada la cortina de fuego, emergieron las ametralladoras para disparar a quemarropa a las numerosas tropas sobrecargadas que avanzaban lentamente hacia ellos por las desnudas vertientes calcáreas. Una vez iniciada la batalla, la meticulosa cooperación entre infantería y artillería de la que todo dependía se desintegró en la confusión de la guerra. Al final del día 21 000 hombres habían muerto o desaparecido en combate.

Si la batalla hubiera terminado en una victoria espectacular, estas pérdidas, que no fueron peores que las sufridas por los franceses y los rusos en numerosas ocasiones durante los dos años anteriores, se habrían considerado un precio aceptable. No hubo tal victoria. Sin embargo acabaron siendo, en el recuerdo colectivo de los británicos, el paradigma de la incompetencia de los generales y del sacrificio inútil. Los ataques continuaron durante cuatro meses más. Para entonces los ejércitos aliados habían

avanzado unos quince kilómetros, el campo de batalla del Somme se había convertido, como el de Verdún, en un paisaje lunar informe, y los aliados habían perdido un total de 600 000 hombres. El número de pérdidas en el bando alemán ha sido motivo de encarnizadas controversias, pero probablemente no fueron muchas menos que las de los aliados, y los sufrimientos de sus tropas bajo el continuo bombardeo de la artillería no había sido menos penoso. Puesto que el objetivo del ataque nunca quedó claro —las expectativas de Haig de lograr un importante avance nunca fueron compartidas por sus comandantes subordinados—, los aliados se atribuyeron una victoria en términos de desgaste. En efecto, a finales de aquel año, al igual que sus adversarios alemanes, no veían otro modo de ganar la guerra.

## LA OFENSIVA DE BRUSILOV

Paradójicamente, la contribución rusa a la ofensiva aliada de 1916 fue la más eficaz de toda la guerra, hoy reconocida casi por ambos bandos. En marzo habían atacado en la parte septentrional del frente en dirección a Vilna, pero, a pesar de ser superiores no solo en efectivos sino también en armamento y municiones, fueron rechazados con una pérdida de 100 000 hombres. No obstante mantuvieron su promesa a los aliados y lanzaron, en junio, un ataque en el frente de Galitzia a las órdenes del general Alexei Brusilov que abrió un boquete de 30 km en los ejércitos austríacos, penetraron 90 km en sus líneas e hicieron medio millón de prisioneros. El éxito de Brusilov puede atribuirse en parte a la baja moral de las fuerzas austríacas y a la pésima calidad de su alto mando, junto con el, al parecer, ilimitado coraje de la tropas rusas. Pero todavía es más importante la preparación y las ideas puestas en marcha para la operación: la detallada planificación, la estrecha cooperación entre la infantería y la artillería, la inmediata disponibilidad de las reservas para aprovecharse del triunfo, y, sobre todo, las medidas tomadas para garantizar la sorpresa. Este era un indicio de que los ejércitos comenzaban por fin a encontrar la salida de aquel punto muerto táctico.

Para los rusos aquella iba a ser una victoria pírrica. Sus ejércitos sufrieron casi un millón de bajas, y nunca se recuperaron. Su éxito infundió valor a su vecina Rumanía, el último país neutral de los Balcanes, para unirse a los aliados, pero el ejército rumano resultó ser ridículamente incompetente, y no tardó en ser vencido en una campaña de otoño por una ofensiva conjunta de los austríacos, alemanes y búlgaros a las órdenes del famoso Falkenhayn, que

por fin pudo hacer algo para recuperar su reputación gravemente dañada. Rumanía fue arrasada, junto con sus recursos de petróleo y trigo que tan desesperadamente empezaban a necesitar los imperios centrales. A pesar de todo las perspectivas de victoria no parecían próximas. La pregunta que ahora se hacían ambos bandos cada vez con mayor urgencia era: ¿si no hay perspectivas de victoria, por qué no firmar la paz?

## 6

### Estados Unidos entra en el conflicto

#### PRESIONES INTERNAS A PRINCIPIOS DE 1917

Los protagonistas originales de la guerra, los imperios ruso y austríaco, estaban ahora más que dispuestos a firmar la paz. Las presiones en sus frentes internos eran casi insostenibles. En todas partes había escasez de alimentos, de combustible y de materias primas para la industria, consecuencia no tanto del bloqueo aliado como de las insaciables exigencias del sector militar a la economía. La tremenda inflación provocó la entrada de los bienes de consumo en el mercado negro. Los beneficiarios fueron los especuladores de las industrias de guerra cuyo descarado alarde de sus recién adquiridas riquezas intensificó las tensiones sociales. Los campesinos todavía podían acumular reservas y recurrir a una economía de trueque. Por lo tanto, los que más sufrieron fueron las clases obreras y las clases medias bajas en las ciudades, que tenían que hacer colas durante horas, a menudo bajo la inclemencia del tiempo, para obtener las únicas mercancías disponibles y de muy baja calidad. Las huelgas y los disturbios por el pan se hicieron endémicos en todos los países de la Europa central y oriental. Las penurias internas junto con las pérdidas sufridas por sus ejércitos, no dieron cabida a los sentimientos patrióticos ni a las lealtades dinásticas que habían sostenido al régimen zarista y a los Habsburgo durante los dos años anteriores, y a finales de 1916 quedaba claro que ambos imperios habían iniciado su camino hacia la desintegración. En noviembre, la muerte del emperador Francisco José a sus ochenta y seis años fue vista comunmente como un presagio del final del propio imperio. Su sucesor, el joven emperador Carlos, estableció inmediatamente «contactos clandestinos» con Francia para discutir las condiciones de paz. La influencia alemana seguía siendo lo suficientemente fuerte como para sostener a Austria en sus esfuerzos para continuar la guerra o bien para aplastar sus anhelos de paz. Sin embargo, los aliados occidentales del zar Nicolás II nada pudieron hacer por ayudarlo cuando, tres meses después, en Petrogrado los disturbios para conseguir pan terminaron en revuelta y precipitaron la caída del régimen.

Los aliados occidentales todavía no estaban dispuestos a firmar la paz. En primer lugar, sus eficientes y no corrompidas burocracias todavía podían manejar de forma competente las economías, evitando así graves penurias civiles. Por otro lado, el dominio de los mares les daba acceso a los alimentos y materias primas procedentes del hemisferio occidental. El tema del pago por dichos suministros almacenaba enormes problemas para el futuro, pero por el momento se disponía de crédito ilimitado. El hastío de la guerra aumentaba de forma manifiesta tanto en Francia como en Gran Bretaña. En ambos países los socialistas, cuyas lealtades internacionales anteriores a la guerra se habían recubierto temporalmente de un fervor patriótico, empezaban ahora a hablar de una paz acomodaticia, pero eran aún una pequeña minoría, y el descontento político iba dirigido más bien hacia los resultados de la guerra que hacia su continuación. En los dos países la creciente movilización de recursos civiles conllevaba un aumento de la participación civil en la gestión misma de la guerra. En Francia los sacrificios de Verdún se achacaron a los erróneos cálculos de Joffre, quien fue sustituido por un general políticamente más aceptable, Robert Nivelle. En Gran Bretaña la posición de Haig permaneció intocable a pesar de las pérdidas del Somme, pero el descontento popular encontró un objetivo, hasta cierto punto, en la descuidada administración de Herbert Asquith. En diciembre Asquith fue sustituido en su puesto de primer ministro por David Lloyd George: un «hombre del pueblo», a quien se atribuía con justicia la creación de la infraestructura que soportaba los esfuerzos de la guerra y que gozaba del carisma de un líder de guerra nato. El estado de ánimo general tanto en Francia como en Gran Bretaña a finales de 1916 no se decantaba tanto a favor de la paz —evidentemente no mientras los alemanes permaneciesen en Bélgica y en el nordeste de Francia—, como de hacer la guerra de forma más eficaz.

Este era también el sentir de los líderes militares alemanes. Mientras que en Francia y Gran Bretaña los reveses militares habían llevado a una afirmación del liderazgo civil, en Alemania los éxitos militares, especialmente los cosechados en el frente oriental, habían reforzado de tal manera la reputación de Hindenburg y Ludendorff que, cuando desplazaron a Falkenhayn del mando de los ejércitos en agosto de 1916, prácticamente tomaron también las riendas del país. Pero a pesar de que Falkenhayn había perdido el cargo y el poder, sus ideas habían triunfado. La experiencia en Verdún y el Somme convenció a sus sucesores de que la naturaleza de la guerra había cambiado sustancialmente. Ya no se trataba de un conflicto que había de ser resuelto en el campo de batalla a través de una destreza y moral

militar superiores, sino de un conflicto de resistencia entre sociedades industriales en el que el control de las fuerzas armadas se combinaba sólidamente con el control de la producción y distribución de los recursos disponibles. Los civiles eran parte intrínseca de la maquinaria de guerra al igual que los militares, y por consiguiente era lógico que estuviesen bajo control militar. Así pues, el alto mando creó un Ministerio Supremo de Guerra, un *Oberstekriegsamt*, para controlar el trabajo y la industria, y aprobó una Ley de Servicio Auxiliar, la *Helfdienstgesetz*, que hizo que toda la población quedara sujeta al servicio militar obligatorio. De hecho los militares crearon una burocracia de la oposición, paralela a la civil, y en abierta competencia con esta, en lo relativo al gobierno del país. Los soldados se convirtieron en burócratas y también en políticos. El estado mayor de Ludendorff fomentó una campaña a favor de los objetivos triunfalistas de la guerra establecidos en el programa de septiembre de 1914: el control permanente de Bélgica y del norte de Francia, junto con extensas anexiones de territorios en Polonia y en el Oberost.

Actuando de este modo empeoraron las tensiones que empezaban a dividir a la sociedad alemana. Los socialdemócratas, cuya fuerza de voto radicaba en las clases obreras, eran el partido más fuerte del *Reichstag*, que todavía tenía el poder de votar créditos de guerra. En 1914 se les convenció para que dieran su respaldo a lo que se les había planteado como una guerra defensiva contra la agresión rusa. Ahora los rusos habían sido totalmente derrotados. La solidaridad de las clases obreras se vio quebrantada por la inteligente política de cooperación del ejército con los sindicatos y los sustanciosos aumentos salariales en las industrias relacionadas con la guerra, pero el malestar crecía en favor de una paz «sin anexiones ni indemnizaciones», que encontró un mayor apoyo en las ciudades donde la escasez de alimentos provocaba ya importantes disturbios. La pérdida de la cosecha de la patata en otoño de 1916 obligó a la población urbana más pobre a subsistir todo el invierno con una dieta prácticamente a base de nabos. Las terribles pérdidas en Verdún y en el Somme —1 500 000 de hombres muertos o heridos— se habían cobrado su peaje en la moral alemana, tanto civil como militar. No obstante, por más eficaz que fuera el alto mando en exprimir y obtener mayor productividad de la economía alemana, cada vez resultaba más improbable que el pueblo alemán respaldase la guerra durante otro año más.



8. Hindenburg y Ludendorff: los señores de Alemania en tiempos de guerra.

Ullsteinbild.

## GUERRA SUBMARINA SIN RESTRICCIONES

Con este panorama interno, el gobierno alemán tomó la fatal decisión de golpear en la raíz misma de la fuerza industrial de su enemigo, recurriendo a la guerra submarina sin restricciones. Comprendían perfectamente el riesgo que ello suponía, es decir, la probable entrada de Estados Unidos en la guerra, pero calculaban que cuando la participación de los norteamericanos se hiciera

efectiva, ellos ya habrían ganado la guerra. Era, como dijo un estadista alemán, la última carta que les quedaba: «y si no son triunfos, estaremos perdidos durante siglos». No iba muy desencaminado.

En 1914 pocas armadas habían comprendido el potencial del submarino. La serie de los primeros modelos impulsados por gasolina solo los hacía adecuados para la defensa costera, e incluso cuando, poco antes de la guerra, fueron equipados con motores diesel, siguieron siendo básicamente «sumergibles», muy vulnerables en superficie y con una capacidad de inmersión muy limitada. Su poder letal quedaría demostrado unas semanas después de estallar la guerra cuando, como ya hemos podido constatar, un submarino alemán hundió tres incautos cruceros británicos en el canal de la Mancha. No obstante, atacar buques de guerra era juego limpio, pero hundir mercantes desarmados no lo era. Durante más de tres siglos de guerra comercial las potencias marítimas europeas habían elaborado complicadas normas respecto al tratamiento de los barcos mercantes en alta mar en tiempos de guerra. Los países beligerantes tenían derecho a detenerlos y a registrarlos en busca de «contrabando», es decir, de materiales de guerra. Si se encontraba esta clase de material, el buque tenía que ser escoltado al puerto más próximo, donde un «tribunal de presas marítimas» decidiría si el cargamento era o no contrabando, y si lo era, quedaba confiscado. Si por alguna razón no era posible llevar a cabo este procedimiento, el buque podía ser destruido, pero solo después de desalojar y poner a salvo a los pasajeros y a la tripulación. Nada de esto era aplicable a un submarino. No había espacio suficiente para acomodar a otra tripulación, para manejar los buques apresados, ni para alojar a los prisioneros. Si emergían a la superficie con el propósito de dar aviso de ataque, se hacían vulnerables a cualquier armamento que su víctima pudiese llevar, exponiéndose asimismo a que su posición fuera inmediatamente revelada por radio, pero hundir el buque sin aviso y sin salvar a la tripulación era, desde el punto de vista de las estrategias navales de preguerra, «impensable».

Sin embargo, el bloqueo había sido siempre fundamental para la evolución de la guerra entre las potencias marítimas, y con la llegada de la industrialización lo era más que nunca. En las guerras entre sociedades agrarias, el bloqueo solo podía destruir el comercio y con él la riqueza que permitía que los estados continuaran con el conflicto. La población podía seguir alimentándose. No obstante, el bloqueo en sociedades industrializadas, especialmente en aquellas tan bien urbanizadas como la británica y la alemana, no solo interrumpía el comercio, creando así (según se creía) el caos

financiero, sino que también destruía la industria privándola de materias primas, por no mencionar la hambruna que provocaba en las poblaciones urbanas impidiendo el avituallamiento de alimentos importados. Esta era la pesadilla que había perseguido a los planificadores y publicistas británicos antes de la guerra, cuando contemplaban lo que implicaría perder «el dominio del mar». Y el Almirantazgo británico esperaba alcanzar la victoria sobre Alemania utilizando esta arma sin necesidad de mayores compromisos militares en el continente.

Hacia 1916 el bloqueo británico estaba logrando sus objetivos. Los alemanes podían llevar a cabo de forma esporádica maniobras evasivas a través de las potencias vecinas neutrales —Holanda, Dinamarca y Escandinavia—, y sus científicos, como ya hemos visto, habían ideado la elaboración de productos nacionales capaces de sustituir a las importaciones más esenciales, como tejidos, caucho, azúcar y, sobre todo, nitratos para los explosivos y fertilizantes artificiales. Sin embargo, la presión estaba siendo verdaderamente letal. La mortandad entre las mujeres y los niños pequeños había aumentado en un 50 por 100 y las enfermedades relacionadas con el hambre, como el raquitismo, el escorbuto y la tuberculosis, eran endémicas. Al final de la guerra, los cálculos oficiales alemanes atribuían directamente al bloqueo 730 000 muertes. Probablemente se trataba de sobreestimaciones: de hecho gran parte de la escasez fue debida a las distorsiones de la economía causadas por las enormes exigencias de los militares. Pero la propaganda gubernamental podía atribuir de manera plausible a la brutalidad de los británicos todas las penurias sufridas por la población civil. ¿Por qué no hacer sufrir a su vez a los británicos?

Infligir sufrimientos a los británicos no solo parecía factible a ojos de la mayoría de los alemanes, sino que lo consideraban totalmente legítimo. Aquellos ya habían forzado, si no quebrantado, la ley internacional, cuando en noviembre de 1914 declararon «zona de guerra» todo el mar del Norte, por donde los barcos neutrales solo podían navegar mediante una autorización de la marina británica. Los alemanes respondieron en el mes de febrero declarando zona de guerra todos los accesos a las Islas Británicas, en cuyas aguas destruirían todo mercante hostil a ellos, «sin poder garantizar la seguridad de las personas y mercancías a bordo». Tres meses más tarde, los británicos intensificaron la situación anunciando su intención de apoderarse y confiscar cualquier mercancía que sospechasen destinada a Alemania, fuese cual fuese su propietario o supuesto destino. De este modo impusieron el bloqueo absoluto de todo comercio con Alemania sin respetar los derechos de

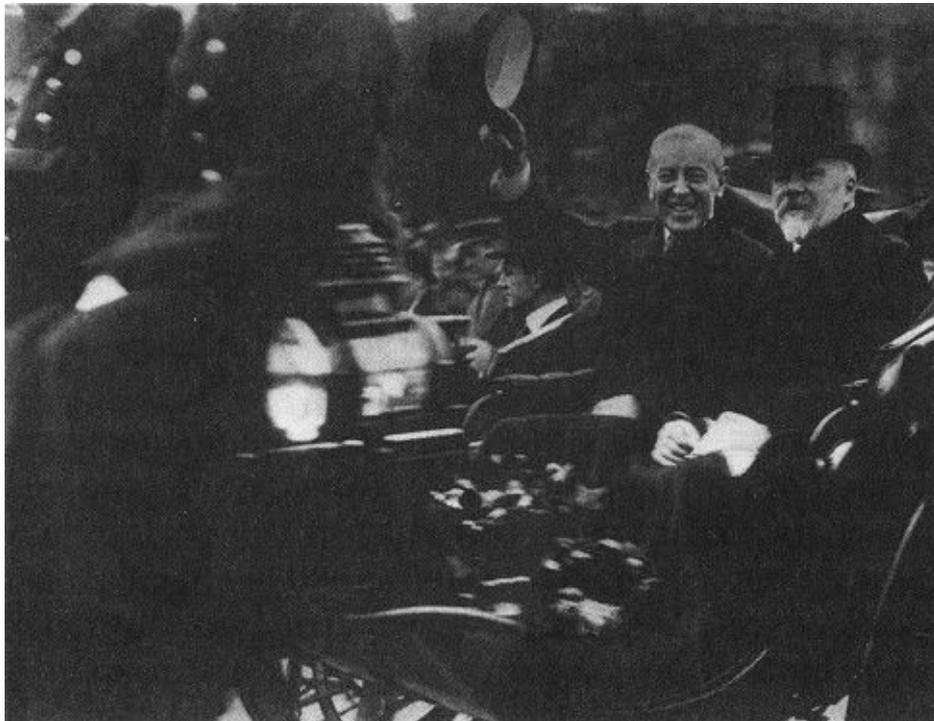
neutralidad, ni las definiciones legales de contrabando. Esto levantó enormes protestas en Estados Unidos, que 100 años antes había entrado en guerra con Gran Bretaña por aquella misma cuestión; pero apenas iniciadas las condenas, el 6 de mayo de 1915, un submarino alemán hundió el lujoso transatlántico británico, el *Lusitania*, en la costa sur irlandesa durante un viaje procedente de Nueva York. Sin duda el buque llevaba contrabando en forma de municiones, y el consulado alemán de Nueva York había advertido a los ciudadanos norteamericanos el riesgo que corrían en aquel viaje. A pesar de todo, 128 norteamericanos emprendieron el viaje pereciendo la mayoría de ellos junto con más de mil pasajeros.

La conmoción que este hecho supuso para la opinión mundial fue comparable al hundimiento del *Titanic* tres años antes, y fue explotado por la propaganda británica hasta la saciedad como un ejemplo más del «horror» alemán. Ahora se ponía de manifiesto con toda claridad que en la batalla por la opinión pública norteamericana, Alemania estaba en franca desventaja: mientras que el bloqueo británico solo les costaba dinero a los norteamericanos, el alemán les costaba vidas. Tras el hundimiento de otro barco de pasajeros, el *Arabic*, el mes de agosto siguiente, y aunque solamente se perdieran dos vidas norteamericanas, las protestas de los norteamericanos fueron tan violentas que la marina alemana prohibió a los comandantes de sus submarinos el hundimiento a simple vista, obligándoles a abandonar el Atlántico y el canal de la Mancha. Esto significaba que los comandantes de los submarinos tenían que ceñirse ahora a las leyes de la «guerra de cruceros», que implicaban emerger para identificar y detener a los buques sospechosos (que a menudo iban armados, y podían ser incluso buques de guerra británicos camuflados de barcos neutrales desarmados), y asegurarse de que tanto los pasajeros como la tripulación estuviesen a salvo en los botes salvavidas antes de hundir su barco, dando así tiempo suficiente para que sus víctimas comunicasen por radio su posición y la de sus atacantes. A pesar de todo, las pérdidas que infligían eran considerables. A finales de 1915 habían hundido buques aliados de un tonelaje total de 885 471, y a finales de 1916, 1,23 millones de toneladas más. La marina británica parecía incapaz de detenerlos. ¿Qué no harían si sus manos no estuviesen atadas?

Para analizar esta cuestión, el estado mayor de la marina alemana nombró a un grupo de expertos, que llegó a importantes conclusiones. Afirmaban que los británicos solo disponían de unos ocho millones de toneladas de buques aptos para cualquier propósito. Si se conseguía aumentar el índice de hundimientos a 600 000 toneladas al mes, y los barcos neutrales eran

ahuyentados, en el curso de seis meses Gran Bretaña carecería de alimentos básicos como el trigo y la carne; su producción de carbón quedaría paralizada por falta de madera escandinava para el mantenimiento de los pozos, que tendrían que reducir su producción de hierro y acero, minimizando a su vez la capacidad de reemplazar a los buques perdidos. La rendición de los británicos en los próximos seis meses era pues estadísticamente segura, tanto si Estados Unidos entraba en la contienda como si no.

Para muchos alemanes que no estaban al tanto de estas estimaciones, el asunto de la guerra submarina a ultranza parecía ahora abrumador, y se llevó a cabo un debate público sobre aquella cuestión durante la última mitad de 1916. Por un lado estaba la armada, el alto mando y las fuerzas políticas de la derecha. Por otro, el Ministerio de Exteriores, el canciller Von Bethmann Hollweg y los socialdemócratas del *Reichstag*. Bethmann Hollweg no confiaba en las estadísticas. Estaba convencido de que una guerra submarina sin restricciones provocaría la entrada de Estados Unidos en el conflicto, y aquello garantizaría la derrota de Alemania. Pero no encontraba otra alternativa que no fuese la de firmar la paz, y las únicas condiciones de paz que el alto mando estaba dispuesto a considerar nunca serían aceptadas por los aliados.



9. El presidente Wilson: profeta de la paz.

Sddeutscher Verlag Bilderdienst.

## EL FRACASO DE LOS ESFUERZOS POR LA PAZ

El presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, había estado apremiando a los beligerantes desde el comienzo del conflicto para que acordasen la paz. La opinión pública norteamericana se decantaba a favor de los aliados por motivos ideológicos, reforzados por vínculos sociales entre la ascendencia *wasp* (protestantes blancos anglosajones) de la costa este y las clases dirigentes británicas. El expresidente Theodore Roosevelt ejercía una enorme presión para la inmediata intervención al lado de las democracias. La simpatía por los imperios centrales era escasa, y la imagen de Alemania como monstruo militarista proyectada por su conducta en Bélgica, su uso del gas tóxico y su cruel comportamiento en la guerra naval, todo ello debidamente magnificado por la propaganda aliada, no contribuía en absoluto a aumentarla. No obstante, los británicos tampoco eran demasiado populares. Además del cuantioso voto irlandés de las ciudades del este y las comunidades étnicas alemanas más al oeste, había muchos que consideraban a los británicos no como un aliado natural, sino como el enemigo tradicional contra el que Estados Unidos ya había luchado en dos importantes guerras, y contra el que podría llegar a combatir en otra si se adjudicaba su legítimo puesto de potencia mundial. No obstante, la abrumadora mayoría de norteamericanos abogaba por mantenerse al margen de una guerra que no era asunto suyo. Pero a medida que esta avanzaba, una parte cada vez más importante de sus negocios consistía en suministrar material de guerra a los aliados, y no necesariamente por simpatías ideológicas, sino porque no podían hacérselo llegar a los alemanes. Si aquel comercio quedaba interrumpido, entonces la guerra sí sería asunto suyo, tanto si les gustaba como si no.

Hasta finales de 1916, la mayor preocupación del presidente Woodrow Wilson había sido la de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra. Pero cuanto más se prolongaba, más difícil se hacía aquella tarea. Su problema ya no era tanto el de persuadir a los aliados para que firmasen la paz: aquello podía hacerlo en cualquier momento cortando sus líneas de crédito y los suministros, cosa que Wilson se mostraba totalmente dispuesto a hacer en caso necesario. La dificultad radicaba en cómo persuadir a los victoriosos alemanes, que ni siquiera recibían suministros por parte de los norteamericanos. A lo largo de 1915 y 1916, el emisario personal de Wilson, el anglófilo coronel House, había estado tanteando las posibilidades de un acuerdo, pero los ejércitos alemanes cosechaban demasiadas victorias, y los aliados albergaban demasiadas esperanzas en una victoria militar final, como

para considerarlo siquiera.

A finales de 1916 la situación estaba cambiando. En noviembre Wilson fue elegido presidente por segunda vez, y aunque su inclinación personal y la política oficial de su gobierno seguían siendo las de mantener a su país al margen de la guerra, había afianzado su posición contra los aislacionistas. En Europa la presión a favor de la paz era demasiado fuerte como para que ninguno de los países beligerantes la ignorase. Incluso Ludendorff tuvo que tomar en consideración el alegato de sus aliados austríacos y la creciente exigencia en el seno del *Reichstag* de una paz «sin anexiones ni indemnizaciones». Poco después de su reelección, Wilson invitó a los beligerantes a que expusiesen sus condiciones de paz. A los aliados les pareció bien, sabiendo que aquello conllevaría la simpatía de los norteamericanos. Sus condiciones implicaban ante todo y por encima de todo la restauración de la independencia de Bélgica y Serbia con la total indemnización por parte de los ocupantes por los daños causados. Además exigían «la devolución de las provincias o territorios arrebatados en el pasado a los aliados por la fuerza»: Alsacia-Lorena obviamente, pero quizá también otros territorios. Los italianos, rumanos, checos y eslovacos habrían de ser liberados del yugo extranjero (el hecho de que se le hubieran prometido a Italia extensos territorios eslavos mediante el tratado de Londres quedó silenciado). Tenía que quedar asegurada la independencia de Polonia, una concesión que el zar, bajo la fuerte presión aliada, ya había aceptado en lo referente a los territorios polacos bajo su control. Por último, el Imperio otomano debía ser desmantelado, aunque no se especificaba de qué manera.

Por otra parte, las condiciones impuestas por el alto mando alemán eran tan exageradas que Bethmann Hollweg no se atrevió a hacerlas públicas por temor a las consecuencias, no solo en los norteamericanos, sino también en el *Reichstag*. Le comunicó a Wilson una versión pasada por agua, diciendo que aquello era todo cuanto había conseguido que aceptasen sus colegas. Bélgica no sería anexionada en su totalidad, pero su independencia estaría a merced de garantías políticas, económicas y militares que la convertían prácticamente en un protectorado alemán. Alsacia y Lorena no solo quedarían en manos de los alemanes, sino que Francia tendría que ceder las tierras ricas en minerales lindantes con Briey. En el este, se establecerían protectorados alemanes en Polonia y en las provincias bálticas para garantizar su constante germanización. En los Balcanes había de ser restaurado el dominio austríaco, y cedidos los territorios coloniales en África. Si los alemanes hubiesen ganado la guerra, estas habrían sido las mejores condiciones que los aliados

podían esperar. Lo mismo podría decirse de las condiciones de los aliados para la derrotada Alemania. Pero ninguno de los dos bandos había sido vencido todavía. A pesar del hastío de la guerra, los gobiernos estaban dispuestos a seguir luchando en vez de firmar la paz en aquellas únicas condiciones posibles.

Para apaciguar al *Reichstag*, el gobierno alemán hizo pública una «Nota de paz» el 12 de diciembre. Mientras declaraba estar dispuesta a firmar la paz, no mencionaba ningún objetivo de guerra específico, y su tono belicoso facilitó a los aliados su inmediato rechazo. Dicho rechazo proporcionó al alto mando la excusa que necesitaba. La decisión se tomó el 9 de enero, pero el embajador alemán en Washington no informó al gobierno norteamericano hasta el 31 de enero, de que la guerra submarina sin restricciones y aplicable a todos los buques que se aproximasen a las Islas Británicas entraría en vigor al día siguiente.

Wilson interrumpió inmediatamente toda relación con Alemania. No obstante no le declaró la guerra. La «neutralidad armada», por la que Estados Unidos armaba y protegía a sus barcos, todavía se consideraba una alternativa posible. Pero el gobierno alemán dio por sentado que ahora la guerra era ya inevitable. Asumiendo esta contingencia, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Arthur Zimmerman, había enviado ya el 16 de enero un telegrama al gobierno mexicano, que estaba en una situación de hostilidad intermitente con Estados Unidos, proponiéndole una alianza mediante la cual «los dos juntos haremos la guerra y juntos firmaremos la paz, con una generosa aportación financiera y el compromiso por nuestra parte de que México tiene que reconquistar los territorios perdidos en Texas, Nuevo México y Arizona». Los británicos interceptaron y descodificaron este importante documento tan pronto como fue enviado, pero no revelaron su contenido a Wilson hasta el 24 de febrero. Las lógicas sospechas de que se tratase de un engaño de los británicos fueron desmentidas por el propio Zimmerman, que reconoció abiertamente su autoría.

La reacción de Estados Unidos, sobre todo del hasta entonces aislacionista oeste, fue sobrecogedora. Solo fueron precisos unos pocos hundimientos más para convencer a Wilson de que no le quedaba más alternativa que la de invitar al Congreso a declarar la guerra. Lo hizo el 5 de abril de 1917. Ya no había lugar para la propuesta, hecha por Wilson unos meses antes, de «paz sin victoria». Esta guerra sería, en sus propias palabras, una cruzada «por la democracia, por el derecho de aquellos que se someten a la autoridad para

tener voz en sus propios gobiernos, por los derechos y libertades de las pequeñas naciones, por la supremacía universal del derecho mediante un concierto de pueblos libres que aporte paz y seguridad a todas las naciones y haga libre al mundo». Por muy admirables que fuesen aquellas intenciones, eran muy distintas de las que habían provocado la guerra entre los pueblos europeos tres años antes.

## 1917: el año de la crisis

### DESARROLLOS TÁCTICOS EN EL FRENTE OCCIDENTAL

La cuestión de si la entrada de Estados Unidos en la contienda salvaría de la derrota a los aliados estaba todavía en el aire. A medida que transcurría el año, aquello parecía cada vez más dudoso.

Ludendorff no tenía la más mínima intención de desperdiciar ni una sola vida alemana más. Ahora planeaba mantenerse a la defensiva en occidente hasta que la ofensiva submarina alcanzase los resultados esperados. El recorrido hecho por los campos de batalla del Somme le había horrorizado. La política de Falkenhayn había sido la de conservar cada pulgada de territorio a cualquier precio. En consecuencia, los sufrimientos de las tropas alemanas en Verdún y en el Somme habían sido por lo menos comparables a los de sus atacantes. Puesto que el frente alemán estaba muy adentrado en el territorio francés, parecía justificable cierta elasticidad en la defensa. Así pues, Ludendorff ordenó una retirada general del saliente entre Arras y Soissons, abandonando los campos de batalla del Somme, que tan tenazmente habían defendido, hacia una «línea Hindenburg» (título otorgado por los británicos) más corta y mejor fortificada unos cuarenta kilómetros más atrás. En el curso de este repliegue las tropas alemanas arrasaron y quemaron viviendas, sacrificaron al ganado y envenenaron los pozos: actividades harto frecuentes en el frente oriental, confirmando en occidente la imagen de barbarie presentada por Alemania.

Las nuevas defensas se establecieron de acuerdo con nuevos principios. Las tropas ya no se amontonaban en las trincheras de primera línea para proporcionar blancos fáciles a la artillería enemiga. Las trincheras fueron sustituidas por zonas defendidas compuestas de emplazamientos de ametralladoras estratégicamente separadas en fortines de hormigón, defendidos por alambradas de espino y cubiertos por una línea de artillería. El grueso de la infantería se mantenía atrás, fuera del alcance de los cañones enemigos, preparada para el contraataque. Detrás de estas posiciones

avanzadas había otras zonas mucho más profundas que hacían casi imposible cualquier intento de avance. Dichas posiciones no solo requerían menos tropas para defenderlas, sino que además el fuego de la artillería enemiga caía en su mayor parte en campo abierto y solo añadía más obstáculos al ataque de la infantería.

La réplica de la ofensiva a semejantes defensas ya se había puesto en práctica en el frente oriental el año anterior en la ofensiva de Brusilov: breves pero intensas cortinas de fuego de la artillería a gran profundidad dirigidas a blancos seleccionados, seguidas de ataques de la infantería con reservas avanzadas para penetrar entre los puestos fortificados del enemigo y causar confusión en las zonas de retaguardia. También los franceses habían estado pensando en estrategias similares. Su nuevo comandante en jefe, Robert Nivelle, había obtenido algunos logros con ellas en Verdún, y estaba ansioso por probarlas de nuevo a mayor escala. Pero lo que había funcionado contra un ejército austrohúngaro al borde de la desintegración no tenía por qué funcionar necesariamente contra los alemanes, y los británicos fueron mucho más cautos. Habían estado desarrollando vehículos oruga blindados, «tanques», y habían experimentado con algunos de ellos en el Somme; pero los primeros modelos eran mecánicamente defectuosos y tan torpes que solo sus más entusiastas protagonistas esperaban que pudieran hacer algo más que ayudar a la infantería a romper la primera línea de defensa enemiga. La doctrina táctica británica se había ido desarrollando en diferentes líneas. Para los británicos la «reina del campo de batalla» era ahora la artillería. En 1917 tenían en su poder armas y munición fiables y disponibles en cantidades suficientes. Las mejoras en cuanto a observación, tanto desde el aire como mediante el sonido o destellos de luz, hacían posible ahora una precisión casi exacta en el fuego de contrabatería. Las mejoras en el trazado de mapas, las fotografías aéreas y los análisis meteorológicos facilitaban la tarea de los artilleros, que fijaban sus objetivos de acuerdo con las referencias en los mapas sin tener que sacrificar el factor sorpresa haciendo disparos de observación. Las espoletas de detonación instantánea y los proyectiles de gas y humo hicieron posible lanzar cortinas de fuego espesas y letales, sin que la infantería de asalto se encontrase con un terreno impracticable. Por último, los artilleros británicos habían perfeccionado también la «cortina de fuego móvil»: una línea de fuego que avanzaba cubriendo el asalto de la infantería, que podía así penetrar varias yardas en las posiciones enemigas.

El problema era que todo eso exigía una rigurosa y exacta planificación horaria y una minuciosa labor por parte del estado mayor. La propia infantería

se estaba preparando para estar a la altura de las exigencias de la guerra de trincheras, con ametralladoras ligeras, granadas de mano, y morteros de trincheras que complementaban a los rifles, si no los sustituían, como armamento de primera necesidad. No obstante, su acción todavía quedaba confinada en un rígido marco supeditado a las necesidades y horarios de los artilleros con quienes las comunicaciones seguían siendo primitivas; y, una vez comenzada la batalla, quedaban totalmente interrumpidas. Por otro lado, una vez alcanzados los objetivos iniciales, había que volver a ajustar los cañones, y a veces incluso moverlos hacia delante, para poder lograr nuevos objetivos. En consecuencia, el alto mando británico desarrolló una técnica que se dio a conocer como «muerde y resiste»: ataques cuidadosamente preparados contra objetivos limitados, que entonces se fortificaban y mantenían mientras se llevaban a cabo los preparativos para la siguiente fase del ataque. Dentro de sus límites esta técnica resultó bastante satisfactoria; pero no solo no servía de gran cosa para conseguir abrir una brecha en las líneas enemigas como la que soñaba Haig, sino que desalentaba la iniciativa en los niveles más bajos de la cadena de mando que ahora era común en el seno del ejército alemán.

## LAS OFENSIVAS ALIADAS EN LA PRIMAVERA DE 1917

Utilizando estas técnicas, el alto mando aliado esperaba que sus ofensivas de 1917 no desembocasen en los desastres del año anterior. Pero las pérdidas sufridas en Verdún y en el Somme habían erosionado la confianza que los gobiernos británico y francés tenían hasta entonces depositada en sus dirigentes militares. Como ya hemos visto, Joffre había sido sustituido por Nivelle. Lloyd George no se atrevía a hacer lo mismo con Haig, pero en una taimada intriga lo subordinó al mando francés: una maniobra que enturbió las relaciones entre el liderazgo militar y civil británico y de la que nunca se recuperaron. El optimismo de Nivelle no era compartido por los demás generales. Su respaldo político había quedado socavado por la destitución del primer ministro francés Aristide Briand, cuyos sucesores tenían muy poca confianza en los planes militares de Nivelle. El 16 de abril lanzó su tan anunciada ofensiva a través del Aisne contra las boscosas cimas del Chemin des Dames bajo los peores auspicios posibles. Los alemanes habían recibido aviso anticipado de que los planes de los franceses habían fracasado por la retirada de los alemanes a la línea Hindenburg; y además el tiempo era horrible. En lugar de la amplia brecha prometida, se produjo un penoso

avance cubriendo unos pocos kilómetros, que tuvo que ser suspendido diez días después, cuando los franceses habían sufrido ya más de 130 000 bajas. Nivelle fue sustituido por Pétain, el héroe de Verdún, pero para entonces el ejército francés ya había tenido bastante. Se desmoronó, desembocando no en un motín, sino en algo semejante a una huelga civil; unidades enteras se negaban a obedecer órdenes y a regresar al frente. Pétain se hizo cargo de la situación hasta restablecer la salud de su ejército con un mínimo de severidad, especialmente mejorando sus condiciones y evitando acciones ofensivas de importancia, pero los franceses del frente oriental tampoco pudieron hacer demasiadas contribuciones en lo que quedaba de año.

Los británicos lo hicieron mejor, por lo menos al principio. Una semana antes de iniciar la ofensiva francesa a través del Aisne atacaron más al este, en Arras. La primera fase de la operación resultó un gran éxito, con las tropas canadienses apoderándose de la prominente cresta de Vimy. Haig anhelaba nuevamente romper el frente, pero las nuevas defensas alemanas se lo impidieron. Una vez más, la ofensiva británica fue cediendo gradualmente hasta que terminó a finales de mayo con una pérdida de 130 000 hombres más. A pesar de ello, en la cabeza de Haig no cabía la posibilidad de suspender los ataques. En aquellos momentos, no solo los franceses, sino también los rusos estaban fuera de combate; no llegaría ninguna ayuda efectiva de Estados Unidos antes de un año; y lo peor de todo, la campaña submarina alemana parecía estar cosechando éxitos. Como dijo un bromista en aquella época: «La cuestión es si el ejército británico podrá ganar la guerra antes de que la marina la pierda».

## GUERRA NAVAL Y AÉREA

Al principio, la guerra submarina ilimitada parecía estar obteniendo todos los resultados que la marina alemana había prometido. Su objetivo era el de hundir buques hasta completar 600 000 toneladas al mes, duplicando las proporciones anteriores. Lo consiguieron en marzo. En abril prosiguieron hasta hundir 869 000 toneladas. Este fue su punto álgido. Los hundimientos rondaron en torno a las 600 000 toneladas durante todo el verano, en agosto descendieron hasta las 500 000 toneladas, y a finales de año habían descendido a 300 000 toneladas. ¿Por qué?

El motivo más evidente fue la introducción de los convoyes, un sistema que el Almirantazgo había considerado impracticable porque, entre otras

cosas, creía no tener suficientes destructores para escoltar la enorme cantidad de barcos implicados. Pero sus cálculos resultaron ser totalmente erróneos porque incluían a todos los barcos costeros, y cuando, ante la insistencia de Lloyd George, se introdujeron los convoyes a principios de abril, el éxito fue inmediato. Una vez que los norteamericanos empezaron a hacer sentir su peso, los británicos no solo fueron capaces de reforzar la protección de los convoyes, sino de construir buques mercantes con mayor rapidez de la que podían hundirlos los submarinos. Los alemanes también habían calculado erróneamente el espacio disponible para el cargamento en los barcos aliados, el grado de dependencia de Gran Bretaña de las importaciones de trigo y, sobre todo, la capacidad de los británicos de crear contramedidas en forma de control del comercio y reparto de productos mediante el racionamiento. El gobierno británico llevó a cabo una economía de sitio tan efectiva que a finales de 1917 sus reservas de trigo se habían duplicado.

Nada de esto podía intuirse en el verano de 1917, cuando la población de Londres se vio sometida a una terrible experiencia: un bombardeo diurno desde el aire.

Ninguno de los beligerantes había menospreciado la importancia de la fuerza aérea antes de 1914. Durante los diez años anteriores, la ficción imaginativa había descrito los horrores de los bombardeos aéreos en las ciudades por parte de una aviación que todavía tenía que inventarse, pero los propios militares estaban más preocupados por los efectos de las fuerzas aéreas en la guerra de superficie, especialmente en su capacidad de llevar a cabo operaciones de reconocimiento que ya no podían ser realizadas por la caballería. Pero dado que este reconocimiento solo podía hacerse sin interrupciones por parte de la fuerza aérea enemiga, la principal función de las armas aéreas fue la de establecer el mando del aire sobre el campo de batalla, tanto a través del combate aéreo como a través de la destrucción de los campos de aviación enemigos. Con los singulares combates entre ases de la aviación sobre el barro de las trincheras, se produjo un breve resurgimiento de la tradicional novela de guerra.

El «bombardeo estratégico», ataque a los recursos civiles del enemigo, tardó más en desarrollarse. Globos dirigibles alemanes, que recibieron el nombre de su principal patrocinador Graf von Zeppelin, habían atacado Amberes en agosto de 1914 (las fuerzas aéreas británicas respondieron en octubre contra las naves zepelín en Dusseldorf), y en enero siguiente, dieron comienzo las incursiones nocturnas en el Reino Unido. No obstante, su

navegación era bastante imprecisa y su poder destructivo demasiado superficial como para que estas incursiones se convirtieran en algo más que una dramática molestia que, sin embargo, proporcionó a los propagandistas más pruebas sobre el «horror» alemán. Hacia 1917 ya se habían desarrollado aparatos de largo alcance más fiables, y aquel verano bombarderos alemanes del Gotha llevaron a cabo incursiones diurnas sobre Londres. Los daños físicos y las bajas fueron poco importantes, pero el efecto moral que causaron fue enorme. En contra del consejo de los militares, que necesitaban todos los recursos que podían obtener para la guerra en Francia, se creó una fuerza aérea independiente, con base en la Francia oriental, con el objetivo de lanzar represalias contra territorio alemán. Puesto que los únicos blancos al alcance eran las ciudades del alto Rin, el impacto inmediato de las operaciones fue insignificante, aunque a largo plazo sus implicaciones resultaron de largo alcance. Ante la evidencia de la ineficacia de su éxito, las recién creadas fuerzas aéreas británicas elaborarían una doctrina de bombardeo estratégico que dominaría el pensamiento táctico británico y más tarde el norteamericano durante el resto del siglo xx.

## LA DESINTEGRACIÓN DEL FRENTE ORIENTAL

Entretanto el frente oriental se estaba desmoronando. En enero todavía se albergaba la esperanza de que el ejército ruso, ahora bien provisto de armamento y munición, pudiera desempeñar su papel en una ofensiva conjunta en primavera. Pero en febrero sus comandantes reconocieron que la moral estaba por los suelos, que la desertión se estaba generalizando y que ya no podían confiar en sus tropas. La moral del ejército no hacía más que reflejar la de todo el país en conjunto. Los disturbios revolucionarios, frecuentes ya antes de la guerra pero aletargados cuando comenzaron las hostilidades, se producían ahora sin cesar. En marzo las revueltas del pan en Petrogrado se convirtieron en revolución cuando la policía y el ejército hicieron causa común con los agitadores. El zar fue obligado a abdicar. Un régimen de burgueses moderados tomó las riendas de la maquinaria de gobierno, pero un consejo (soviet) de soldados y obreros estableció un foco alternativo de poder en la capital, creando así una red de autoridad alternativa a través de todo el país, y exigió una paz inmediata.

Estos acontecimientos fueron al principio bien acogidos en occidente, así como en Estados Unidos. La Rusia zarista había sido un aliado incómodo en

una guerra en la que se combatía para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia, y el nuevo gobierno en manos de Alexander Kerensky declaró sus intenciones de proseguir con la guerra en defensa de la patria rusa. En julio Brusilov intentó repetir su triunfo del año anterior con una ofensiva masiva en el frente de Galitzia, cosechando algunos éxitos iniciales. Entonces los alemanes contraatacaron en el norte. Las defensas rusas se vinieron abajo. La retirada se convirtió en una desbandada, y la rapidez del avance alemán se debía solo a su habilidad de mantenerse a la altura de las tropas rusas que ahora «ponían pies en polvorosa» y se iban a casa. En septiembre la fortaleza báltica de Riga cayó tras un despiadado bombardeo urdido por el genio innovador de un tal coronel Bruchmuller. Mientras tanto, en Petrogrado, un líder revolucionario, Vladimir Ilich Ulianov Lenin, cuyas opiniones habían sido consideradas demasiado extremistas por todos excepto por sus colegas más íntimos, y cuyo regreso del exilio en Suiza había sido hábilmente facilitado por el alto mando alemán, había estado haciéndose eco de las exigencias de la inmensa mayoría de sus compatriotas con tres simples palabras: pan, tierra y paz. En noviembre provocó un segundo golpe de estado. Este no creó un vacío de poder como había ocurrido en marzo, sino una cruel dictadura cuyos objetivos inmediatos gozaban del respaldo del pueblo ruso, aunque no su programa ni su ideología. Lenin pidió inmediatamente un armisticio al alto mando alemán, y en diciembre ambos bandos se reunieron para discutir las condiciones de paz en Brest-Litovsk.

## PASSCHENDAELE

Aunque los aliados occidentales en el verano de 1917 no habían previsto un desastre de semejante magnitud, tampoco se hacían ilusiones sobre el estado del ejército ruso. Es más, su debilidad proporcionó uno de los argumentos más contundentes en favor de continuar ejerciendo presión en el frente occidental, y en contra de la política, cada vez más atractiva para el alto mando francés, de permanecer a la defensiva y aguardar la llegada de los norteamericanos en 1918. Para entonces era probable que Rusia ya no estuviese en la guerra y que los alemanes pudiesen concentrar todas sus fuerzas para romper el frente occidental de los aliados. Pero los franceses ya no llevaban la voz cantante, y su desplome dejó al alto mando británico, por primera vez, en posición de decidir su propia estrategia de operaciones.

*Sir Douglas Haig, no sin razón, veía ahora que el resultado de la guerra*

descansaba sobre sus hombros y que los ejércitos del Imperio británico estaban bajo su mando. Tenía pocas esperanzas de que los norteamericanos llegasen a tiempo y en número suficiente como para evitar el desastre. En su opinión, la única esperanza de victoria era continuar presionando hasta asfixiar al pueblo alemán mediante el desgaste de su ejército. Ahora había que llevar a cabo esta acción en Flandes, en los viejos campos de batalla en torno a Ypres, donde el ejército británico podía luchar sin verse estorbado por sus aliados y donde un importante avance podría posibilitar la captura de los puertos belgas utilizados por los submarinos alemanes como bases adelantadas; una idea respaldada, lógicamente, por la marina británica. Un avance de esta magnitud, pensaba Haig, tan solo podía lograrse mediante una serie de ataques limitados sin tregua uno tras otro, de manera que los alemanes no tuvieran tiempo de recuperarse. Lloyd George, temiendo una repetición del holocausto del Somme, se mostraba manifiestamente escéptico acerca de dichos planes, pero tras su error de cálculo en el asunto Nivelles, no se sintió en posición de vetarlos. En efecto, un ataque preliminar lanzado contra la sierra de Messines al sur de Ypres a comienzos de junio, con objetivos limitados, absoluta sorpresa y soporte masivo de la artillería (se dispararon 3,5 millones de proyectiles y las líneas del frente alemán fueron destruidas por medio millón de kilos de minas de gran potencia explosiva), demostró ser uno de los mayores éxitos tácticos de la guerra. Pero cuando a finales de julio dio comienzo el gran ataque, se encontraron con los mismos problemas que habían obstaculizado la campaña del Somme. La cortina de fuego preliminar (4,3 millones de proyectiles) había frustrado toda sorpresa; los elaborados horarios quedaron alterados como siempre por la fricción de la guerra; la resistencia del enemigo estaba mucho más adentro de las líneas y era más obstinada de lo que habían esperado; y la abundante lluvia ayudó a que las armas de ambos bandos convirtiesen el campo de batalla en un lodazal impracticable. Sin embargo, Haig siguió peleando y consiguiendo escasos éxitos a un alto precio, hasta que a principios de noviembre las tropas canadienses capturaron la cima de Passchendaele, nombre con el que a partir de entonces se bautizó aquella batalla. Para entonces los británicos habían perdido otros 240 000 hombres, de los que 70 000 resultaron muertos. Las bajas alemanas ascendieron a unas 200.000. Los críticos de Haig hacen referencia a las primeras cifras, sus defensores a las últimas. Si tenemos en cuenta los efectos de esta presión sobre el pueblo alemán, hay que decir que sus defensores tienen mejores argumentos de lo que generalmente se ha admitido. No obstante, el precio fue insoportablemente elevado.



10. El frente occidental: el campo de batalla de Passchendaele.

Museo Imperial de la Guerra, neg. no. Q1071.

Un segundo ataque lanzado en Cambrai el 20 de noviembre proporcionó más munición a los detractores de Haig. Parte de su objetivo era probar a gran escala las nuevas técnicas que habían estado desarrollando en el seno del ejército británico en estrecha cooperación entre las tres divisiones de infantería, tanques y artillería. La sorpresa fue monumental: las defensas alemanas fueron arrasadas hasta una profundidad de seis kilómetros, y en Inglaterra tañeron las campanas para celebrar la victoria. Se precipitaron. Diez días después los alemanes contraatacaron y recuperaron el terreno perdido. A consecuencia de ello, Haig perdió el último vestigio de crédito ante sus superiores políticos, y Lloyd George se hizo cargo de la dirección estratégica de la guerra.

## CAPORETTO

Las pérdidas del Somme en 1916 ahondaron el escepticismo de Lloyd George sobre la oportunidad de continuar atacando en el frente occidental, y a lo largo de 1917 estuvo insistiendo al alto mando para que dirigiese su mirada hacia otra parte. Otros dos campos de operaciones parecían prometedores: Italia y

Oriente Próximo.

El frente italiano había sido muy activo durante 1916. Para los austríacos, como ya hemos visto, Italia fue siempre el enemigo más apetecible. En mayo, y en contra del consejo de sus aliados alemanes, que no veían ninguna ventaja estratégica en ello, Conrad lanzó una gran ofensiva a través de las montañas del Trentino. Tras un éxito inicial, aquella fue disminuyendo hasta cesar. Es verdad que Conrad podía adjudicarse una gran victoria —los italianos perdieron cerca de 286 000 hombres, de los que 45 000 fueron hechos prisioneros de guerra—, pero su principal resultado estratégico fue el de haber reducido los recursos de que disponían los austríacos cuando Brusilov lanzó su ataque al mes siguiente. Entretanto los principales ejércitos italianos a las órdenes del general Luigi Cadorna habían estado asaltando las fuertes defensas austríacas 65 km más al este, en el río Isonzo. Continuaron esta táctica hasta noviembre en una prolongada batalla de desgaste en la pedregosa meseta del Carso, al norte de Trieste, que se reanudó en la primavera siguiente. En agosto de 1917 Cadorna había perdido más de 200 000 hombres en el más sangriento de sus campos de batalla, y tanto el ejército italiano como el austríaco habían llegado al límite. Pero Ludendorff, habiéndose liberado de los rusos, disponía de recursos para acudir en ayuda de su aliado, y envió siete divisiones para reforzar a los austríacos en el Isonzo. Utilizando todas las técnicas de infantería y artillería perfeccionadas en el frente oriental, los alemanes aniquilaron las defensas italianas en Caporetto el 25 de octubre y apresaron a 30 000 hombres. El frente italiano entero se desmoronó, reagrupándose de nuevo dos semanas después tras haber retrocedido 115 km a lo largo del Piave, con unas pérdidas de 275 000 prisioneros, 2500 cañones e ingentes depósitos de material. Por si fuera poco, aproximadamente medio millón de desertores italianos se habían dispersado por la campiña.

Para Lloyd George el colapso italiano fue providencial. Haig recibió el orden sumaráisima de enviar cinco divisiones del frente occidental, que zanjaron efectivamente su propia ofensiva y, junto con seis divisiones francesas, restauraron la estabilidad en el campo de operaciones italiano. Lo más importante: Lloyd George aprovechó la oportunidad de una conferencia aliada en Rapallo el 5 de noviembre para colaborar con el primer ministro francés Georges Clemenceau (un hombre de su gusto, que todavía prestaba menos atención a los generales) en la creación de un Consejo Superior Interaliado de Guerra, compuesto por líderes políticos aliados y sus consejeros militares, para establecer una política militar, asignar las fuerzas a los distintos campos de operaciones y, lo más importante, organizar y

distribuir los suministros militares. Tanto Haig como Pétain acusaron profundamente esta usurpación de su autoridad, pero su poder ya estaba resentido. La independencia de Haig se vio todavía más debilitada por la sustitución de sus veteranos oficiales del estado mayor, y por la destitución de su mayor aliado en Whitehall, el jefe del estado mayor imperial *sir* William Robertson, y el nombramiento del protegido de Lloyd George, el general *sir* Henry Wilson. Ahora tanto en Francia como en Gran Bretaña el control civil de la estrategia era completo.

Al cabo de un mes de la creación del Consejo Superior Interaliado de Guerra, Lloyd George recibió excelentes noticias. El 11 de diciembre un ejército británico entraba en Jerusalén.

## ORIENTE PRÓXIMO

Los turcos habían demostrado ser un potente aliado para los imperios centrales. Sus ejércitos consistían en rudos y analfabetos campesinos, cuya carencia de equipamiento moderno quedaba equilibrada por su porfiado coraje y el liderazgo de jóvenes y enérgicos oficiales aconsejados y reforzados por expertos alemanes. Su frente principal era el Cáucaso, donde habían sufrido enormemente: primero a causa del rechazo de su inoportuno ataque en el invierno de 1914-1915, y luego por la ofensiva rusa bajo el hábil liderazgo del general Nicolai Yudenich en el verano de 1916. En el curso de esta campaña el gobierno turco puso en práctica un programa de deportaciones masivas y masacres de la población indígena armenia tan salvaje que rayaba en el genocidio.

Simultáneamente, las tropas del Imperio británico habían invadido territorio turco, no solo en Egipto, sino en la base que habían establecido en noviembre de 1914 en Basora, en el extremo del golfo Pérsico, para apoderarse de las instalaciones petrolíferas y alentar una revuelta local. Desde allí habían avanzado en 1915 por los valles del Tigris y del Éufrates, en un comienzo para salvaguardar la base, pero finalmente con la esperanza de tomar Bagdad. Desde el punto de vista administrativo la expedición fue un desastre, sus unidades mayoritariamente indias sufrieron enormes bajas por enfermedad. En abril de 1916 se convirtió en una catástrofe militar cuando, después de un asedio de casi cinco meses, una fuerza británica se vio obligada a rendirse en Kut-al-Amara, a unos ciento treinta kilómetros de Bagdad. De los 10 000 prisioneros, 4000 murieron en cautiverio, destino que no compartió

su comandante, el general de división Charles Townsend, que gozó de un nivel de hospitalidad a manos de sus captores que suscitó comentarios muy desfavorables. A continuación se preparó otra expedición más sólida en diciembre, que capturó de nuevo Kut y en marzo siguiente ocupó Bagdad.

Egipto se convirtió en una plaza de armas británica, segunda en importancia después del Reino Unido, defendiendo como lo hizo la línea de comunicaciones imperiales a través del canal de Suez. Tras el rechazo en los Dardanelos, la guarnición defendió con éxito el canal contra una salvaje y ambiciosa incursión turca a través del desierto del Sinaí en julio de 1916. Entonces los británicos avanzaron por el desierto hasta la frontera de Palestina, un logro conseguido solo gracias a la meticulosa planificación logística que se convertiría en el sello de las operaciones militares británicas en las dos guerras mundiales. Tras varios intentos infructuosos por romper las líneas turcas en Gaza en 1917, enviaron un nuevo comandante británico, el general *sir* Edmund Allenby, quien había dirigido un ejército en el frente occidental sin demasiado éxito, pero que demostró ser un maestro en lo relativo a la guerra móvil, todavía practicada en Palestina, utilizando las unidades montadas de una manera que sería imposible en el frente occidental, junto con la aviación, y trabajando en estrecha cooperación con las fuerzas de tierra. El adversario alemán de Allenby no era otro que Erich von Falkenhayn, ahora exiliado por sus enemigos lejos del centro del poder. Sin embargo, a pesar de su destreza, Falkenhayn poco pudo hacer con fuerzas muy inferiores a las británicas en número y equipamiento. A finales de octubre Allenby emprendió la ofensiva, barrió a los turcos de Gaza y avanzó hacia Jerusalén para obsequiar al pueblo británico, como Lloyd George le había pedido, con un «regalo de Navidad»: un regalo de lo más apreciado después de cuatro meses de horror vividos en la campaña de Passchendaele.

En el mes de septiembre siguiente, 1918, Allenby completaría la conquista de Palestina con la abrumadora victoria de Megiddo: una batalla en la que por última vez en la historia militar de occidente, las tropas montadas desempeñaron un papel preponderante. Abriéndose camino hacia el norte, sus tropas arrasaron Siria a finales de octubre, y los turcos solicitaron un armisticio. En su avance a lo largo de la costa, el flanco terrestre de Allenby estaba protegido, y las comunicaciones ferroviarias turcas saboteadas, por fuerzas árabes amistosas reclutadas y dirigidas por un joven arqueólogo, el coronel T. E. Lawrence. Las hazañas de Lawrence fueron una parte marginal de una campaña marginal, pero le proporcionaron una reputación que brilló con luz propia por encima de aquel sombrío panorama del frente occidental.

Las victorias de Allenby establecieron una breve hegemonía británica en Oriente Próximo. Entre otras cosas hicieron posible cumplir la promesa hecha en octubre de 1917 por el secretario de Asuntos Exteriores británico, Arthur Balfour, de fundar «una Casa Nacional para el Pueblo Judío» en Palestina. Desgraciadamente, la promesa se hizo sin consultar ni a la población indígena ni a ninguno de los potentados árabes a quienes se había prometido el territorio a cambio de su respaldo militar. Tampoco fueron consultados acerca de un acuerdo alcanzado en 1916 por oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores británico con sus homólogos franceses («el acuerdo de Sykes-Picot») de dividir la región en sus dos esferas de influencia. El intento de reconciliar todas estas obligaciones irreconciliables mantendría ocupados a los oficiales británicos, y la región en completo desorden, hasta la segunda guerra mundial, creando problemas agónicos que todavía a principios del siglo XXI están por resolver.

## 1918: el año de la resolución

### LOS TEMORES DE LOS ALIADOS EN ENERO DE 1918

Las victorias de Allenby estaban muy bien, pero a finales de 1917 las perspectivas para los aliados todavía eran sombrías. Entre los aspectos positivos hay que destacar que la guerra submarina se había ganado y los suministros norteamericanos podían atravesar el Atlántico casi sin interrupciones. Pero los aliados no solo necesitaban suministros, sino, mucho más urgentemente, hombres, y en esto los norteamericanos eran lentos. Cuando en abril Estados Unidos entró en la guerra, su ejército constaba de 6000 oficiales y 100 000 hombres. El general John J. Pershing recibió órdenes de conducir la Primera División de Estados Unidos a Francia, pero esta unidad tan solo existía en el papel. Se hicieron planes para ampliar el ejército a veinticuatro divisiones, cerca de un millón de hombres, para el verano de 1918, pero no estaba claro que los aliados pudiesen sobrevivir tanto tiempo. Si lo lograban, sus preocupaciones se habrían acabado. En 1919 su superioridad tanto en efectivos como en material sería enorme, y los oficiales del estado mayor aliado empezaron a planificar una gran ofensiva para aquel año. Pero mientras tanto, la pesadilla que les había quitado el sueño durante los tres años anteriores se había hecho realidad. Rusia había quedado fuera de combate dejando a Ludendorff libre para concentrar todos sus recursos en el frente occidental.

La derrota de Rusia había tenido implicaciones alarmantes para el Imperio británico. Turquía ya no tenía que defender sus fronteras en el Cáucaso. Había sido expulsada de la península Arábiga, pero esto le dejaba las manos libres para expandirse hacia el este y establecer una hegemonía panturania extendiéndose hacia las fronteras de la India; una hegemonía fortalecida por el poder militar alemán e inspirada por una *yihad* que podía socavar el ya precario dominio británico en el subcontinente indio. No es de extrañar que el representante militar norteamericano en el Consejo Superior Interaliado de Guerra escribiera a su país en febrero de 1918 en estos términos: «Dudo que pueda hacer comprender a alguien que no haya estado presente en la reciente

reunión... la ansiedad y temor que invaden aquí las mentes de los políticos y militares».

## LOS TEMORES DE LOS ALEMANES EN ENERO DE 1918

Pero si los aliados estaban inquietos, los alemanes estaban desesperados. Los rusos estaban efectivamente fuera de la guerra. Su representante en Brest-Litovsk, Liev Trotsky, se había negado en un principio a aceptar condiciones que implicasen el completo abandono de sus territorios bálticos y polacos al control alemán o austríaco; pero también se negó a firmar la paz, con la esperanza de que la revolución estallase en Berlín y Viena a tiempo para hacer innecesaria aquella firma. En efecto, aquellas revoluciones acabarían llegando, pero no precisamente en aquel momento. Así pues, los ejércitos alemanes avanzaron sin oposición alguna, entrando no solo en Finlandia y en el oeste de Rusia, sino penetrando hasta Ucrania y llegando al Cáucaso y a Crimea. Cuando Lenin se rindió en marzo de 1918, lo hizo en unas condiciones que implicaban la cesión de territorios que contenían el 90 por 100 de los recursos carboníferos de Rusia, el 50 por 100 de su industria pesada y el 30 por 100 de su población, así como el pago de seis mil millones de marcos en concepto de «reparaciones». En el mes de mayo Alemania organizó sus conquistas orientales mediante el tratado de Bucarest, por el que Rumanía cedía el control de su producción petrolífera y sus excedentes de trigo y aceptaba una ocupación militar indefinida. Sucudiese lo que sucediese en occidente, los alemanes tenían ahora un inmenso imperio oriental autosuficiente y al parecer inexpugnable.

No obstante, lo que ahora preocupaba al alto mando alemán no era tanto una amenaza de occidente. Eran mucho más alarmantes los acontecimientos en el seno de la propia Alemania.

En 1917, como ya hemos visto, el ejército se había hecho con el control de la economía alemana. Pero todavía no controlaba el *Reichstag*, que a su vez administraba el dinero y tenía el poder de votar o denegar los créditos de guerra; fondos sin los cuales la guerra no podía proseguir. Durante tres años el patriotismo había mantenido unido al *Reichstag*, y también a todo el país, exceptuando una pequeña minoría de disidentes socialistas. No obstante, en el invierno de 1917 esta unidad se estaba resquebrajando. Se había mantenido de forma precaria durante la primera mitad del año con la esperanza de alcanzar el éxito en la ofensiva submarina, pero a finales del verano quedaba claro que

no cabía esperar triunfo alguno. La nación había soportado cuatro inviernos de guerra, y la perspectiva de tener que sufrir un quinto era atroz. Las disputas en las colas del pan acababan en disturbios, y estos en importantes huelgas. En agosto de 1917 las tripulaciones de los buques de la marina atracados en Wilhelmshaven, hastiadas y hambrientas, se amotinaron abiertamente. En enero de 1918 se produjeron importantes y prolongadas huelgas en Kiel y en Berlín, y hubo que declarar la ley marcial en Hamburgo y Brandeburgo. El ejemplo ruso estaba demostrando ser gravemente contagioso, y las penurias económicas dieron pie a las crecientes exigencias de paz.

Estas exigencias fueron alimentadas no solo por la miseria y las privaciones, sino también por ideología política. El despótico imperio zarista que los liberales y socialistas alemanes habían considerado siempre como su enemigo natural, había sido destruido, y el nuevo régimen socialdemocrático de Rusia parecía ahora su aliado natural. La llegada de Estados Unidos completó la unidad de las potencias democráticas contra una Alemania cuyas ambiciones hegemónicas, así como su conducta en la guerra, les resultaban cada vez más difíciles de defender a los liberales y socialistas alemanes. En la Conferencia Internacional Socialista de Estocolmo en junio de 1917, los delegados alemanes se dieron cuenta de su aislamiento e impopularidad. A consecuencia de aquella experiencia, el 19 de julio el *Reichstag* aprobó una resolución de paz por 212 votos contra 126, exigiendo «una paz de entendimiento y la reconciliación permanente de los pueblos sin anexiones forzosas de territorios y sin medidas políticas, económicas o financieras de coerción». Al mismo tiempo pedía importantes reformas en el arcaico sistema electoral de Prusia y, lo peor de todo, exigía que las fuerzas armadas se sometieran a su control.



11. La presión sobre la población civil: cola para conseguir comida en Berlín, invierno de 1917.

Suddeutscher Verlag Bilderdienst.

El alto mando había confiado en el canciller, Bethmann Hollweg, para que mantuviese a raya al *Reichstag*. Tras su fracaso, obligaron al káiser a pedir su dimisión. Su sucesor, Georg Michaelis, un burócrata maleable, consintió en aceptar la resolución de paz «del modo en que yo la entiendo», y por consiguiente, los créditos de guerra fueron aprobados. Pero, obviamente, habría que hacer algo más para contrarrestar la propaganda de paz por parte de la izquierda. En septiembre el alto mando patrocinó la creación de un nuevo Partido de la Patria para hacer campaña en contra de la reforma constitucional y para dar soporte a una paz anexionista. Las condiciones de esta última fueron establecidas en el programa Kreuznach del 9 de agosto. En el este, Alemania se anexionaría la totalidad de las tierras ya ocupadas por sus ejércitos: Curlandia, Lituania y las provincias orientales de Polonia. En occidente conservaría Bélgica y Luxemburgo y obtendría las regiones francesas de Longwy y Briey. El objetivo, como explicaron Hindenburg y Ludendorff al káiser, era «una consolidación del pueblo alemán y una ampliación tal de nuestras fronteras, que nuestros enemigos no se atreverán a provocar ninguna otra guerra durante mucho tiempo». El Partido de la Patria

estaba generosamente financiado por industriales de Renania, pero no era simplemente una tapadera para las clases dirigentes. Al cabo de un año contaba con 1 250 000 afiliados: podría decirse que fue el primer movimiento genuinamente popular de la derecha del siglo xx, y precursor de otros muchos.

La naturaleza de la paz determinaría así no solo la posición de Alemania en Europa, sino la clase de país que estaba destinada a ser. A ojos del alto mando y de sus partidarios civiles, ceder a las demandas del *Reichstag* de una paz sin anexiones ni indemnizaciones sería como haber perdido la guerra, una guerra ya no sencillamente contra los enemigos externos de Alemania, sino contra todas las fuerzas internas al parecer dispuestas a destruir los valores tradicionales alemanes. En opinión de Ludendorff, la única forma de vencer a estas fuerzas antes de que el Frente Nacional se desmoronase —y los austríacos desesperados desertasen— era mediante una victoria en el frente occidental, infligiendo a los aliados un golpe tan rotundo que se desmoralizasen y se viesan obligados a aceptar las condiciones de paz de los alemanes. Esta sería verdaderamente la «última carta» de Alemania.

## LA OFENSIVA LUDENDORFF, MARZO DE 1918

Ludendorff había empezado a planear aquella victoria en noviembre de 1917. Sobre el papel tenía ahora más que suficientes tropas para dismantelar el frente occidental, como bien sabían los aliados. La necesidad de mantener el orden en el caótico estado de sus nuevas y vastas conquistas tenía todavía atrapado al grueso de las fuerzas alemanas en el este, pero pudo trasladar unas 44 divisiones hacia el oeste, reuniendo allí en marzo de 1918 un total de 199 divisiones. Para enfrentarse a ellas, los franceses alinearon unas 100, algunas de ellas de muy dudosa calidad, y los británicos 58, cuya fuerza, según se lamentaron después las autoridades militares, estaba mermada por la política de Lloyd George de mantener sus reservas de primera línea en el Reino Unido, para que Haig no las utilizase llevando a cabo más ofensivas, puesto que los norteamericanos todavía no podían proporcionar ninguna ayuda.

El primer golpe lo recibieron los británicos: primero un empuje inicial contra la parte sur de su línea al este de Amiens, para introducir sus defensas del norte, donde un segundo ataque abriría paso, así se esperaba, hacia los puertos del Canal. Haig, pensando que su ala izquierda constituía el frente decisivo, había debilitado deliberadamente su flanco derecho; así pues,

cuando el 21 de marzo atacaron los alemanes, lo hicieron con una aplastante superioridad numérica, unas 52 divisiones contra 26. Pero no solo los números contaban. Ahora los alemanes empleaban técnicas que ponían fin al punto muerto de la guerra de trincheras que había inmovilizado el frente occidental durante tres largos años.

Las técnicas no eran nuevas. El breve pero violento bombardeo de la artillería en profundidad y sin previo aviso, dirigido tanto contra las comunicaciones y centros de mando como contra las tropas de primera línea, haciendo uso masivo de gas y humo, ya lo habían utilizado ambos bandos, los británicos en Cambrai y los alemanes en Caporetto. Sin embargo, había sido perfeccionado en el frente oriental, especialmente en el asalto a Riga, por el general Oskar von Hutier y su comandante de artillería, el coronel Georg Bruchmuller, que ahora dirigía el ataque alemán en occidente. La magnitud del bombardeo no tenía precedentes: 6500 cañones dispararon sobre un frente de 65 km, destruyendo todas las comunicaciones detrás de las líneas e inundando el frente con gas y explosivos de gran potencia. A continuación «tropas de asalto», unidades de asalto especializadas cargadas con su propio armamento, como cañones ligeros arrastrados por trineos, ametralladoras ligeras, granadas, morteros y lanzallamas, encabezaban el ataque de la infantería, destruyendo todos los puestos fortificados del enemigo que podían y cubriendo los restantes. Las unidades de infantería que les seguían entraban en avalancha por los huecos que habían abierto, introduciendo reservas para sacar provecho de la victoria en lo que un comentarista británico, Liddell Hart, describiría después como un «torrente en expansión». Esta combinación resultó ser devastadora para las tropas británicas, que apenas habían tenido tiempo de preparar las defensas internas necesarias para contrarrestar el ataque, o de convencerse de su necesidad. La espesa niebla que se levantó la mañana del 21 de marzo facilitó el avance alemán. Al cabo de cuatro días habían abierto una cuña de 65 km de profundidad en las posiciones británicas y amenazaban con romper por completo las líneas de los aliados.

El ataque resultó una victoria mayor de lo que el propio Ludendorff había esperado. Y ahora amenazaba con separar los ejércitos británicos de los franceses. Si eso hubiera sucedido, los británicos habrían retrocedido hacia el norte a lo largo de sus líneas de comunicación hasta los puertos del Canal, mientras que los franceses se habrían replegado hacia el sur para proteger París, dejando vía libre para que los alemanes avanzasen hacia la costa, tal como efectivamente hicieron veintidós años después. Ahora todo dependía de que los ejércitos franceses y británicos lograsen mantener el contacto. Hasta

aquel momento Haig y Pétain habían resistido los intentos del Consejo Superior de Guerra por imponer un mando interaliado sobre sus cabezas, y se negaron a poner reservas a disposición del consejo evitando que este influenciase el curso de las operaciones. Argumentaban que la cooperación mutua resolvería cualquier problema que pudiese surgir. Pero no fue así. Cuando Haig pidió ayuda, Pétain se negó a proporcionársela por temor a desmantelar la defensa de París. Haig se tragó su orgullo y apeló a sus superiores políticos. Se celebró una conferencia interaliada en Doullens, cerca de Amiens, el 25 de marzo. Allí, la firme actitud adoptada por Foch, ahora jefe del estado mayor francés, impresionó lo suficientemente a Haig como para aceptar su autoridad para «coordinar» los ejércitos aliados. Dicha autoridad se extendió una semana después a «la dirección de las operaciones». Durante el resto de la guerra los aliados lucharon bajo un mando único.

Entretanto el avance alemán iba cediendo. Sus comunicaciones estaban desbordadas, la artillería no podía seguir el ritmo de avance de la infantería, y la marcha se vio entorpecida por las tierras baldías de los campos de batalla del Somme por los que ahora tenía que avanzar la infantería. Los depósitos aliados capturados suministraban provisiones en grandes cantidades, y resultaba demasiado tentador para las exhaustas y hambrientas tropas alemanas detenerse a disfrutar de ellas. Ludendorff interrumpió la operación el 5 de abril y atacó por el norte, tal como Haig había estado esperando. El ataque se produjo el 9 de abril, después del habitual bombardeo de Bruchmuller, en el valle del Lys al sur del saliente de Ypres. Al cabo de pocos días los alemanes habían recuperado todo el territorio al oeste de Ypres que los británicos habían tardado tres meses en conquistar el otoño anterior con la participación de 400 000 hombres. Las tropas británicas estaban extendidas en una línea tan delgada que Haig, habitualmente parco en palabras, consideró necesario publicar un dramático orden del día: «Con nuestras espaldas contra la pared, y creyendo en la justicia de nuestra causa, cada uno de nosotros debe seguir luchando hasta el final. La seguridad de nuestros hogares y la libertad de la humanidad dependen por igual de la conducta de cada uno de nosotros en este crítico momento». Estas palabras resultaron efectivas con la prensa, aunque las tropas las acogieron con más escepticismo. No obstante, continuaron luchando. La línea resistió, y el 30 de abril Ludendorff suspendió el ataque. Desde el 21 de marzo había perdido ya unos 350 000 hombres, y los aliados algunos menos; pero en esta ocasión eran los aliados quienes tenían más recursos, y con las tropas norteamericanas entrando en Francia a

raudales, a un ritmo de 300 000 efectivos al mes, aquellos recursos parecían verdaderamente inagotables.

Ludendorff dirigió su atención a los franceses. El sector que eligió para su ataque fue el Aisne, donde Nivelles había lanzado su desastrosa ofensiva el año anterior. El 27 de mayo los alemanes utilizaron sus ya familiares técnicas —los cañones de Bruchmuller dispararon dos millones de proyectiles en cuatro horas y media— para aplastar al Decimosexto Ejército francés, cuyos comandantes seguían desdeñando la defensa en profundidad a favor de la defensa de cada palmo de su territorio. Hicieron 50 000 prisioneros y penetraron 50 km para apoderarse de Soissons. Su artillería de largo alcance empezó a bombardear París, donde el gobierno, una vez más, como ya había hecho en septiembre de 1914, se preparó para trasladarse a Burdeos. Pero en el curso del ataque los propios alemanes perdieron otros 130 000 hombres, y, lo más importante de todo, algunos de ellos a manos de los norteamericanos.

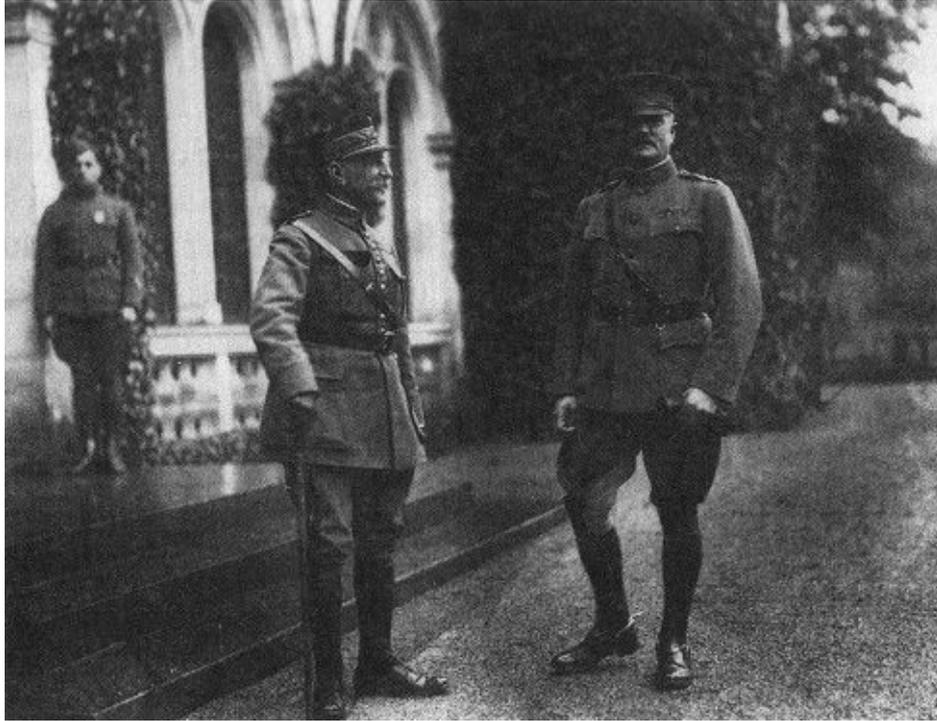
## LOS NORTEAMERICANOS ENTRAN EN EL FRENTE

Ludendorff ha sido criticado tanto por sus propios compatriotas, como por sus enemigos, por no haber señalado ningún objetivo claro para su ofensiva y haberse aferrado a él. Pero aunque hubiese conquistado los puertos del Canal, la guerra habría continuado, tal como sucedió en 1940. Aunque hubiera tomado París, los norteamericanos y los británicos habrían seguido luchando. El objetivo de Ludendorff, al igual que el de Falkenhayn dos años antes, no era tanto el de destruir los ejércitos aliados, como el de destruir la voluntad de los gobiernos aliados de perseverar en la guerra y obligarles a aceptar un compromiso de paz. Podría haberlo logrado con los franceses. Al cabo de otro año podría haber sido posible con los británicos. Pero con Estados Unidos era impensable.

A principios de 1918 había ya un millón de tropas norteamericanas en Francia, aunque todavía no estaban organizadas en formaciones de combate. Desde el comienzo, Pershing insistió en que deberían operar como un ejército aparte. Le habían asignado su propio frente a la derecha de la línea aliada, en el campo de operaciones todavía inactivo de la Lorena. Pero, aunque Estados Unidos fue capaz de movilizar hombres con sorprendente rapidez —el servicio militar obligatorio fue introducido en mayo de 1917—, adecuar sus industrias para la producción de armamento pesado requería más tiempo. Hasta el final de la guerra su ejército dependió de sus aliados europeos en lo

relativo a tanques, aviación y, lo más importante de todo, cañones de artillería y munición. Dada la situación, y vista la falta de experiencia de los norteamericanos en el combate, a los franceses y británicos les parecía lógico que aquellas inexpertas unidades se mezclasen, por lo menos al principio, con sus fuerzas más experimentadas y aprendiesen de ellas. Naturalmente, Pershing, bajo la dirección del presidente Wilson, se negó. No obstante permitió que, una vez formadas, las divisiones estadounidenses sirvieran bajo mando francés. La Primera División se estrenó en Cantigny el 28 de mayo, una fecha significativa en la historia militar norteamericana, y dos más acudieron para ayudar a sellar la línea francesa en Château-Thierry cuando el ataque alemán penetró hasta allí a principios de junio. El coraje de la inexperiencia hizo que las bajas fueran mayores de las previstas —más de 10 000 muertos o heridos—, pero aprendieron pronto; y la presencia misma de aquellos muchachos altos y alegres de la región central de Estados Unidos, con su infinito optimismo, convenció a sus ya agotados aliados de que ahora la guerra no se podía perder. Es más, convenció a sus todavía más agotados adversarios de que ahora ya no se podía ganar.

Ludendorff planeó un golpe final contra los británicos en el norte, pero tras un mes de incertidumbre decidió lanzar primero un ataque aún más violento y, esperaba, definitivo contra los franceses: lo denominó *Friedenssturm*, un golpe para la paz, para infundir ánimos a sus exhaustas tropas. Descargó esta embestida en Reims, el 16 de julio, en el extremo oriental del saliente que los alemanes habían construido hacia el sur hasta el Marne. Pero esta vez los franceses estaban preparados. Los desertores alemanes —su elevado número indicaba el grado de desmoralización en que se encontraban— habían advertido del ataque, y los franceses pudieron anticiparse al bombardeo alemán con una cortina de fuego propia. Por fin habían aprendido la lección de la defensa flexible. Permitieron que los alemanes bombardeasen y ocupasen una línea de frente que estaba vacía, a excepción de una alambrada de espino, minas, y unos cuantos nidos de ametralladoras, antes de diezmar sus filas con un contrafuego y ataque desde los flancos. Dos días después el fogoso general Mangin lanzó un contraataque contra el flanco oeste del saliente con un ejército que ahora incluía divisiones norteamericanas. El 5 de agosto fuerzas conjuntas francesas, británicas y norteamericanas reconquistaron el saliente e hicieron 30 000 prisioneros. Ludendorff canceló sus órdenes relativas al ataque decisivo que estaba planeando en el norte. Finalmente había quemado su último cartucho.



12. El mariscal Foch y el general Pershing: el Nuevo Mundo al rescate del Viejo.

Archivos Nacionales / King Visual Technology, Inc.

## EL CONTRAATAQUE ALIADO, JULIO DE 1918

Ahora les tocaba a los aliados lanzarse a la ofensiva, y el 26 de julio Foch dio órdenes de avance general en todos los frentes. No era un gran estratega, pero encarnaba la máxima napoleónica de que en la guerra la fuerza moral es a la física como tres a uno. Su contagioso entusiasmo había contribuido en gran manera a frenar el avance alemán en la batalla del Marne en 1914. Desde entonces su obstinación en atacar bajo cualquier circunstancia había sido a menudo desastrosa, pero ahora los ejércitos aliados eran lo suficientemente numerosos y, sobre todo, tenían la preparación y habilidad para hacer efectivo el ataque. Pershing tenía ahora cuarenta y dos divisiones estadounidenses a su disposición, cada una de ellas dos veces el tamaño de su equivalente europeo, y pudo reagruparlas en un único ejército, después dividido en dos, a la derecha de la línea aliada. Su ataque hacia el norte, a través del bosque de Argonne, supuso una amenaza para la principal línea férrea lateral, desde Metz hasta Amberes, que alimentaba a los ejércitos alemanes. A la izquierda de la línea los británicos tenían que lanzar un ataque convergente, mientras que los ejércitos franceses, fortalecidos por dos generales luchadores, Mangin y Gouraud, resistían la presión en el centro. Puesto que los norteamericanos

necesitaban un cierto tiempo para reorganizarse y los franceses para recuperarse de las encarnizadas batallas de los meses de junio y julio, les correspondió a los británicos asestar el primer revés, al este de Amiens, el 8 de agosto.

Teniendo en cuenta el medio millón aproximado de bajas que había sufrido desde principios de año, el ejército británico se había recuperado de forma sorprendente, y esto a nadie podía aplicarse mejor que al propio Haig. Sus ansias de ofensiva, como en el caso de Foch, habían tenido más de una vez consecuencias desastrosas, pero ahora, al igual que a Foch, le había llegado la hora. Sus frecuentes profecías de la inminencia de la derrota alemana por fin se estaban haciendo realidad, y a diferencia de la mayoría de sus colegas que planeaban ya una campaña para 1919, él estaba convencido de que la guerra podía ganarse a finales de aquel año. Aceptó de buen grado la dirección de Foch desde arriba y, guiado por su renovado estado mayor, escuchó atentamente y puso en práctica los nuevos conceptos tácticos desarrollándolos desde abajo. Sus unidades canadienses y australianas habían demostrado ser formidables luchadoras en el frente occidental y, a base de muchas pruebas y errores, el ejército británico había aprendido a utilizar sus tanques. Una victoriosa acción a pequeña escala llevada a cabo en Hamel el 4 de julio resultó ser un modelo de cooperación entre infantería y tanques, y aquellos mismos métodos se pusieron en práctica a una escala mucho mayor. Combinados con las técnicas de enlace entre infantería y artillería que ahora los británicos ya dominaban, y con otra innovación, el uso del ataque aéreo rasante, aquellos métodos proporcionaron una amalgama vencedora inimaginable e impracticable dos años antes. Junto con el ejército francés a su flanco derecho, los británicos penetraron 10 km el primer día de su ataque y apresaron a 30 000 hombres. Fue la primera derrota rotunda e irreversible que habían sufrido los alemanes en cuatro años de combate, y el propio Ludendorff la describiría como «el día negro» del ejército alemán.

Los alemanes comenzaron ahora a batirse en retirada a la línea Hindenburg establecida a principios de 1917. No obstante, su moral todavía estaba entera: cuando alcanzaron la línea Hindenburg a principios de septiembre habían infligido a los británicos más de 190 000 bajas y 100 000 a los franceses. El consejo de ministros británico volvía a ponerse nervioso. Sin embargo, el 3 de septiembre Foch dio órdenes para una nueva ofensiva a lo largo de toda la línea: *tout le monde à la bataille!* Pershing insistió en iniciar a su nuevo ejército con una ofensiva limitada, apoderarse de un saliente en Saint Mihiel, en el sector más tranquilo de la Lorena, en un combate de dos

días que terminó el 14 de septiembre, y luego dirigirse hacia el norte para unirse a la ofensiva general el 26 del mismo mes. Al día siguiente fuerzas británicas y francesas asaltaron la línea Hindenburg, descargando una cortina de fuego de casi un millón de proyectiles en veinticuatro horas. Esto acabó finalmente con el ánimo de Ludendorff. El 29 de septiembre informó al káiser de que no había perspectiva alguna de ganar la guerra. Si se quería evitar una catástrofe, había que firmar un armisticio lo más rápidamente posible.

## EL DERRUMBE DE LOS IMPERIOS CENTRALES

Desde comienzos de agosto el ejército alemán había perdido más de 228 000 hombres, la mitad de ellos por desertión. Su estado mayor contabilizó menos de cincuenta divisiones aptas para el combate. Las tropas de base, contagiadas por las cada vez más sombrías noticias de casa y vulnerables a la propaganda comunista, se encontraban al borde de la huelga, si no del motín. Pero todavía eran peores las condiciones de Austria-Hungría, cuyas desesperadas propuestas de paz a los franceses por parte de su emperador habían sido hechas públicas por Clemenceau en abril de 1918 con todo cinismo. Su ejército —hambriento, harapiento y desintegrándose gradualmente en elementos étnicos diferenciados— se había visto abocado a una brutal ofensiva en el frente italiano el 15 de junio, solo para ser repelido con un balance final de 143 000 bajas, entre las que hay que contar 25 000 prisioneros. Después de esto, las tropas empezaron a desertar en masa. Los que quedaron estaban enfermos y depauperados, al igual que la población de Viena y de otras ciudades de la monarquía. El 16 de septiembre el emperador apeló públicamente al presidente Wilson reclamando la paz, e intentó anticiparse a la desintegración étnica declarando estado federal al Imperio de los Habsburgo. Cuando el 24 de octubre el ejército italiano, poderosamente fortalecido por divisiones francesas y británicas, se lanzó finalmente a la ofensiva, las fuerzas austríacas se desintegraron a las cuarenta y ocho horas, y el avance aliado apenas pudo mantener el ritmo de su rápida retirada. Los italianos tuvieron el tiempo justo de acometer un último ataque independiente en Vittorio Veneto y cosechar un ingente número de prisioneros, antes de que el armisticio negociado dos días después entrase en vigor el 4 de noviembre.

Entretanto, el adormecido frente macedonio fue sacado de su letargo por un nuevo y dinámico comandante, el general Franchet d'Esperey. El 15 de septiembre, tropas de montaña francesas y serbias atacaron con éxito las hasta

entonces inexpugnables posiciones búlgaras. Se les unieron fuerzas griegas y británicas, y los búlgaros, sin el apoyo alemán ni austríaco, capitularon el 30 de septiembre: fue el primero de los imperios centrales que se rindió. Los turcos les siguieron un mes más tarde, el 30 de octubre, quedando libres para continuar su campaña en el Cáucaso hasta 1919.

En Alemania tuvieron que transcurrir seis semanas antes de que la decisión de Ludendorff de pedir un armisticio obtuviera algún resultado. Para él un armisticio significaba solo eso: una suspensión de las operaciones de campo para poder reagrupar sus fuerzas y negociar un acuerdo de paz. Tenía que quedar muy claro, insistía, «que tenemos la inquebrantable determinación de continuar la guerra si el enemigo no nos garantiza la paz o si nos propone una paz deshonrosa». Aceptó finalmente que Alemania tenía que devolver Bélgica e incluso Alsacia-Lorena, pero todavía tenía la esperanza de que los aliados le permitieran conservar sus conquistas en el este como baluarte contra el «bolchevismo». Además, consciente de que los aliados se habían prometido a sí mismos no tratar con el régimen existente en Berlín, tuvo que nombrar a otro que cargase con la responsabilidad —y el odio— de negociar las condiciones de paz. Así pues, el 3 de octubre el káiser nombró canciller al príncipe Max de Baden, un sensato moderado a quien el anterior embajador norteamericano en Berlín había descrito como «uno de los pocos alemanes de alto rango que parece capaz de pensar como un ser humano», y le ordenó que se acercase al presidente Wilson con la petición de un armisticio inmediato. Ante los reparos que puso Max, el káiser le informó con brusquedad que «el alto mando lo cree necesario, y no ha sido usted nombrado para crear dificultades al alto mando». Obedientemente Max invitó al día siguiente al presidente Wilson, el más accesible —o el menos inaccesible— de los enemigos de Alemania, a iniciar los pasos para el restablecimiento de la paz, «basándose en el programa moderado que había propuesto el 8 de enero»: los «catorce puntos» (véase Apéndice I).

Pero el Wilson del mes de octubre ya no era el Wilson del mes de enero. Entonces se consideraba, y era considerado, como un personaje que estaba por encima de la contienda. No había consultado a nadie acerca de los catorce puntos, ni siquiera a los cobeligerantes a quienes todavía no consideraba sus «aliados». (Al no haber ninguna alianza formal, Estados Unidos se refería a sus cobeligerantes simplemente como «potencias asociadas»). Pero desde que fueron promulgados, los alemanes mostraron su idea de las condiciones de paz imponiendo a los rusos el tratado de Brest-Litovsk. Sin embargo, lo más importante era que Estados Unidos había estado luchando durante ocho meses

en una guerra en Francia, en la que perdió la vida un elevado número de muchachos norteamericanos. Además, el 12 de octubre un submarino hundió un buque de pasajeros, el *Leinster*, con la pérdida de centenares de vidas de británicos y norteamericanos. Ahora el pueblo norteamericano estaba aferrado a una psicosis de guerra mucho más feroz incluso que la de sus exhaustos socios europeos. En un intercambio de comunicados con Berlín, Wilson dejó claro que ya no era un benévolo *deus ex machina*, sino el líder de una alianza victoriosa e implacable. Declaró que «el único armisticio que él estimaría justificado someter a consideración sería aquel que dejase a Estados Unidos y a las potencias asociadas a ella [*sic*] en posición de imponer cualquier acuerdo susceptible de ser aprobado y hacer imposible la reanudación de las hostilidades por parte de Alemania». Además, como condición previa para las negociaciones exigía que Alemania se convirtiese en un estado constitucional, garantizando así «la destrucción de todo poder arbitrario que pueda por separado, secretamente y por su cuenta, perturbar la paz del mundo; y si no puede ser destruido en la actualidad, que quede por lo menos reducido prácticamente a la impotencia».

Al enterarse de estas condiciones, Ludendorff trató de romper las negociaciones, pero sus propios generales no se lo permitieron. «La moral de las tropas se ha visto seriamente dañada», informó uno de sus comandantes del ejército, el príncipe Rupprecht de Baviera, «y su capacidad de resistencia disminuye día a día. Se rinden en masa cuando el enemigo ataca, y miles de saqueadores infestan los alrededores de las bases... Sea como sea hay que firmar la paz, antes de que el enemigo entre en Alemania». El gobierno de Berlín sentía un temor todavía más inmediato: el de que la revolución estallase en Alemania. Max de Baden hizo cuanto pudo por evitarlo, aprobando de golpe, en tres semanas, todas las reformas constitucionales a las que el káiser y el ejército se habían resistido durante medio siglo. A finales de octubre el *Reichstag* era un organismo soberano elegido por sufragio universal mediante voto secreto, siendo todos los ministros del gobierno responsables ante él, incluyendo el ministro de la Guerra. Guillermo II, el Supremo Señor de la Guerra, se vio reducido al rango de monarca constitucional, tan impotente como su primo en Inglaterra. Envalentonado, Max exigió la dimisión de Ludendorff, a lo que el káiser accedió con mal disimulada satisfacción. Hindenburg permaneció como testaferro, pero el puesto de Ludendorff fue ocupado por el igualmente plebeyo general Wilhelm Groener, quien en calidad de jefe del *Obersteskriegsamt* estaba muy familiarizado con los problemas sociales y económicos del frente interno.

Pero era demasiado tarde. El pueblo alemán había sufrido constantes y casi intolerables penurias en la creencia de que sus ejércitos habían sido, y seguían siendo, victoriosos en todas partes. Pero ante la revelación de que se encontraban al borde del colapso, toda la confianza que tenía depositada en el régimen se esfumó. El 29 de octubre las tripulaciones de la marina se amotinaron en lugar de sacar sus barcos, en un «recorrido de la muerte» planeado por sus almirantes para salvar el honor de la armada. A la semana el motín se había extendido convirtiéndose en revolución en todas las ciudades de Alemania. Los consejos de soldados y obreros se hicieron con el poder siguiendo el modelo de los soviets rusos. Baviera se declaró una república independiente. Los últimos escalafones del ejército se amotinaron y tomaron los pasos sobre el Rin. En el cuartel general del ejército se discutía frenéticamente sobre la posibilidad de hacer regresar a casa al ejército y de «restablecer el orden», pero Groener sabía muy bien que aquello le explotaría en las manos. Comprendió que la revolución era inevitable a menos que se cumpliesen tres condiciones. A saber: que el káiser abdicase, que el ejército apoyase al partido de la mayoría en el *Reichstag*, los socialdemócratas, los únicos capaces de capear la tormenta política, y que se firmase la paz inmediatamente, a cualquier precio.

Así pues, el 9 de noviembre Groener informó al káiser de que ya no contaba con la confianza del ejército y lo mandó al exilio a Holanda. En Berlín los líderes de los socialdemócratas, Philipp Scheidemann y Friedrich Ebert, proclamaron la República y recibieron el apoyo del ejército contra cualquier conato de revolución. Con la mayor premura se formó una delegación que se reuniría con los líderes de guerra aliados en un vagón de tren, en un bosque cerca de Compiègne, para negociar las condiciones.

Dichas condiciones, en lo relativo a las operaciones terrestres, fueron dictadas mayoritariamente por los franceses. Por su parte, los británicos, ansiosos por terminar las hostilidades lo antes posible, las habrían suavizado. Pershing, con dos ejércitos apenas iniciados en la batalla tirando de la cuerda y la opinión pública de su país reclamando una «rendición sin condiciones», no habría concedido ninguna en absoluto. Todo el territorio belga y francés había de ser evacuado en el plazo de catorce días; los aliados ocuparían todo el territorio alemán de la margen izquierda del Rin y un cinturón de diez kilómetros en la margen derecha, junto con cabezas de puente en Maguncia, Coblenza y Colonia. Todos los territorios conquistados en la Europa oriental desde 1914 habían de ser devueltos; ingentes cantidades de material de guerra habían de ser entregadas, incluyendo gran parte de la flota y todos los

submarinos; y el bloqueo aliado continuaría hasta la firma de la paz. Los delegados alemanes protestaron, alegando que aquello provocaría una anarquía y hambruna tales que solo actuarían en beneficio de los bolcheviques, pero Foch, en calidad de líder de la delegación aliada, fue implacable. Los alemanes no tuvieron otra alternativa que firmar lo que con razón consideraron su sentencia de muerte. En el caso de un delegado, Mathias Erzberger, sí lo fue. Extremistas de derechas lo persiguieron y dieron caza, asesinándolo dos años más tarde.

Así pues, el 11 de noviembre a las 11 de la mañana, la undécima hora del undécimo día del undécimo mes, los cañones del frente occidental enmudecieron por fin, dejando que ambos bandos llorasen a sus muertos.

## 9

### El acuerdo

Los hombres de estado aliados que se reunieron en París en enero de 1919 para establecer el acuerdo de paz se encontraban en una situación muy distinta de la de sus predecesores en Viena en 1814. No tenían las manos libres para remodelar el mundo de acuerdo con los principios de orden y justicia, ni de autodeterminación nacional, ni incluso del tradicional equilibrio de poderes. Se debían a electorados todavía presa de la fiebre de guerra, y cuyas pasiones y prejuicios no podían ignorar. En cualquier caso, el creciente caos en la Europa central a raíz de la caída de los imperios ruso, austríaco y de Hohenzollern ponía en duda la existencia de algún régimen estable al este del Rin con el que se pudiera negociar la paz.

### ALEMANIA

La conferencia giró en torno a un duelo tácito entre el presidente Wilson, quien imprudentemente asistió en persona, y el primer ministro francés Georges Clemenceau. Ambos tenían distintas prioridades. La de Wilson era la de instaurar un nuevo orden mundial bajo los auspicios de una Liga de Naciones, para cuya creación estaba dispuesto a dedicar sus máximos esfuerzos; solo para ver después destruida su labor cuando el Congreso de Estados Unidos se negó a participar en dicha Liga en los términos por él planteados. La de Clemenceau, con el incondicional apoyo de sus compatriotas e inicialmente de sus aliados británicos, era la de reconstruir Europa de tal manera que Alemania no pudiera volver a amenazar nunca más su estabilidad. Como ya hemos visto, Francia, ahora con una población de apenas cuarenta millones, se enfrentaba a una Alemania de sesenta y cinco millones con un poder industrial y un potencial mucho mayor del que Francia pudiera llegar a tener. El contrapeso en el que Francia había confiado antes de 1914, el Imperio ruso, había desaparecido llevándose consigo cientos de miles de millones de francos en inversiones. Por consiguiente, en opinión de Francia, había que hacer todo lo posible para debilitar a Alemania. Por el este había que arrebatarle el máximo territorio posible para construir nuevas naciones, formando un *cordón sanitario* bajo influencia francesa para

protegerse de los avances del bolchevismo procedente del este y para ocupar el puesto de Rusia como instrumento de contención del poder alemán. Por el oeste, no solo había que restituir a Francia Alsacia y Lorena, con sus valiosos recursos mineros, sino que había que añadir al lote la cuenca del Sarre, rica en carbón. Más allá de Renania, los territorios alemanes de la margen izquierda del río deberían, en lo posible, ser desvinculados de Alemania y formar un estado autónomo o un grupo de estados bajo protección francesa como defensa de su frontera. Los británicos no aceptaron esta propuesta, alegando que semejante protectorado no sería más que una Alsacia-Lorena al revés, motivo de constantes fricciones. Consintieron solamente en la desmilitarización de la margen izquierda del Rin y de la derecha hasta una profundidad de 65 km, con presencia militar aliada hasta que se hiciese efectivo el pago completo de las reparaciones. La propiedad de las cuencas mineras del Sarre quedaría en manos de los franceses, pero el territorio sería administrado por la Liga de Naciones durante quince años, al término de los cuales su destino se decidiría mediante un plebiscito. Era un acuerdo razonable, que sería ratificado por el Acuerdo de Locarno de 1924, y que no debía provocar ninguna otra guerra.

Las fronteras orientales de Alemania presentaban un problema mucho más complicado. Uno de los catorce puntos de Wilson había estipulado la restauración de la independencia de Polonia, que desde finales del siglo XVIII había estado dividida entre Alemania, Rusia y el Imperio austríaco. El núcleo de la nueva Polonia era el gran ducado de Varsovia, étnicamente de predominio polaco, pero reconocido como parte del Imperio ruso desde 1814. Ahora los rusos no estaban en mejor posición para discutir su independencia ni la de sus antiguas provincias bálticas de Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, de lo que lo estaban los austríacos para conservar sus territorios polacos en Galitzia. Sin embargo, las provincias polacas de Alemania — Silesia, Posnania y Prusia occidental— eran otra cuestión. Habían sido habitadas por los alemanes durante generaciones. Pero lo peor de todo era que a la nueva Polonia se le había prometido un acceso al mar, que solo podía obtener cediéndole el valle del bajo Vístula, cuya población estaba mezclada, y el puerto de Danzing, que era casi enteramente alemán. Esto implicaba separar Alemania de Prusia oriental, considerada generalmente como su corazón histórico. El acuerdo era probablemente el mejor que se podía alcanzar sin la masiva «limpieza étnica» que tendría lugar en 1945, pero los alemanes nunca ocultaron su intención de revocarlo a la menor oportunidad.

Además de aceptar la pérdida de estos territorios, Alemania fue obligada a llevar a cabo un completo desarme, a ceder sus colonias de ultramar, y a pagar elevadas reparaciones a sus enemigos victoriosos. Su ejército quedó reducido a 100 000 hombres y privado de «armas ofensivas» como los tanques. Su estado mayor, demonizado por la propaganda aliada, fue disuelto; su fuerza aérea abolida; sus astilleros quedaron limitados a la construcción de buques de menos de 100 000 toneladas de desplazamiento. De este modo, argumentaban los vencedores, «se facilitaría el inicio de una limitación general del armamento en todas las naciones». No fue así, y el fracaso en este apartado sería utilizado por los alemanes cuando denunciaron estas restricciones y empezaron el rearme quince años más tarde.

Alemania perdió automáticamente sus colonias, pero como los aliados bajo el liderazgo de Wilson habían renunciado a adjudicarse «anexiones», las potencias que las adquirieron (principalmente Gran Bretaña y sus dominios en ultramar) lo hicieron en calidad de «mandatos» en nombre de la Liga de Naciones. Los aliados también habían renunciado a las «indemnizaciones» que las potencias vencidas solían pagar a sus conquistadores. En lugar de ello exigían «reparaciones» por los daños causados a la población civil. En un inicio este concepto pretendía aplicarse solamente a las poblaciones de las zonas ocupadas y devastadas de Francia y Bélgica, pero los franceses y los británicos lo extendieron inmediatamente hasta cubrir no solo los gastos marginales, como los intereses de los préstamos de guerra y los costes generales de reconstrucción, sino también las pensiones de los soldados discapacitados y de los huérfanos y viudas de guerra a perpetuidad: una suma tan elevada que ni siquiera podía contabilizarse. La conferencia de paz trasladó el asunto a una Comisión de Reparaciones que tenía que presentar un informe en 1921. Entretanto, los alemanes tenían que comprometerse por adelantado a aceptar las conclusiones de la Comisión y hacer un desembolso inicial de veinte millones de marcos. Los aliados mantendrían sus fuerzas militares en el Rin para garantizar el pago y ocupar de nuevo el territorio alemán en caso de incumplimiento.

Las implicaciones de todas estas exigencias serían denunciadas con brillantez por Maynard Keynes en su filípica *Las consecuencias económicas de la paz*. Al final acabarían siendo modificadas, pero no antes de que los alemanes pudieran echarles la culpa de todos los desastres económicos que les agobiaban. No obstante, todavía fueron más inaceptables las justificaciones alegadas a la hora de imponer las reparaciones: la supuesta responsabilidad de los alemanes por haber sido los primeros en iniciar la guerra. Por su parte, los

alemanes todavía creían casi sin excepción que la guerra les había sido impuesta por sus enemigos, y que todos sus sacrificios de los últimos cinco años habían sido por una causa noble. Además, muchos sentían que no habían sido derrotados en absoluto. Argumentaban que les habían escatimado la victoria que les correspondía porque los aliados les habían engañado con las condiciones del armisticio y habían sido «apuñalados por la espalda» por *Reichs feinde*, socialistas y judíos, que se habían aprovechado de las dificultades del momento para hacerse con el poder. Incluso para aquellos que no aceptaron el mito de un *Dolchstoss* (puñalada en la espalda), la legitimidad de cualquier gobierno alemán dependería de su capacidad de modificar las servidumbres impuestas por el tratado, y a ser posible, abolirlas. Este iba a ser el gran éxito de Adolf Hitler que le valdría el amplio apoyo que obtuvo.

## AUSTRIA-HUNGRÍA

La disolución de la monarquía de los Habsburgo dejó un legado igualmente amargo. La mitad austríaca de la monarquía perdió, en el norte, a los checos que se unieron a sus primos eslovacos de Hungría en una República Checoslovaca que abarcaba, en los Sudetes en su frontera occidental, una preocupante minoría de alemanes. En el sur perdieron a los eslovenos, que con sus primos croatas de Hungría unieron sus destinos al de los serbios en el torpemente llamado «Reino de los serbios, croatas y eslovenos», más tarde rebautizado con el nombre de Yugoslavia (Eslavia del sur). Perdieron asimismo sus territorios italianos al sur de los Alpes, incluyendo Trieste, su principal puerto en el Adriático. Pero las tierras prometidas a Italia en las costas orientales del Adriático estaban ahora en manos de los yugoslavos «liberados», que reivindicaban Trieste y su territorio en el interior. El sector de habla alemana, que fue todo lo que quedó de Austria, al principio intentó unirse a la nueva república alemana del norte, pero los aliados no lo consintieron. Así pues, Austria siguió siendo independiente otros veinte años más hasta 1938, cuando uno de sus antiguos ciudadanos, Adolf Hitler, logró un *Anschluss* por aclamación popular universal. Los húngaros perdieron no solo a los eslovacos por el norte y a los croatas por el sur, sino también la provincia de Transilvania por el este, que quedó adherida a la ampliada Rumanía, sufriendo una pequeña y desagradable guerra civil en el proceso. El dictador de derechas que surgió de todo aquel barullo, el almirante Horthy, se negó a admitir la validez de la abdicación de los Habsburgo y declaró que él gobernaba solo como regente en nombre de la dinastía. Continuó en esta

tesitura hasta que él mismo fue derrocado al término de la segunda guerra mundial.

## TURQUÍA

En cuanto a los turcos, en un inicio fueron tratados con la misma dureza que los alemanes. No solo perdieron sus posesiones en la península Arábiga en favor de nuevos estados bajo control francés o británico —Siria, Líbano, Irak, Arabia Saudí, Palestina y Transjordania—, sino que fueron invadidos por las fuerzas italianas que reivindicaban Antalya acogiendo al tratado de Londres de 1915, y por los griegos que reclamaban Tracia y regiones de Anatolia, especialmente Esmirna (Izmir), donde habitaba una importante minoría griega. El resentimiento popular ante esta imposición aupó al poder un nuevo régimen bajo Mustafa Kemal Atatürk, que expulsó a los griegos de Anatolia y amenazó con hacer lo mismo con las tropas británicas que ocupaban los Estrechos. Después de tres años de confusión se alcanzó un acuerdo en Lausana en 1923, que dejaba a Turquía el control único de Anatolia y de los Estrechos —garantizando su desmilitarización— junto con un asidero en Europa en Tracia oriental. La población griega de Esmirna fue brutalmente expulsada, y las disputas entre Grecia y Turquía por la posesión de las islas del Egeo continuaron hasta finales de siglo, e incluso más allá.

El acuerdo de paz de Versalles ha tenido siempre mala prensa, pero la mayoría de sus disposiciones han resistido la prueba del tiempo. Los nuevos estados que se crearon sobrevivieron, aunque con fronteras fluctuantes, hasta la última década del siglo, cuando los checos y los eslovacos se separaron pacíficamente y Yugoslavia, siempre volátil, se desintegró amenazando con nuevas guerras en el proceso. La frontera franco-alemana quedó estabilizada. «La cuestión oriental» suscitada por la presencia de Turquía en Europa se resolvió para siempre. Pero «la cuestión alemana» quedó sin resolver. A pesar de su derrota, Alemania siguió siendo la nación más poderosa de Europa, decidida a modificar el acuerdo por lo menos en lo relativo a sus fronteras orientales. El intento por parte de Francia de restablecer un equilibrio estaba condenado al fracaso por la desconfianza ideológica de la Unión Soviética, por la debilidad de sus aliados en la Europa del este, y por la profunda resistencia de su pueblo a volver a sufrir otra experiencia comparable a la ya padecida. También los británicos eran reacios: sus problemas internos e imperiales, combinados con la terrible imagen de la guerra que poblaba la

imaginación popular, llevaron a los sucesivos gobiernos a buscar una solución para apaciguar las demandas de Alemania en vez de resistirse a ellas. Por lo que a Estados Unidos se refiere, su intervención en Europa fue generalmente considerada como un grave error, algo que no debía repetirse nunca más.

Cuando las condiciones del tratado se hicieron públicas, un clarividente dibujante norteamericano pintó a Wilson, a Lloyd George y a Clemenceau saliendo de la conferencia de paz de París, y diciendo uno de ellos: «Es curioso, parece que oigo llorar a un niño». Y así era, escondido detrás de una columna, había un niño pequeño llorando a moco tendido, con las palabras «Promoción 1940» inscritas sobre su cabeza.

# Apéndice I

## Los «catorce puntos» del presidente Wilson

Wilson formuló sus «catorce puntos» en un mensaje dirigido al Congreso el 8 de enero de 1918. Eran los siguientes:

- I. Los acuerdos de paz negociados abiertamente concluyeron...
- II. Absoluta libertad de navegación por los mares, fuera de las aguas territoriales, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra...
- III. Supresión, en la medida de lo posible, de todas las barreras económicas y establecimiento de condiciones comerciales iguales para todas las naciones que acepten la paz...
- IV. Reducción del armamento nacional al mínimo compatible con la seguridad pública del país.
- V. Regulación imparcial de todas las reivindicaciones coloniales.
- VI. Evacuación de todos los territorios rusos...
- VII. Bélgica... debe ser evacuada y restituida, sin ningún intento de delimitar la soberanía de que goza en común con todas las naciones libres.
- VIII. Todo el territorio francés deberá ser liberado y devueltas las provincias invadidas, y los daños causados a Francia por Prusia en 1871 en lo relativo a Alsacia-Lorena... deberán ser reparados...
- IX. Deberá efectuarse un reajuste de las fronteras de Italia siguiendo la línea de las nacionalidades claramente reconocibles.
- X. A los pueblos de Austria-Hungría... deberá serles concedida la posibilidad de un desarrollo autónomo.
- XI. Rumanía, Serbia y Montenegro deberán ser evacuados; los territorios ocupados les serán devueltos; a Serbia se le concederá acceso libre y seguro al mar...
- XII. A los territorios turcos del actual Imperio otomano se les garantizará plena soberanía, pero las otras nacionalidades que viven bajo el régimen turco deberán disfrutar de indiscutible seguridad en su existencia y gozar de la

posibilidad de un desarrollo autónomo sin obstáculos...

XIII. Se constituirá un estado polaco independiente que comprenda los territorios incontestablemente habitados por población polaca, al que se garantizará libre acceso al mar...

XIV. Deberá crearse una sociedad general de las naciones en virtud de acuerdos formales que tenga por objeto ofrecer garantías recíprocas de independencia política e integridad territorial tanto para los pequeños estados como para los grandes.

## Apéndice II

### Cifras totales de bajas de guerra

	<i>Población</i>	<i>Movilizados</i>	<i>Muertos</i>
<i>Imperios centrales</i>			
Austria-Hungría	52 m.	7,8 m.	1.200.000
Alemania	67 m.	11 m.	1.800.000
Turquía		2,8 m.	320.000
Bulgaria		1,2 m.	90.000
<i>Aliados</i>			
Francia	36,5 m.	8,4 m.	1.400.000
Gran Bretaña	46 m.	6,2 m.	740.000
Imperio británico		2,7 m.	170.000
Rusia	164 m.	12 m.	1.700.000
Italia	37 m.	5,6 m.	460.000
EE.UU.	93 m.	4,3 m.	115.000

## Bibliografía

Dado que la bibliografía sobre la primera guerra mundial es tan abundante, es mejor para el principiante empezar con unos pocos estudios generales y seguir a partir de ahí.

El mejor estudio general sobre los orígenes de la guerra, que resume las controversias más relevantes, es el de James Joll, *The Origins of the First World War* (Londres, 1984). Otro volumen que cubre la guerra en todos sus aspectos es el de Hew Strachan (ed.), *The Oxford Illustrated History of the First World War* (Oxford, 1998). Del estudio magistral llevado a cabo por Strachan hasta el momento tan solo se ha publicado el primero de los tres volúmenes, *The First World War, I. To Arms* (Oxford, 2000). Este abarca los acontecimientos en Europa solo hasta finales de 1914, pero trata con brillantez aspectos mucho más amplios del conflicto y resulta indispensable. Martin Gilbert, *The First World War* (Londres, 1994) proporciona una crónica útil, ilustrada con anécdotas y fotografías.

La mayoría de las obras de los historiadores británicos, incluyendo la presente, inevitablemente tienen un sesgo anglocéntrico y concentran su atención quizá de forma inevitable en el frente occidental. Esta tendencia ha de corregirse leyendo la obra de Norman Stone, *The Eastern Front* (Londres, 1975), y la de Holger H. Herwig, *The First World War: Germany and Austria-Hungary* (Londres, 1997). En lo relativo a la contribución nacional conviene leer a J. M. Bourne, *Britain and the Great War* (Londres, 1989); J. F. Becker, *The Great War and the French People* (Leamington Spa, 1985); Roger Chickering, *Imperial Germany and the Great War* (Cambridge, 1998); y David Kennedy, *Over Here: The First World War and American Society* (Nueva York, 1980).

Gerd Hardach en su obra *La Primera Guerra Mundial 1914-1918* (Crítica, 1986) trata los aspectos económicos de la guerra de forma sucinta pero exhaustiva. Niall Ferguson, *The Pity of War* (Londres, 1998), ofrece importante información en un texto que, por otro lado, resulta polémico.

# Mapas



1. Europa antes de la guerra.



2. Europa después de la guerra.



3. El frente occidental.



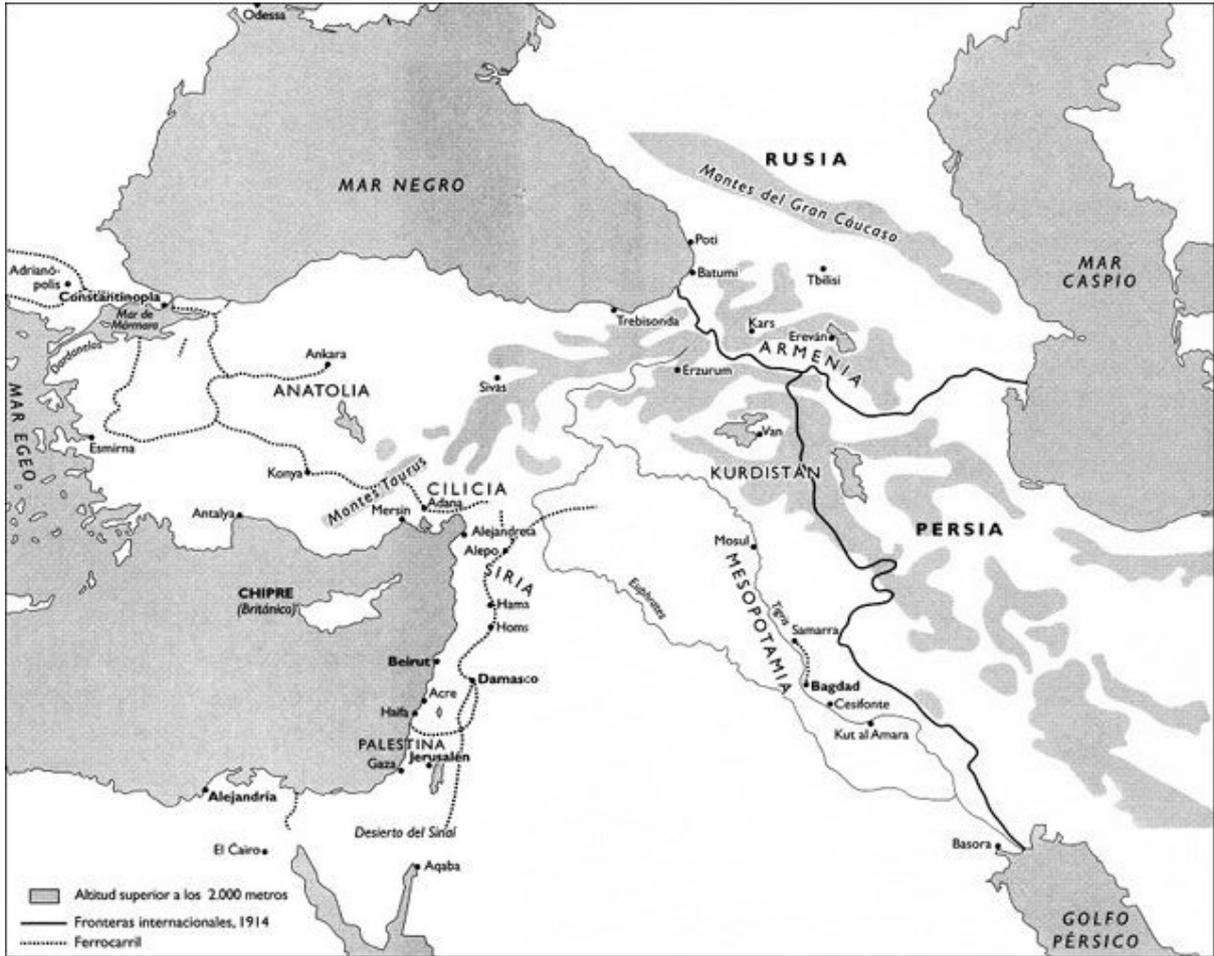
4. El frente oriental.



5. Los Balcanes.



6. Italia del norte.



7. El Imperio Otomano.



*sir* MICHAEL ELIOT HOWARD (29 de noviembre, 1922) es un historiador británico de renombre internacional. Eminente historiador militar, lleva décadas trabajando sobre la primera guerra mundial. Actualmente retirado, fue profesor en las universidades de Oxford, Yale y King's College. Ha sido nombrado por el *Financial Times* como el «más grande historiador británico vivo».